

Universidad Cardenal Herrera-CEU

Departamento de Humanidades

**La presencia de la muerte y sus tipologías
en la novela de Miguel Delibes**

TESIS DOCTORAL

Presentada por:

Íñigo Salinas Moraga

Dirigida por:

Dr. D. Miguel Herráez Serra

VALENCIA

2016

Dedicatoria:

A Cristina, mi mujer, por las horas robadas, por la paciencia, por el apoyo y comprensión. Por todo.

A mi abuela y a mi padre, que corroboran la insoponible banalidad de los que seguimos.

Agradecimientos:

A Miguel Herráez, director de esta tesis, por la dedicación, los consejos y la ayuda constante.

“Cuando alguien imprescindible se va de tu lado, vuelves los ojos a tu interior y no encuentras más que banalidad, porque los vivos, comparados con los muertos, resultamos insoportablemente banales”
(Señora de rojo sobre fondo gris).

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN	11
1. Estado de la cuestión	11
2. Objeto de estudio	16
3. Hipótesis	19
4. Objetivos	21
METODOLOGÍA	23
1. Introducción	23
2. Variables	28
3. Justificación de las variables	33
3.1. Personaje	33
3.2. Causa de la muerte	34
3.3. Posmuerte	36
3.4. Otras	37

SEGUNDA PARTE

DESARROLLO INVESTIGADOR

1. Contexto histórico e ideológico	39
2. Grupo generacional	43
3. Bibliografía de Miguel Delibes	48

3.1. Novelas	48
3.2. Cuentos y novelas cortas	54
3.3. Obras de caza	55
3.4. Artículos y ensayos	55
3.5. Recuerdos y viajes	56

TERCERA PARTE

LA MUERTE EN LAS NOVELAS DE MIGUEL DELIBES

1. Personaje	57
1.1. Protagonismo	57
1.2. Sexo	68
1.3. Edad	69
2. Causa de la muerte	74
2.1. No explícita o natural y violenta	74
2.2. Asesinato	78
2.2.1. Instrumentos diversos	79
2.2.2. Hombres anónimos y mujeres ausentes	81
2.2.3. Sin relevancia	82
2.2.4. Crímenes que hacen justicia	84
2.2.5. Amores que matan	89
2.2.6. Asesinatos para la historia	90
2.2.7. Delitos oníricos	91
2.2.8. Crímenes censurados, religiosos y otras variables	94

2.3. Suicidio	97
2.4. Accidente	103
2.5. Enfermedad	107
2.6. Guerra	114
2.7. Ajusticiamiento	121
2.8. Otras	124
3. Posmuerte	128
3.1. Velatorio y funeral	128
3.1.1. La mortaja	129
3.1.2. Animales inoportunos	133
3.2. Entierro	135
3.2.1. Los principales	136
3.2.2. En cualquier lugar	138
3.3.3. El desasimiento	140
4. Otras	141
4.1. Presencia religiosa	141
4.1.1. Confesión	143
4.1.2. Extremaunción	150
4.1.3. Suicidas y camposanto	151
4.1.4. Epitafios	153
4.1.5. Oraciones finales	154
4.2. Personaje histórico	155

CUARTA PARTE

CONCLUSIONES	159
BIBLIOGRAFÍA	165
ANEXO I	173
ANEXO II	265

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

El amor, la vida y la muerte copan la temática literaria, ya no solo española, sino universal; ya no solo contemporánea, sino histórica. Si bien es cierto que cada escritor tiene su campo¹, no lo es menos que estos temas actúan como elemento aglutinador de todos los demás. Y la obra de Miguel Delibes (1920-2010) no es una excepción². El amor, la vida y la muerte están presentes, con mayor o menor intensidad, en sus veintiséis novelas. Pero a estos asuntos novelísticos el escritor vallisoletano añade otros dos: la Naturaleza y la infancia. Tanto es así que el propio Delibes aseguró:

Al hablar de las constantes de mi obra suelo asociar a la infancia, la muerte y la naturaleza. A veces las tres constantes coinciden en un mismo relato, como sucede en *El camino*, y otras se da el contrasentido de que sea un niño que apenas ha comenzado a vivir el que muere (Delibes, 2010: 755).

Así, aunque el amor no es un tema desconocido para nuestro autor, en las escasas ocasiones en las que aparece, está unido a la muerte, tal y como sucede en *Cinco horas con Mario*, en *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* o en *Señora de rojo sobre fondo gris*.

¹ “En el fondo, todos los escritores somos hombres de pocas ideas; si me apuran diría que somos seres de una idea obsesiva que de una u otra forma se reitera a lo largo de nuestra obra”, en http://www.march.es/recursos_web/culturales/documentos/conferencias/resumenesbif/165.pdf (27 de abril de 2015).

² “La infancia, el prójimo, la naturaleza y la muerte. Tales son las constantes literarias que los expertos en Delibes han señalado en su obra” (García Domínguez, 2010: 870).

La vida, por su parte, en la mayoría de las ocasiones se presenta en la obra de Delibes como un camino amargo que nos lleva a cada cual a su manera y a su tiempo, hacia el mismo fin: la muerte. Y es que “la terrible relación de la vida con la muerte nos viene dada desde que nacemos” (Cruz, 2010). Esto sucede, por ejemplo, en *Mi idolatrado hijo Sisí*, en *Diario de un jubilado*, en *La hoja roja*, en *Las guerras de nuestros antepasados* o en *Madera de héroe*. Pero incluso cuando la temática de una obra se centra en la infancia, la muerte no desaparece del guión delibeano, más bien al contrario.

He observado que esta doble inclinación mía a novelar la infancia y la muerte terminan encontrándose, y entonces surge el patetismo: la muerte de un niño, lo más tremendo y paradójico que existe en el mundo (...). De manera que, efectivamente, hay una confluencia de los dos temas -infancia y muerte- demasiado frecuente en mi obra para ser casual. Esto ya no es un hecho normal (Alonso de los Ríos, 2010: 58).

Por lo tanto, incluso en aquellas novelas en las que la muerte no es el asunto central, esta se torna elemento inseparable de la trama principal: los recuerdos del cónyuge sobreviviente, la niñez truncada por el fallecimiento repentino, la vida como comienzo del óbito... La muerte aparece irremediamente en las novelas de Delibes, ya sea como elemento catalizador de todo lo demás, o como accesorio indispensable de lo principal. Porque afirmar que la muerte es “un tema de recurrente aparición en la obra de Delibes” (Cuadrado Gutiérrez, 2011: 74), lejos de ser una sentencia arbitraria, es un juicio apoyado por la crítica generalizada, fehaciente tras la lectura de sus obras y corroborado por el propio Delibes en innumerables ocasiones: “Este sentido latente de la muerte (...) está presente en todas mis novelas” (Alonso de los Ríos, 2010: 84).

Incluso nuestro autor admitió en varias ocasiones que la muerte no sólo es una constante en su obra literaria, sino que es una obsesión.

Cuando describes las vidas de unos seres, la muerte es algo inevitable, algo que fatalmente tiene que producirse, puesto que la muerte está en la punta de la vida. De todos modos, tienes razón. La muerte es una constante en mi obra. Diría que es una obsesión (Alonso de los Ríos, 2010: 55).

Y en efecto, fui a Madrid y comencé a hacer críticas de libros, de cine, y empecé a soltarme con la pluma, cosa que nunca hubiera sospechado que pudiera hacer. Y comencé a dar forma a una idea obsesiva que tenía en mi cabeza en torno a la muerte, una idea obsesiva y prematura, puesto que me venía acompañando desde la infancia (Soler Serrano, 1981: 56-57).

Una vez admitida por el propio escritor esa obstinación, el siguiente paso es retrotraerse en el tiempo para hallar los motivos que le llevaron a obsesionarse con la muerte. Y estos se encuentran en la más tierna infancia: “Desde que tengo uso de razón, creo que empleé parte de esa razón para pensar en la muerte”³.

Ya de niño a mí me ocurría, por ejemplo, que al llegar a las escaleras de mi casa me imaginaba que un día bajarían por allí el ataúd con el cadáver de mi padre. Estas imaginaciones que reservaba para mí y no las confiaba a nadie, se repitieron hasta convertirse en una obsesión (Alonso de los Ríos, 2010: 55).

Si el origen de la angustia por la muerte nació casi al mismo tiempo que la persona, la temática mortuoria se prolongó a lo largo y ancho de la vida de Delibes, ya no sólo novelísticamente hablando, sino también vitalmente, o incluso entrelazando ambos ámbitos. Así, el desenlace de *Señora de rojo sobre fondo gris*, la que quizás sea su obra más sincera, “desgarradora y emotiva” (Buckley, 2012: 183), nos deja un final

³ En <http://www.youtube.com/watch?v=FY5NcRH41bg> (24 de julio de 2015).

rotundo que denota una naturalidad tal al afrontar la muerte de su esposa de 48 años que eriza la piel: “Si la muerte es inevitable, ¿no habrá sido preferible así?” (Delibes, 2009a: 668). En el aspecto personal la presencia de la muerte también era un asunto sobre el que Delibes se pronunciaba con asiduidad, incluso cuando su fin se intuía todavía lejano: “Hoy, a los 49 años, me doy cuenta de lo duro que debe ser ir enterrando a personas que estimas: familiares, amigos, conocidos..., y erigirte en el último superviviente” (Alonso de los Ríos, 2010: 84-85).

Estos pensamientos ya los expresó allá por 1959 cuando publicó *La hoja roja*, cuyo título denota una preocupación constante no sólo por la muerte, sino por el paso inexorable del tiempo⁴. Eloy, el jubilado protagonista de la novela, identifica la jubilación con la “antesala de la muerte” (Delibes, 2008a: 483).

Con el cáncer de colon haciendo estragos en la salud del escritor, Delibes continuó reflexionando sobre su final, esta vez ya tan cercano que el miedo se tornó en aceptación e incluso en necesidad: “No me asusta ahora mi muerte. Creo que es un accidente más de una vida en la que a todos nos corresponde ese final”⁵. Tanto es así que incluso admitió la necesidad de la muerte, entre otras cosas porque “la vida se puede soportar durante un tiempo. Vale la pena estar un rato en la vida y ver cómo es la vida. Pero aplaudirla y decir: ‘Esto es lo decisivo y esto es para siempre...’ Yo por lo menos no lo agradecería”⁶. Y admitir la muerte y mirarla con buenos ojos no son más que dos pasos previos antes de reconocer que los vivos somos algo parecido a un estorbo... “Cuando alguien imprescindible se va de tu lado, vuelves los ojos a tu interior y no encuentras más que banalidad, porque los vivos, comparados con los muertos, resultamos insoportablemente banales” (Delibes, 2009a: 618).

⁴ El título hace alusión a la hoja de ese color que aparece en los librillos de papel de fumar anunciando que ya quedan pocas para que se termine.

⁵ En http://www.youtube.com/watch?v=J_TJhUAZmZE (24 de julio de 2015).

⁶ En <http://www.youtube.com/watch?v=O-guJHFLOkM> (24 de julio de 2015).

Esta obsesión de Delibes con la muerte recorre sus novelas de principio a fin. En todas se refleja de una manera u otra. Es una presencia constante cuyos motivos radican en la propia personalidad fatalista del autor o en otras circunstancias que críticos delibeños han tratado de vislumbrar en sus estudios.

No extraña que persona de sensibilidad tan aguda como Delibes, inquietado desde niño por la densa presencia de la muerte entre la gente de España con su aparato de mortajas, esquelas, entierros y lutos, se muestre tan vulnerable al miedo radical, el de la muerte. El hecho se explica mejor teniendo en cuenta otros datos; la guerra civil, el servicio temprano en la Marina, la estrechez local que tanto recalca la visibilidad de la muerte, la acribillada España de los años 40 decisivos para el destino del escritor, la opresión letárgica de los años 50, y el giro desde entonces hacia la guerra fría y la amenaza nuclear (Sobejano, 2003: 181).

La muerte es un “tema recurrente” (Sotelo Vázquez, 2012) y de presencia continuada en la obra de Delibes porque incluso en las novelas cuya temática principal no es la muerte, esta está presente de manera explícita, aunque sea en un segundo plano. La vida, el amor, la infancia y la naturaleza son aspectos que centran la novela delibeña, pero todos ellos, en algún momento, de una manera o de otra, se topan con la muerte.

2. OBJETO DE ESTUDIO

La importancia que la muerte tiene en los textos de Delibes, la relevancia que le han dado los críticos y el propio escritor y, sobre todo, la ausencia de un estudio científico acerca de este tema que, insistimos, obsesionaba a Delibes, justifica por sí solo la necesidad de llevar a cabo un trabajo en profundidad para traducir dicha obsesión en datos. En concreto, el objetivo de la investigación es acotar las circunstancias que rodean a las muertes que se suceden a lo largo de la obra de Delibes y determinar los patrones que se repiten en los muertos para extraer unas conclusiones que nos lleven a saber las causas específicas de la muerte, la edad y el sexo del fallecido, su papel en la novela, el posterior velatorio y entierro en su caso y otras consecuencias directas que se derivan del hecho luctuoso. En este aspecto conviene insistir en que el objeto de estudio es la muerte en el conjunto de las novelas de nuestro escritor, por lo que, si bien procederemos novela por novela e incluso diseccionaremos cada novela en tablas separadas, extraeremos las conclusiones del conjunto de las obras, no de manera individual. No tendría demasiado interés, a nuestro juicio, valorar el objeto de la investigación por separado, pues el campo de estudio quedaría excesivamente limitado y las conclusiones no resultarían de interés. Por supuesto, tan sólo se tienen en cuenta en nuestra investigación las muertes citadas de manera explícita; no aquellas que se deducen por el contexto. Tan sólo comenzamos a analizar una muerte cuando esta figura de manera explícita en el texto.

Además, nuestro objetivo no es determinar el tratamiento de la muerte en las novelas de Delibes, sino ceñirlo al aspecto más concreto de los muertos. Y es que consideramos que tratar la muerte como algo abstracto no sería asumible por inabarcable. El objeto de estudio de la tesis doctoral quedaría difuminado y resultaría

poco precisado y, por lo tanto, de escaso interés. Por eso hemos decidido centrar nuestras miras en los muertos y sus circunstancias directas y dejar a un lado la muerte. Consideramos más interesante analizar las circunstancias que rodean a cada uno de los muertos que inundan las novelas de Delibes que perdernos en teorías e hipótesis acerca de un concepto abstracto que difícilmente nos llevaría a alguna conclusión concreta. Preferimos, en definitiva, circunscribir nuestro objeto de estudio a los hechos que subyacen alrededor de los personajes que mueren a lo largo de las 26 novelas que deambular en un terreno farragoso en el que probablemente nos ahogaríamos por ser demasiado extenso y difuso.

El campo de estudio se circunscribe a las novelas de Delibes; no así a sus artículos periodísticos, ni ensayos ni libros de viajes. En este aspecto, conviene señalar que nos ceñimos al criterio del escritor, que en el año 2007, con motivo de la publicación de sus obras completas a cargo de la edición de Ramón García Domínguez, aseguró: “Y bien: cuando mi obra, dicho lo dicho, está concluida, y por tal la doy, veo con satisfacción que los prestigiosos editores de Círculo de Lectores y Ediciones Destino se ocupan ahora de recopilarla y reunirla en siete volúmenes” (Delibes, 2007a: XVII). En esas obras completas, los cuatro primeros volúmenes llevan el subtítulo de *El novelista*, mientras que los otros tres, respectivamente, se refieren a *Recuerdos y viajes*; *El periodista. El ensayista*; *El cazador*. Por lo apuntado, omitiremos en nuestro estudio todos aquellos textos que el propio Delibes no calificó de novelas en sus obras completas.

De este modo, las novelas objeto de estudio son las que siguen⁷: *La sombra del ciprés es alargada* (1948), *Aún es de día* (1949), *El camino* (1950), *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953), *La partida* (1954), *Diario de un cazador* (1955), *Diario de un emigrante*

⁷ Seguimos el mismo orden que sigue el editor Ramón García Domínguez en las obras completas de Miguel Delibes.

(1958), *Diario de un jubilado* (1995), *La hoja roja* (1959), *Las ratas* (1962), *El loco* (1953), *Los raíles* (1954), *La mortaja* (1957), *Los nogales* (1957), *La barbería* (1957), *Cinco horas con Mario* (1966), *Parábola del naufrago* (1969), *El príncipe destronado* (1973), *Las guerras de nuestros antepasados* (1975), *El disputado voto del señor Cayo* (1978), *Los santos inocentes* (1981), *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* (1983), *El tesoro* (1985), *Madera de héroe* (1987), *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991) y *El hereje* (1998).

3. HIPÓTESIS

La muerte es un tema recurrente que ocupa un papel central en las novelas de Delibes. Tanto es así que no existe ninguna obra de nuestro autor en la que no se haga constancia explícita de al menos un muerto. Como no podía ser de otra manera, Delibes se refiere a la muerte como algo natural, consustancial a la vida, sin aspavientos ni melodramas, porque la muerte es algo inevitable con la que hay que convivir⁸. Nuestro autor habla de la muerte (en boca de sus personajes) como puede hablar de la migración de las aves, de la educación, del quehacer diario en un entorno rural o de cualquier otro asunto baladí. En este aspecto, hay que tener en cuenta que la mayoría de los personajes de las novelas de Delibes viven (y mueren) en las zonas rurales (Millán Jiménez, 2011: 267), medio en el que la muerte está, si cabe, más presente, por cercana, que en las ciudades.

Consecuencia necesaria de ese papel central que juegan los muertos en sus novelas es la presencia del muerto más allá del momento de su deceso, tanto antes como después del mismo: antes porque podemos catalogar las características personales de cada muerto y las circunstancias de su fallecimiento, y después porque detrás de cada muerto se abre un amplio abanico en forma de velatorios, funerales, entierros y aspectos religiosos que llevan la muerte más allá de la vida del personaje. Además, en una primera aproximación, y siguiendo en este aspecto la opinión del propio Delibes, se vislumbra una frecuencia y relevancia considerable de decesos infantiles, así como de muertes violentas provocadas por accidentes, asesinatos, suicidios, etcétera.

Por lo dicho, partimos de la hipótesis general de la alta presencia mortuoria en la novela de Delibes, especialmente de niños, del gran número de muertes violentas o no naturales y de la frecuente aparición de los velatorios, funerales y entierros posteriores

⁸ “Vivir era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente. A la larga, todos acabarían muriendo” (Delibes, 2007a: 427).

al deceso del personaje. Igualmente, teniendo en cuenta la “fe cristiana” (Buckley, 2012: 37) que profesaba Delibes, constataremos la presencia religiosa que subyace en la muerte.

4. OBJETIVOS

La primera parte de este trabajo de investigación pretende mostrar el papel preponderante de la temática mortuoria en las veintiséis novelas de Delibes. Para ello, conoceremos todas las circunstancias personales del finado tales como su papel en la novela (protagonista, secundario o testimonial), su sexo y su edad. Con estos datos obtendremos una información exhaustiva del perfil de los muertos.

Una vez conocidos los aspectos personales, analizaremos todos los datos relativos a las circunstancias del deceso, porque no basta con tener constancia de las características del fallecido, sino que se antoja necesario desentrañar las distintas tipologías de las muertes presentes en la obra delibeana. Para ello, procederemos apuntando en la variable correspondiente la causa concreta de la muerte, que posteriormente englobaremos en distintos apartados (no explícita o natural, asesinato, suicidio, accidente, enfermedad, guerra y ajusticiamiento).

La tercera parte de la investigación nos lleva al análisis de todos aquellos datos que hacen referencia a la posmuerte, es decir, al velatorio, al funeral y al entierro. De este modo extraeremos conclusiones que nos acercarán a un patrón común (o no) de los actos acaecidos después de la muerte relativos al muerto. Por último, analizaremos la presencia religiosa en cada uno de los finados, así como la inclusión del muerto en la calificación de personaje histórico o no.

Todas las anotaciones anteriormente expuestas las basaremos en un sistema de ochenta y ocho variables. Por medio de este método de investigación llevaremos a cabo un análisis de contenido exhaustivo que nos llevará a unas conclusiones precisas y objetivas acerca de la presencia de la muerte y sus tipologías en la novela de Delibes.

Por lo dicho, en nuestra investigación determinaremos con cuánta frecuencia mueren los personajes delibeanos, acotaremos el perfil de los muertos y estableceremos la tipología de las muertes que se suceden a lo largo de las novelas objeto de análisis. Del mismo modo, comprobaremos cómo trata Delibes los hechos que se suceden tras la muerte de un personaje, a saber: velatorio, funeral y entierro y, en su caso, la presencia religiosa que rodea a estos actos. Todo ello lo acompañaremos de un análisis cualitativo necesario para comprender y precisar los datos objetivos. Porque la causa de la muerte puede ser la misma en uno y otro personaje, pero no así sus pormenores.

METODOLOGÍA

1. INTRODUCCIÓN

Para demostrar el cumplimiento o incumplimiento de las hipótesis anteriormente planteadas y consumir con los objetivos propuestos, procedimos a llevar a cabo un análisis del discurso sobre los muertos como tema en las novelas de Delibes.

Antes de comenzar a explicar el proceso metodológico de la investigación, creemos necesario detenernos para dar a conocer las razones por las que nos decantamos por utilizar de manera preferente técnicas de investigación cualitativas sobre las cuantitativas, sin que esto signifique, como veremos a continuación, que hayamos dejado de utilizar las segundas.

En nuestro caso pretendemos explicar el método cualitativo de análisis de contenido sin pretender, ni insinuar siquiera, una exclusión o marginación del procedimiento cuantitativo. El análisis de contenido, en su vertiente cualitativa, que es la que intentamos explicar aquí, parte de una serie de presupuestos, según los cuales, un texto cualquiera equivale a un soporte en el que, y dentro del cual, existe una serie de datos (Olabuénaga, 2003: 196).

Al tratarse de un trabajo cuyo objeto de estudio es literario, y por tanto artístico, consideramos que la investigación no tendría sentido si la llevamos a cabo a través de un sinfín de tablas numéricas o de palabras. O al menos si sólo lo hacemos a través de tablas numéricas y cuantificación de palabras. En todo caso, “cualquier discusión sobre el método se transforma en política, personal y experiencia. Los métodos para captar el significado son estrictamente personales” (Olabuénaga, 2003, 219), más si cabe en la rama literaria que en cualquier otra. No nos parece adecuado encasillar en cuadrículas

repletas de cifras, de clases de palabras o de otras variables cuantificables un arte que va más allá de los números y que no se puede medir. Lo que no queremos (porque no nos parece oportuno ni interesante) es medir la muerte en la literatura, en este caso delibeana.

Esto no significa que no utilicemos métodos cuantitativos, sino más bien que estos no son el método principal de investigación, sino el punto de partida necesario. Es decir, la cuantificación de ciertos datos la haremos siempre con miras a un estudio cualitativo cuyo fin no es otro que determinar de manera precisa la muerte y sus circunstancias en las novelas de Delibes.

La tradición de análisis de contenido ha seguido principalmente la línea cuantitativa de someter los datos codificados de un texto a un cálculo numérico a través del cual, era posible confirmar hipótesis o teorías sobre el contenido de un texto o de su contexto respectivo (...). Con el acceso de los ordenadores y su facilidad tanto para la codificación como para el cálculo numérico, el peligro de reducir el análisis de contenido a un recuento sin sentido de palabras o párrafos no han hecho sino aumentar (...). Solamente queremos insistir, una vez más, en que la ambigüedad, el doble sentido, la polisemia de cualquier texto contiene tal riqueza de significado que el reducir su análisis al cálculo numérico estricto, en el presente y en el futuro próximo, es empobrecer la investigación del contenido encerrado en cualquier texto. La flexibilidad, la adaptabilidad, la singularidad concreta, la proximidad, el pluriplanteamiento de los que hacen gala los métodos cualitativos son, todavía, más adecuados para el análisis de contenido (Olabuénaga, 2003, 233).

Por eso, y sin obviar que estamos haciendo un trabajo centrado en la materia literaria, si bien es cierto que seguimos un guión de variables, no es menos cierto que nuestro objetivo no consiste en catalogar en celdas aisladas las variables porque consideramos que no es apropiado encajonar la literatura.

De ahí que una idea central del análisis de contenido sea que el texto original debe ser entendido y tratado como un ‘escenario de observación’ o como el ‘interlocutor de una entrevista’ del que se extrae información para someterla a un ulterior análisis e interpretación, es decir, que el texto es como un campo del que se extrae información a través de la lectura (Olabuénaga, 2003, 197).

La ‘verdad’ es una cuestión de consenso entre constructores informados y sofisticados, no de correspondencia con una realidad objetiva. Los ‘hechos’ no tienen sentido excepto dentro de algún sistema de valores; y de aquí que no pueda haber una valoración ‘objetiva’ de ninguna proposición. La evaluación de los datos derivada de la investigación constructivista no tiene un estatus o legitimación especial, simplemente representan otra construcción a tener en cuenta en el camino hacia el consenso (Reid, W. y Sherman, E., 1994: 317).

Por lo expuesto, si bien el punto de partida es la cuantificación de todos los datos posibles, este no es más que un paso previo necesario para posteriormente obtener de dichas cifras conclusiones cualitativas. Para llevar a cabo nuestra investigación, en primer lugar procedimos a leer las veintiséis novelas de Delibes con el fin de extraer las primeras intuiciones (Bardin, 2002: 71) acerca del tratamiento que el autor hace de la muerte, la frecuencia de ésta en su obra y otras variables que iríamos sumando conforme avanzásemos en la investigación. Así, tras una primera lectura para hacernos con una visión de conjunto de la temática a estudiar y en la que logramos las primeras hipótesis⁹, procedimos a una segunda lectura más minuciosa y centrada en la presencia de la muerte y sus circunstancias.

El análisis de contenido se basa en la lectura como instrumento de recogida de información, lectura que debe realizarse de modo científico, es decir, de manera sistemática, objetiva, replicable, válida. En este sentido, su problemática y su metodología es semejante, excepto en

⁹ “En los estudios cualitativos los investigadores siguen un diseño de la investigación flexible. Comienzan sus estudios con interrogantes sólo vagamente formulados” (Taylor, S. J. y Bogdan, R., 2000: 7).

algunos detalles prácticos concretos, a la de cualquier otro método de recogida de información (observación, experimento, *survey*, entrevista en profundidad) que se pretenda calificar de científico (Olabuénaga, 2003: 193).

En esta segunda lectura en profundidad apuntamos todas las referencias directas a la muerte en las novelas seleccionadas y creamos la primera tabla en la que cuantificamos los muertos y sus circunstancias. Nombre, sexo, edad, papel en la novela, causa de la muerte... se antojaban variables de partida inexcusables, aunque no descartamos añadir nuevas categorías en el futuro si la reiteración o interés así nos lo exigían e incluso suprimir otras sin peso específico que no harían sino distraernos del objetivo¹⁰.

En general todo elemento formal de contenido presente en el texto (campo) y que guarde conexión con el fenómeno que interesa estudiar puede ser entendido como dato a analizar convirtiéndose así en texto de campo (Olabuénaga, 2003: 204).

Al apuntar las alusiones en la tabla de datos, tan sólo tuvimos en cuenta las referencias directas a los muertos. Es decir, seguimos una técnica según la cual únicamente cuando el muerto o una circunstancia o consecuencia directa eran citados de manera explícita procedíamos a la anotación correspondiente. De este modo, cada categoría correspondería a un muerto y el estudio quedaría enmarcado de una manera objetiva y plenamente justificada.

Conforme avanzamos en la investigación, comprobamos que la muerte no sólo es un tema recurrente en las novelas de Delibes, sino que es incluso más asiduo de lo que imaginamos en una primera aproximación al tema. Tanto es así que las referencias

¹⁰ “Las categorizaciones no son más fiables o más válidas cuanto más complejas sean. Una codificación simple puede, en ocasiones, resultar tan fiable como una extremadamente sofisticada” (Olabuénaga, 2003: 208).

mortuorias se extienden más allá del finado, llegando incluso a describir la estancia en el velatorio y el posterior funeral y entierro, en su caso. Del mismo modo, la presencia religiosa, tanto antes como después de la muerte, también nos pareció un dato relevante que, si bien al principio no tuvimos en cuenta, nos vimos obligados a incorporar conforme avanzábamos en la investigación.

Por todo ello, la estratificación que ideamos en un primer momento fue variando a lo largo del procedimiento investigador, ya incluyendo nuevas categorías, ya suprimiendo otras por inútiles.

Este proceso implica que un texto (campo) es sometido a múltiples lecturas y manipulaciones, sin que basten una lectura y una categorización iniciales, por muy detalladas que éstas sean. Es éste uno de los aspectos en los que el análisis de cualitativo se diferencia más drásticamente del cuantitativo, dado que, en este último, tras una primera lectura, se efectúa la codificación correspondiente del texto (campo) y, de aquí en adelante, el análisis -con ordenador o sin él- se efectúa sobre estos datos 'ya codificados' y no en su forma original (Olabuénaga, 2003: 201).

Finalmente, procedimos a clasificar las variables asignándoles un número a cada una de las que consideramos más relevantes para después cuantificar cada una de las apariciones y así extraer conclusiones globales. A continuación, exponemos el esquema base de las variables para después explicar los criterios que nos han llevado a incluir o excluir cada una de ellas. Por último, en el Anexo correspondiente, desglosaremos los resultados diferenciándolos por novelas para finalmente mostrar la cuantificación absoluta de las variables en el conjunto de las novelas de Delibes que seguimos en la investigación.

2. VARIABLES

Personaje

Protagonismo	1	Principal
	2	Secundario
	3	Citado
Sexo	4	Hombre
	5	Mujer
	6	Sexo desconocido
Edad	7	Niño
	8	Adulto
	9	Edad desconocida

Causa de la muerte

	10	No explícita o natural
Asesinato	11	Principal
	12	Secundario
	13	Citado
	14	Desconocido
	15	Hombre
	16	Mujer
	17	Sexo desconocido
	18	Pendencia
	19	Puñalada

	20	Asfixia
	21	Ahorcamiento
	22	Quemado
	23	Disparo
	24	Le clava una horca
	25	Espadazo
	26	Navajazo
	27	A palos
	28	Le clava un pincho
	29	A golpes
	30	Descuartizado
	31	Decapitado
	32	Seccionamiento de garganta
	33	Método desconocido
Suicidio	34	Disparo
	35	Ahorcamiento
	36	Ahogamiento
	37	Salto al vacío
	38	Se tira al tren
	39	Método desconocido
Accidente	40	Coche
	41	Atropello
	42	Golpe en la cabeza
	43	Aplastamiento

	44	Disparo
	45	Ahogamiento
	46	Caída
	47	Electrocutado
Enfermedad	48	Disentería
	49	Hemoptisis
	50	Tuberculosis
	51	Tifus
	52	Sarampión
	53	Peste
	54	Úlcera
	55	Cólera
	56	Pulmonía
	57	Poliglobulia
	58	Cáncer
Guerra	59	Bomba o torpedo
	60	Disparo
	61	Fusilamiento
	62	Ahogamiento
	63	Machetazo
	64	Bayonetazo
	65	Quemado
	66	Arrastrado por los caballos
	67	Puñaladas

	68	A golpes
	69	Desconocido
Ajusticiamiento	70	Guillotina
	71	Quemado
	72	Garrote
	73	Método desconocido
Otras	74	Muerte súbita
	75	Al dar a luz y sobreparto
	76	Asfixia
	77	Indigestión
	78	Infarto
	79	Decapitado

Posmuerte

Velatorio y funeral	80	No se cita
	81	Se cita
	82	Se describe
Entierro	83	No se cita
	84	Se cita
	85	Se describe

Otras

	86	Presencia religiosa
	87	Personaje histórico

	88	Otras
--	----	-------

3. JUSTIFICACIÓN DE LAS VARIABLES

Lo primero que hicimos fue dividir en cuatro apartados los distintos aspectos que consideramos relevantes para analizar la presencia de la muerte y sus tipologías en las novelas de Delibes. Para ello nos decantamos por establecer un orden lógico que siguiera la pauta cronológica del acontecimiento de los hechos: personaje, causa de la muerte, posmuerte y otras. Consideramos que de esta forma salen a la luz y se aprecian de manera meridianamente clara ciertas circunstancias que de otra forma quizás se perderían por el camino.

3.1. Personaje

En el primer apartado (variables 1 a 9) incluimos todos los datos personales y novelísticos relativos al finado. En concreto, respecto al protagonismo del personaje, apuntamos si este ejerce un papel principal (1) o secundario (2) en la novela o si su presencia es meramente testimonial porque tan solo aparece citado (3). El grado de protagonismo lo consideramos teniendo en cuenta la necesidad del personaje para el desarrollo de la novela. Es decir, si el muerto ocupa un papel determinante en la trama y ésta se antoja imposible sin su presencia anotamos al personaje como protagonista. Si, por el contrario, el finado tan solo aparece mencionado y el papel del mismo es plano, lo anotamos como citado. Por último, cuando el fallecido es un personaje conocido por el lector pero cuya presencia no es imprescindible en la obra, lo apuntamos como secundario.

El sexo se distribuye entre hombre (4), mujer (5) o desconocido (6). Por último, consideramos relevante determinar si el finado era niño (7), adulto (8) o de edad desconocida (9). En este aspecto, marcamos la cualidad de niño o de adulto cuando así se expresa de manera taxativa en la novela o cuando las circunstancias que rodean al personaje lo determinan de manera inequívoca. Sí, por ejemplo, el personaje murió al poco tiempo de nacer, consideramos que se trata de un niño, aunque no se diga la edad concreta. Si, por ejemplo, aunque la edad no se cite directamente, el muerto tenía dos hijos, o murió en el campo de batalla, consideramos que es un adulto porque en ambas situaciones presuponemos que se requiere ser mayor. En el resto de los casos apuntamos la edad como desconocida.

3.2. Causa de la muerte

Las variables 10 a 79 son un conglomerado de tipologías mortuorias que hemos dividido en ocho subapartados: no explícita o natural, asesinato, suicidio, accidente, enfermedad, guerra, ajusticiamiento y otras. En el primero (10) incluimos todas aquellas muertes de personajes que no se engloban en ninguna de las variables siguientes.

El asesinato lo incluimos en las variables 11 a 33. En este segundo subapartado marcamos en primer lugar el papel del personaje asesino en la novela. En concreto, y siguiendo los mismos criterios que en las variables 1 a 3, el asesino puede desempeñar en la novela un papel principal (11), secundario (12) o citado (13). En este caso hemos insertado también la posibilidad de que el asesino sea un personaje desconocido (14). Las variables siguientes indican el sexo del asesino: hombre (15), mujer (16) o desconocido (17).

Obviamente, tal y como acabamos de señalar, tanto en el caso del papel que desempeña el asesino en la obra como de su sexo, hemos tenido que añadir la posibilidad de que el asesino sea un personaje desconocido, ya que en determinadas ocasiones ni tan siquiera se cita al sujeto activo de la acción. Por lo mismo, su sexo también puede ser desconocido. Somos conscientes de que el asesino no es un personaje muerto, y que por lo tanto se escapa a nuestro objeto de estudio. Sin embargo, consideramos relevante obtener datos acerca de las personas que cometen el asesinato porque quizás con ello podamos extraer conclusiones de importancia relativas a las circunstancias que rodean al muerto en cuestión.

Ya en las variables 18 a 33 se suceden distintos métodos con los que ha sido asesinado. La última de ellas engloba a aquellas ocasiones en las que el método no se cita en la novela. El suicidio como causa de muerte se indica en las variables 34 a 39, englobando en la última de ellas todos aquellos métodos que se desconocen. El accidente como causa de muerte abarca las variables 40 a 47, mientras que la enfermedad se distribuye desde la 48 hasta la 58.

Las muertes acaecidas en alguna guerra las incluimos en las variables 59 a 69. En este punto, nos decantamos por separar estas muertes de los asesinatos porque consideramos que no podemos calificar como asesinato las muertes que suceden como consecuencia directa del conflicto bélico. Así, por ejemplo, no creemos oportuno englobar en el subapartado de asesinato un disparo a un personaje que está luchando en uno de los dos bandos durante la guerra civil española.

Las muertes por ajusticiamiento derivado de un proceso judicial abarcan las variables 70 a 73, siendo esta última, como en otras ocasiones, una variable en la que se engloban los métodos no explícitos que se han llevado a cabo para dar muerte a un condenado a la pena capital. A pesar de que no existe ningún caso en que el método de

ejecución sea desconocido, hemos decidido mantener esta última variable para dejar constancia de este hecho, al igual que hemos hecho en el caso de la variable 16, donde queremos dejar constancia de que ninguna mujer comete un asesinato en toda la obra delibeana. Porque las cifras pueden resultar interesantes no sólo por su elevado número, sino también por lo contrario.

Por último, bajo el subapartado de otras (variables 74 a 79) se incluyen distintas tipologías mortuorias que se citan en las novelas de Delibes pero que no tienen cabida en ninguno de los siete subapartados precedentes. Por lo tanto, son causas de muerte que no se pueden incluir ni en no explícita o natural, ni en asesinato, ni en suicidio, ni en accidente, ni en enfermedad, ni en guerra ni en ajusticiamiento.

3.3. Posmuerte

La obsesión de Delibes por la muerte va más allá del mero hecho luctuoso. Las referencias al velatorio, funeral y entierro que trae consigo el fallecimiento son habituales en las novelas del autor vallisoletano, por lo que decidimos incluirlos en un apartado diferenciado del resto por su relevancia. En concreto, bajo el subapartado de velatorio y funeral incluimos tres variables: no se cita (80), se cita (81) y se describe (82). Lo mismo hicimos con el subapartado de entierro (83, 84 y 85), que lo dejamos al margen del velatorio y del funeral porque lo consideramos un hecho con suficiente importancia por sí solo. Bajo el concepto de velatorio incluimos todos los actos en los que se vela al muerto, mientras que bajo el término funeral incluimos los actos inmediatamente posteriores al velorio y anteriores al entierro, como puede ser la misa de difuntos. Con el término entierro nos referimos al acto de enterramiento del muerto o a circunstancias que indiquen de manera explícita que el finado fue enterrado.

3.4. Otras

El cuarto y último apartado lo dedicamos a los hechos dignos de mención que no se pueden enmarcar en ninguno de los apartados anteriores. La presencia religiosa la anotamos en la variable 86. En ella incluimos cualquier hecho religioso que acontezca alrededor del personaje muerto, ya sea antes o después de su fallecimiento. La condición de católico de Delibes y las referencias relativamente habituales a este asunto en sus novelas nos animó a incluir un apartado diferenciado del resto.

Si el finado es un personaje histórico lo indicamos bajo la variable 87. La condición de histórico no incluye a los personajes inspirados en personas que Delibes conoció a lo largo de su vida, sino a aquellas que trascendieron a la historia por sus acciones y que como tal figuran en la obra delibeana.

En la variable 88 incluimos todos aquellos datos relevantes de cualquier aspecto que estos sean y que, por su importancia, no podemos omitir. Se trata, por tanto, de una variable a modo de cajón de sastre en la que, más que datos del muerto, se recogen todas aquellas circunstancias que no se pueden englobar en ninguna de las variables anteriores pero que se nos antojaba necesario hacer constar de alguna manera. Por norma general, los aspectos de la última variable ayudan a llevar a cabo un análisis más detallado, sobre todo en lo relativo a los aspectos cualitativos del estudio.

SEGUNDA PARTE

DESARROLLO INVESTIGADOR

1. CONTEXTO HISTÓRICO E IDEOLÓGICO

Tomar la guerra civil (1936-1939) como punto de referencia para la determinación de una etapa de la historia literaria española es ya una costumbre generalizada en las periodizaciones, como señalan, entre otros, Santos Sanz Villanueva (2011: 13), que identifica la fecha del final de la contienda con la “llave que abre el nuevo periodo” e incluye los tres años de lucha “como un paréntesis entre las distintas tendencias que conviven (...) durante la década de los treinta y la literatura que se desarrolla después del conflicto”. Aunque quizás parezca una división algo sesgada y simplista, “responde a la verdad de los hechos”. En el mismo sentido se pronuncia Giuseppe Bellini (2007: LIX), para quien la guerra civil española actúa “como una gran frontera” que “divide en España el pasado de la modernidad”.

Durante los tres años que duró la guerra civil predomina en el ambiente social y literario una necesidad irrenunciable de posicionamiento ideológico. Así, el compromiso fue asumido con “profunda convicción, como la más importante justificación de una actividad antaño inútil y hogaño noble y necesaria” (Sanz Villanueva, 2011: 14).

Ya a partir de 1939, con el punto y final de la contienda con el triunfo de la sublevación militar contra la República y la consiguiente llegada al poder del general Franco y del exilio al que muchos se vieron obligados (Gutiérrez Carbajo, 2011: 37), surge una nueva etapa en la historia del pensamiento español y del literario que va de la

mano del recién estrenado Movimiento. Con la victoria del bando nacional se produce una relación muy estrecha entre el nuevo ordenamiento político y la vida cultural. Tan íntima que, en palabras de Sanz Villanueva, habría que hablar de “una dependencia absoluta establecida, a veces, con una simple intencionalidad propagandística y, otras, con el propósito de crear unas formas culturales características del nuevo orden sociopolítico”. Si bien dicho propósito se mostró infructuoso al poco tiempo de nacer, “en cualquier caso, el afán de forjar una nueva cultura fue cierto y produjo una discontinuidad que conforma una etapa tan diferenciada de la precedente como quizás no se halle otra en toda nuestra historia” (Sanz Villanueva, 2011: 17).

Como consecuencia de esta ruptura, la vida cotidiana de los años inmediatamente posteriores al enfrentamiento padece hasta en sus más mínimas manifestaciones los hechos derivados de la guerra, ya no sólo en lo material, sino también en lo político. Y como no podía ser de otra manera, la cultura tampoco se mantiene al margen de esta nueva situación:

Deliberación de erradicar cualquier precedente perturbador, censura que permita controlar todas las actuaciones intelectuales o creativas, instrumentalización apologética... Ya durante la misma guerra, Falange se preocupa de crear y fomentar publicaciones periódicas que sean, a la vez, soporte de propaganda ideológica y vehículo para mostrar la vitalidad intelectual y creativa de sus adictos (Sanz Villanueva, 2011: 17).

Sin embargo, a pesar del ingente número de publicaciones afines al régimen franquista, la mayor parte de la intelectualidad y del mundo de la cultura se había adscrito a la causa republicana, siendo muy pocos los hombres de cierta valía que se sumaron a la rebelión a pesar de que persistía el propósito de mostrar la fecundidad artística del nuevo Régimen. Para ello, se proclamaron listas de nombres que, en su

inmensa mayoría, están hoy relegados al olvido, ya no por su escasa valía, sino sobre todo por las disensiones entre la jerarquía eclesiástica y la Falange o por el mal hacer de una crítica viciada, como es el caso de Rafael García Serrano y Agustín de Foxá.

Esta lucha por la hegemonía ideológica en la posguerra da paso a la quiebra de la autarquía (Ynduráin, 2004: 35) en los primeros años de la década de 1950, principalmente por el aumento y consolidación del estudiantado que comienza a manejar opciones políticas diversas a las del poder y la entrada de algunos profesores con una mentalidad intelectual más abierta. Ya a finales de esta década y comienzos de la siguiente son perceptibles algunos cambios ligados a la transformación social, política y literaria. En concreto, de 1959 a 1962 se publican obras extraordinariamente representativas tales como *La piqueta*, de Antonio Ferres; *Nuevas amistades*, de Juan García Hortelano; *La zanja*, de Alfonso Grosso; *La fiebre*, de Ramón Nieto o *Problemas de la novela* y *Campos de Níjar*, de Juan Goytisolo.

Sin embargo, es el 7 de abril de 1962 cuando se abre definitivamente un nuevo periodo merced al estallido en Asturias del “conflicto laboral más importante desde 1939” (Ynduráin, 2004: 41): la lucha por las libertades que encabezó el proletariado y cuyo movimiento se extendió a Vizcaya, Guipúzcoa, León, Puertollano, Riotinto... Sin embargo, el reajuste ministerial, sobre todo después de la entrada de Manuel Fraga en sustitución de Gabriel Arias-Salgado, da al traste con la revuelta. Así, la actividad ideológica del bloque en el poder discurre por varios caminos. En primer lugar fomentar la ideología del desarrollismo y la efectividad económica y en segundo lugar una pretendida despolitización de la sociedad que pronto se vio relegada a un segundo plano.

El nombramiento del almirante Luis Carrero Blanco como presidente del Gobierno trajo consigo la pérdida de la escasa iniciativa ideológica y política que el

régimen podía haber tenido hasta el momento. Es más, “algunos datos, como la aplicación de la Ley General de Educación, permiten hablar de un retroceso. El régimen se mete dentro de sí mismo, de su aparato burocrático, mientras que los sectores más progresivos de la sociedad española se mueven en pos de un cambio que cada vez resulta más urgente” (Ynduráin, 2004: 45).

2. GRUPO GENERACIONAL

Si la década de 1940 significó un intento primerizo para reconstruir la literatura española después de la guerra civil, los años de la década siguiente representan el afianzamiento de varios de sus autores en manifestar una palabra literaria en muchos casos contraria al contexto político y social del momento (Millán Jiménez, 2011: 251). En concreto, los dos primeros años de la década “ofrecen, frente a los casi estériles de la guerra civil, una cierta abundancia de títulos y una relativa diversidad temática por cuanto ya no es la lucha bélica y política el asunto abordado con exclusiva preferencia” (Ynduráin, 2004: 321). Integran este panorama autores tan conocidos como José María Salaverría, Ricardo León o Concha Espina, a los que se unen otros como Jacinto Miquelarena, Claudio de la Torre o Juan Antonio de Zunzunegui.

Durante los primeros años de la década de los cincuenta se pasa de una literatura “de corte más existencialista a otra que plasma la realidad desde un punto de vista social, donde el escritor expresa su malestar como parte de una colectividad, sintiéndose fuerte en la utilización de la primera persona del plural” (Millán Jiménez, 2011: 251). De esta forma, la finalidad de la novela pasa de ser de mero entretenimiento a convertirse en un medio de compromiso social, y en ocasiones político. Quizás por eso los no triunfadores socialmente se convertirán en los protagonistas mayoritarios de esta literatura propia del realismo social de los años cincuenta, ya sea en ambientes rurales o urbanos. Es en este último ámbito donde nos encontramos con *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela. La importancia de esta obra es tal que José María Martínez Cachero, Santos Sanz Villanueva y Domingo Ynduráin admiten que “la historia de la novela española de la posguerra se inicia efectivamente a partir de la

revelación de Camilo José Cela” (Ynduráin, 2004: 321), sin cuya aportación, “la literatura española actual sería muy diferente” (Urrutia, 2007: 11).

Dios y ayuda había necesitado el joven escritor para ver publicada su novela. El éxito de lectores y de crítica, grande, unánime, no se hizo esperar. Años después de ocurrido, trataría de explicárselo Cela diciendo que ‘gran parte de la expectación que produjo fue debida a que llamaba a las cosas por sus nombres. Cuando un ambiente está oliendo a algo, lo que hay que hacer, para que se fijen en uno, no es tratar de oler a lo mismo sólo que más fuerte, sino, simplemente, tratar de cambiar el olor’. La novedad de *La familia* (...) era sólo muy relativa, ya que venía a inscribirse de lleno en una línea estética tradicional y muy poblada, tanto en un pasado lejano como en el más inmediato; antes que de cambio de olor, como de operación efectuada por Cela, creo que debería hablarse de falta de olor en la novela española entre 1939 y 1942 y del deseo, sentido con apasionada urgencia, de que cesara tal situación (Ynduráin, 2004: 321-322).

A este respecto también se pronunció Delibes en un ensayo sobre la novela de posguerra, si bien en un sentido radicalmente distinto al anterior en lo que hace referencia a la pretensión a la originalidad de los nuevos escritores.

La aspiración a la originalidad, propensión inevitable en los jóvenes escritores, se acentúa tras una guerra civil que, se quiera o no, viene a significar en muchos aspectos una ruptura con el pasado. Entonces, lo que aparece después reúne todas las características de un renacimiento, no tanto tomando esta palabra en el sentido de una brillantez inusitada, como en el literal más modesto *volver a nacer*. Las guerras, y especialmente las civiles, constituyen un revulsivo de conciencia de modo que, fatalmente, el escritor sometido a una experiencia que ha herido su sensibilidad, al verse de pie, vivo, entre los escombros, intuye que el arte es un nueva víctima de la guerra, y que él, al sentarse a escribir, arranca más o menos de cero, inicia una nueva era (Delibes, 2010: 364).

Esta tirantez entre el escritor gallego y el vallisoletano fue más allá de la opinión para tocar también el aspecto personal. Delibes reprocha en innumerables ocasiones aspectos de la personalidad de Cela, tan distinta a la suya.

Camilo José Cela es, sin duda, el más ruidoso fenómeno registrado en la literatura española en el medio siglo. Digo ‘fenómeno’ a secas ya que para nadie es un secreto que en la elaboración del mismo han participado tanto las altas dotes literarias de su autor como el hecho de su actuación cara al público, de sentirse constantemente en escena, representando. A la hora de valorar su fama, procede, como en el caso de Hemingway, no separar al hombre del escritor. El libro crítico de Juan Luis Alborg es muy contundente cuando dice: ‘Yo diría que la creación más afortunada de Cela es la leyenda de su propia persona; el único personaje verdadero creado por su pluma es él’ (...). Esta decisión de ser siempre noticia en un país como España, donde se lee muy poco, ha ayudado en alta medida a Cela a difundir su nombre y su personalidad (Delibes, 2010: 317).

Sea como fuere, el caso es que la ópera prima de Cela concentra las dos características más relevantes de la narrativa de la época: Una renovación temática con respecto a las novelas menos comprometidas de la época anterior y una renovación formal a la que se adscribieron muchos de los autores de la época (Millán Jiménez, 2011: 252). En este punto, Delibes coincide con el escritor gallego “en apartarse del triunfalismo de la nueva España franquista, y en dar una visión oscurecida de la realidad” (Sanz Villanueva, 2010: 57). A 1943 corresponde la salida de *La quinta soledad*, *la fiel infantería* y *Javier Mariño*, cuyos autores, Pedro de Lorenzo, Rafael García Serrano y Gonzalo Torrente Ballester se convertirán de inmediato en víctimas de la censura.

De esta época también es Juan Antonio de Zunzunegui (Portugalete, 21 de diciembre de 1900, 31 de mayo de 1982), cuya tendencia a la greguería y al neologismo fue constante después de unos principios más cercanos al estilo barrojano y galdosiano.

Obras como *¡Ay..., estos hijos!* (1943), *La úlcera* (1948) o *La vida como es* (1954) le auparon a lo más alto de la estima de la crítica literaria, tanto es así que la Real Academia le recibió sin reparos como sucesor estricto de Baroja en 1960 (Ynduráin, 2004: 323).

Por esa época Delibes ya había ganado el Premio Nadal (no sin polémica¹¹) con *La sombra del ciprés es alargada* (1947)¹² y se había adherido al denominado realismo crítico con dos novelas muy cercanas al medio siglo: *El camino* (1950) y *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953).

La narrativa innovadora de la década de 1960 se caracteriza por la utilización del monólogo interior, la introspección psicológica de los personajes, la renaciente frecuencia barroca del lenguaje, el uso de la primera persona del narrador, del estilo libre indirecto y en muchas ocasiones del monólogo. Estas nuevas técnicas narrativas destierran el realismo social precedente “para dar paso a un nuevo tipo de narrar, que afecta tanto a autores ya iniciados (como Cela, Delibes, Goytisolo, o Torrente Ballester, entre otros) como a escritores más jóvenes, como Martín Santos, Marsé o Juan Benet” (Millán Jiménez, 2011: 265). Es precisamente en esta época cuando Delibes publica *Cinco horas con Mario* (1966), Goytisolo *Señas de identidad* (1966) y Torrente Ballester *La Saga/fuga de J. B.* (1972). En todas estas novelas, el narrador desmenuza la realidad española, incluso se permite el privilegio de emitir juicios personales sobre ella, la mayoría de las veces críticos y mordaces (Millán Jiménez, 2011: 266).

El nombre de Ignacio Agustí es representativo de una novelística burguesa dentro de la que, con matices diferenciadores, se hizo popular Juan Antonio de

¹¹ “¡Pobrecitos los jueces del Nadal 1947! Deben de andar ahora con las orejas gachas y más coloradas que un tomate. ¡En buen lfo se han metido con el fallo!” (Covaleda, 1948).

¹² “Al ganar el Premio Nadal en 1947, yo caí en el mundo literario español como un meteorito, un pesado pedrusco con dos ojos ávidos, grandes, abiertos como platos, para otear el horizonte. Conforme avanzaba en la caída, mis ojos iban acostumbrándose a ver un mundo devastado, con grandes hogueras dispersas y un olor acre entre pólvora y carne quemada” (Delibes, 2010: 309).

Zunzunegui. Otra de las figuras literarias de aquella generación de posguerra fue Carmen Laforet, que entró de lleno en el mundo literario con el primer premio Nadal (1944) gracias a su novela *Nada*, que fue aclamada por los críticos, por los lectores y por el resto de escritores. Ignacio Agustí, que fue miembro del jurado que la distinguió con el prestigioso galardón afirmó poco después del fallo que “no solamente era un gran libro, capaz de ser ávidamente devorado por su condición de relato apasionante”, sino que era además, “y sobre todo, un libro oportuno, de una oportunidad asombrosa”.

Nada significa mucho en el raquítico panorama de nuestras letras. Con el tiempo, un título tan vacío pero tan certero, servirá para hacer juegos de palabras poco halagüeños para su autora. ‘Después de *Nada*, nada’; ‘*Nada* es todo en Carmen Laforet’. ‘¿Cómo puede llamarse nada un libro que encierra tanto y tan bueno?’ Convengamos en que ninguna cosa tan perjudicial para un autor como revelarse con un éxito explosivo. Carmen se convierte en una muchacha asustada por el propio estampido de su novela; una víctima de sí misma (Delibes, 2010: 339).

De la misma generación es Ricardo Fernández de la Reguera, que inició su carrera literaria dentro de la órbita existencialista de los años cuarenta con textos como *Un hombre a la deriva* o *Cuando voy a morir*. Llevó a cabo una variada producción novelística y es coautor -con su mujer, Susana March- de una de las series que retoman el proyecto histórico galdosiano en la posguerra, *Episodios nacionales contemporáneos*. Sin embargo, “su obra más certera, y por la que debiera ocupar un lugar destacado en la narrativa, no ha tenido (...) la resonancia crítica que merece: *Cuerpo a tierra* (1954)” (Sanz Villanueva, 2011: 78).

3. BIBLIOGRAFÍA DE MIGUEL DELIBES

La obra literaria de Miguel Delibes Setién (Valladolid, 17 de octubre de 1920, 12 de marzo de 2010) se extiende desde la publicación de su primera obra en 1948 (*La sombra del ciprés es alargada*) hasta la última en 2005 (*La tierra herida*). Siguiendo las *Obras completas* bajo la dirección de Ramón García Domínguez que se terminaron de publicar el mismo año de su fallecimiento y que contaron con el visto bueno del escritor, pasamos a citar los aspectos más relevantes de la bibliografía definitiva del novelista vallisoletano¹³. Comenzaremos por las novelas para entrar después en una breve disertación sobre los cuentos y novelas cortas, obras de caza, artículos y ensayos para dejar al final los escritos sobre recuerdos y viajes.

3.1. Novelas

Miguel Delibes escribió *La sombra del ciprés es alargada* (1948) “pensando en ganar el premio Nadal” (Delibes, 2007a: 1106), galardón que aglutinaba por aquellos años “los nombres más destacados” del género novelesco (Ynduráin, 2004: 327). Y lo consiguió. Tal fue su empeño en lograr este hito que “de no haber ganado probablemente hubiera colgado la pluma” (Delibes, 2007a: 1106). Como no podía ser de otra manera, ya desde su primera novela, el joven autor trataba “de dar forma a una obsesión de infancia: la de la muerte. No la mía propia, sino la de los demás, la de las personas que me rodeaban y a las que yo amaba” (Delibes, 2007a: 1106). Una vez más, la muerte se torna en protagonista y el desasimiento en su acompañante inseparable. Si bien la primera novela le trajo el ansiado premio Nadal, no es menos cierto que Delibes

¹³ “Y bien: cuando mi obra, dicho lo dicho, está concluida, y por tal la doy, veo con satisfacción que los prestigiosos editores de Círculo de Lectores y Ediciones Destino se ocupan ahora de recopilarla y reunirlos en siete volúmenes” (Delibes, 2007a: XVIII).

jamás se sintió orgulloso de su ópera prima, a la que tildó de “malograda” por su “lenguaje arcaico, almidonado, sentencioso, pasado de moda” y de “pastiche cinematográfico del Hollywood más convencional de los años cuarenta que nada añade a la tesis del argumento” (Delibes, 2010: 394). Ya con el premio Nadal bajo el brazo se lanzó al mercado editorial con una novela mediocre por su excesiva ornamentación. Nos referimos a *Aún es de día* (1949), el libro que escribió “un tanto precipitadamente ante el temor de quedarme en novelista de una sola novela” (Delibes, 2010: 393).

Con dos novelas y la crítica a su favor¹⁴, tan sólo faltaba que fuese Miguel Delibes quien se diese el visto bueno a sí mismo. Y esto no llegó hasta 1950 con *El camino*, “una mirada infantil en una estructura narrativa de gran maestría” (Guerrero Ruiz, 1996: 173). Con este libro el escritor encuentra un estilo literario que Delibes acertó a seguir en las sucesivas novelas. El novelista hizo algo aparentemente tan sencillo como escribir como hablaba, sin adornos innecesarios. De esta forma vio la luz una obra en gran medida autobiográfica escrita en tercera persona en apenas tres semanas. Delibes se hacía definitivamente un hueco en el mundo literario de la España de posguerra.

La fecha de publicación de *El camino* precede en un año a la de otro gran clásico de la literatura universal: *El guardián entre el centeno*, del estadounidense J. D. Salinger. El lenguaje que los autores utilizaron en ambas novelas supuso un cambio de registro de la narrativa tradicional. El aire fresco de los dos protagonistas adolescentes atrapa al lector desde el comienzo de las dos obras y le adentran en un mundo sencillo, natural y, por encima de todo, humano.

¹⁴ Pío Baroja dijo con ocasión de la publicación de sus *Memorias*: “Creo que este muchacho ha escrito una buena novela. A mí me ha gustado *La sombra del ciprés es alargada*” (García Domínguez, 2010: 177).

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de sus once años, lamentaba el curso de sus acontecimientos, aunque lo acatara como una realidad inevitable y fatal. Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un quesero era un hecho que honraba a su padre. Pero por lo que a él afectaba... (Delibes, 2007a: 293).

Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contarles nada de eso. Primero porque es una lata, y, segundo, porque a mis padres les daría un ataque si yo me pusiera aquí a hablarles de su vida privada (Salinger, 1999: 7).

De aquí en adelante, compagina su trabajo en el diario El Norte de Castilla con la publicación de novelas. Así, en 1953, publica *Mi idolatrado hijo Sisí*, en 1954 *La partida* (1954) y en marzo del año siguiente sale a la luz una novela cuyo protagonista es “un álter ego rebajado del propio Delibes” (Delibes de Castro, 2009: XI): *Diario de un cazador* (Premio Nacional de Narrativa), que más tarde se englobaría en una trilogía protagonizada por Lorenzo con *Diario de un emigrante* (1958) y *Diario de un jubilado* (1995). La séptima novela, en la que de nuevo se hace patente “como en la primera novela de Delibes, la obsesión de la muerte” (Sobejano, 2008: XVIII), llegó en mayo de 1959 bajo el título *La hoja roja* y gracias en parte a una beca de un millón de pesetas de la Fundación Juan March que le permitió reducir de manera considerable los viajes y las conferencias para dedicarse a la escritura, si bien no podía dejar de lado el periódico ni las clases en la Escuela de Comercio. El título, que en un principio no gustó al editor, hace referencia a la hoja roja que aparecía en los librillos de papel de fumar para advertir de que sólo quedaban cinco hojas. Delibes y su editor barajaron la posibilidad de titular la novela *La sala de espera* o *La antesala*.

En 1962 publicó *Las ratas* (Premio de la Crítica) para denunciar la postergación del campo castellano. En esta época, ya como director de *El Norte de Castilla*, la censura impedía a Delibes publicar con libertad la realidad del mundo rural en el diario, por lo que se sirvió de sus libros para denunciar el despoblamiento castellano: “Cuando a mí no me dejan hablar en los periódicos, hablo en las novelas” (Alonso de los Ríos, 2010: 144). En el último mes de 1966 salió a la venta *Cinco horas con Mario*, una de las novelas más reeditadas del autor y con mayor carga religiosa¹⁵. En este sentido, en una carta a su editor fechada el 2 de agosto de 1965, Delibes muestra sus intenciones:

Vivimos en un tiempo de mentiras, o de medias verdades, que es aún peor. He iniciado una novela cuyo fondo es éste y espero poderla editar resolviéndola con un poco de habilidad: una viuda joven ante el cadáver de su marido y a través de los párrafos de un libro -¿la Biblia?- , que éste ha leído la noche antes, evoca su vida de matrimonio, que abarca más o menos los ‘Veinticinco años de paz’ (eslogan del franquismo al cumplirse un cuarto de siglo de poder). El monólogo de esta mujer y los reproches al marido darán por el gusto a los censores, pero, al propio tiempo, espero que quede bien claro que la conducta de éste es la honrada y la justa a despecho de tópicos e hipocresías. Al mismo tiempo expondré las dos maneras de pensar que hay en el país: la cerril, tradicional e hipócrita, ya la abierta y sana preconizada por Juan XXIII. A ver qué sale (Delibes, 2008b: 1110).

Con *Parábola del naufrago* (1969) Delibes escribe su primera novela experimental (Goñi, 1985: 100-101) en la que se muestra abrumado por la tristeza, la resignación y la soledad tras comprobar cómo era atropellado por la fuerza el movimiento del 68. Más allá de estas intenciones cercanas al Gran Hermano de George Orwell, los críticos de la época indicaron que *Parábola del naufrago* suponía un giro radical en la narrativa del vallisoletano, quizás por la influencia de las nuevas tendencias

¹⁵ “*Cinco horas con Mario* no es una novela sobre el Concilio Vaticano, pero es en el Concilio donde hay que buscar tanto su génesis como su desenlace” (Buckley, 2012: 131).

literarias, hecho que Delibes nunca negó (Delibes, 2008b: 1115). En diciembre de 1973 se publicó *El príncipe destronado*, si bien su redacción se remonta a casi diez años antes (1964). Las dudas sobre la calidad del texto y las reticencias del editor provocaron este desfase entre escritura y publicación. Tanto es así que Delibes escribió una carta a Josep Vergés en la que le proponía algunos cambios, entre otros que “Quico se vaya con los ángeles”, hecho que finalmente no llevó a cabo aunque ya tenía bastante avanzada la idea:

Este pequeño príncipe tiene que morir, y su madre -indecisa y sin definir- encontrar el camino en esa muerte. ¿Por qué tengo que acabar siempre matando a mis héroes, grandes o pequeños? Te confieso que a este Quico le tengo una enorme simpatía, y me duele en el alma sacrificarlo (Delibes, 2008b: 1118).

Sea como fuere, resultó que la novela quedó en el cajón del olvido hasta que unos años más tarde Delibes la releyó y ante su asombro le gustó “mucho”. Después de ponerse de nuevo en contacto con su editor, decidieron, por fin, sacarla a la luz. En enero de 1975, pocos meses después de la muerte de su mujer Ángeles de Castro, se publicó *Las guerras de nuestros antepasados*.

Me costó casi dos años darle remate. La fórmula de ser toda ella dialogada era un reto para mí y tuve muchas vacilaciones y muchos frenazos. Siempre se habla de la experimentación que llevé a cabo con *Cinco horas con Mario* o en *Parábola del naufrago*, pero para mí lo fue tanto o más el experimento de *Las guerras de nuestros antepasados* (García Domínguez, 2005: 369).

En noviembre de 1978, un año después de las primeras elecciones democráticas tras el periodo franquista, llegó a las librerías *El disputado voto del señor Cayo*, una

obra con la que Delibes denunció un sistema democrático que a su entender nació viciado.

Es una ironía sobre las campañas electorales, que a mí me dan un poco de risa y tristeza, pues se promete el oro y el moro con mucha frivolidad y lo que se busca, en realidad, es el escaño y una colocación para toda la vida. Después de la fiesta electoral vivida en junio de 1977, me fui diez días a Sedano y me encontré allí y en los pueblos limítrofes a los viejos habitantes sentados junto a carteles de propaganda: vota a tal, vota a cual... Aquello puso en marcha la novela (Goñi, 1985: 57).

La génesis de *Los santos inocentes* (1981) fue un cuento que Delibes publicó en mayo de 1963 bajo el título *La Milana*. Por ese motivo, cuando decidió convertir el cuento en novela, prefirió mantenerse fiel a la época en que había escrito y ambientado el primer texto. Incluso se mantiene los protagonistas (Azarías, Régula y el señorito Iván). Por primera vez en la obra de Delibes, la acción no discurre en Castilla, sino en Extremadura. También aquí experimenta con el estilo al relegar los puntos ortográficos únicamente al final de cada capítulo. En 1983 se publicó *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, en 1985 *El tesoro* y en octubre de 1987 *Madera de héroe*, una novela autobiográfica que hasta la cuarta edición se llamaba *337A, Madera de héroe* pero que después Delibes decidió suprimir el guarismo y la letra porque “complica” y “entorpece el título” (García Domínguez, 2005: 511). La obra (la más amplia de Delibes) recrea la juventud de su autor en plena Guerra Civil y su enrolamiento voluntario en la Armada.

Con *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991) Delibes saca a la luz su novela más autobiográfica, incluso por encima de *Madera de héroe*. La descripción de la

enfermedad de su mujer y posterior muerte hacen de esta novela una de las más halagadas por la crítica.

Con *El hereje* (Premio Nacional de Narrativa 1998), Delibes puso punto final a su obra novelística en la cima del éxito. No en vano, en la primera semana se vendieron más de cien mil ejemplares, y a lo largo de los tres meses siguientes la obra se mantuvo en lo más alto de las listas de libros más vendidos. Porque *El hereje* se trata de la novela más ambiciosa, trabajada y densa de cuantas escribió Delibes. Un dato lo ratifica: mientras *El camino* le costó sólo tres semanas escribirlo, *El hereje* le llevó tres años. La idea de escribir esta novela surgió en una tertulia en un hotel vallisoletano, cuando el catedrático de Derecho Penal Ángel Torío llevó un texto dedicado al foco luterano en Valladolid durante el siglo XVI y Delibes comenzó a investigar para plasmar en su última obra los datos históricos de su ciudad¹⁶, a la que rinde un “soberbio homenaje (...) reviviendo aquel ecuador del siglo XVI” (Villanueva, 2001: 154).

3.2. Cuentos y novelas cortas

Los cuentos y las novelas cortas también forman parte de la obra literaria de Miguel Delibes. Según las *Obras completas* que él mismo llevó a cabo de la mano de su biógrafo Ramón García Domínguez poco antes de su muerte, se incluyen en este grupo los siguientes textos: *El loco* (1953), *Los raíles* (1954), *Los nogales* (1957), *La mortaja* (1957), *La barbería* (1957), *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964), *Tres pájaros de cuenta* (1982) y otros 24 cuentos más que escribió entre 1950-1957.

¹⁶ “La necesaria presencia de la Historia aquí intenta limitar el azar y la intuición en la interpretación de los argumentos, así como también ayuda a la eliminación de cronologías, taximonias e ideologizaciones arbitrarias” (Ambassa Lascidyl, 2000: 218).

3.3. Obras de caza

Cuando Delibes afirmó que era “un cazador que escribe” más de uno le rió la ocurrencia. Pero aquella afirmación no era simplemente una ocurrencia más o menos acertada, sino una verdad que encerraba una pasión aún mayor que la escritura: la cinegética. Y, claro, cuando se une la escritura con la caza el resultado sólo puede ser uno: libros de caza, como así fue. De hecho, se cuentan hasta diez textos cinegéticos que citamos a continuación. De ellos hemos excluido *Diario de un cazador* porque Delibes creyó conveniente excluirlo de este apartado para incluirlo en el de novelas y porque creemos que si bien su protagonista, Lorenzo, era un cazador, la redondez del personaje y las dos novelas siguientes que protagoniza se desmarcan por sí solas de la caza para inmiscuirse en novela literaria con personalidad propia.

En concreto, los textos de caza del escritor vallisoletano son *La caza de la perdiz roja* (1963), *El libro de la caza menor* (1964), *Con la escopeta al hombro* (1970), *La caza en España* (1972), *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* (1977), *Mis amigas las truchas* (1977), *Las perdices del domingo* (1981), *Prólogo a un libro sobre la caza de patos que no llegó a escribirse* (1976), *El último coto* (1992) y *El fin de la perdiz roja silvestre* (1995).

3.4. Artículos y ensayos

El periodismo siempre estuvo de la mano de Delibes, que incluso llegó a dirigir El Norte de Castilla. Estamos, por tanto, ante “un verdadero profesional del periodismo” (Sánchez, 2010: XV). Por eso no resulta extraño que a lo largo de su vida creadora escribiera innumerables artículos de opinión y distintos ensayos, ya no sólo en las

páginas del periódico, sino en libros independientes. *Vivir al día* (1968), *El otro fútbol* (1982), *La censura de prensa en los años 40 y otros ensayos* (1985), *Castilla habla* (1986), *Pegar la hebra* (1990), *He dicho* (1996), *1936-1950: Muerte y resurrección de la novela* (2004) y *La tierra herida* (2005), este último escrito mano a mano con su hijo biólogo Miguel Delibes de Castro y que pone fin a la obra del autor vallisoletano.

3.5. Recuerdos y viajes

Los textos de recuerdos y viajes tampoco faltan en la extensa bibliografía de Delibes a pesar de mostrarse tan “reacio a lo autobiográfico” (Neuschäfer, 2007: XIII) y asegurar que le repugnaba cualquier desahogo intimista y que estaba “muy lejos de cualquier forma de narcisismo” (Delibes, 2007b: 133), su pluma tampoco dejó de lado sus vivencias en distintos libros, como son los que siguen: *Por esos mundos: Sudamérica con escala en Canarias* (1961), *Europa: parada y fonda* (1963), *USA y yo* (1966), *La primavera de Praga* (1968), *Un año de mi vida* (1972), *Dos viajes en automóvil: Suecia y los Países Bajos* (1982) y *Mi vida al aire libre* (1989).

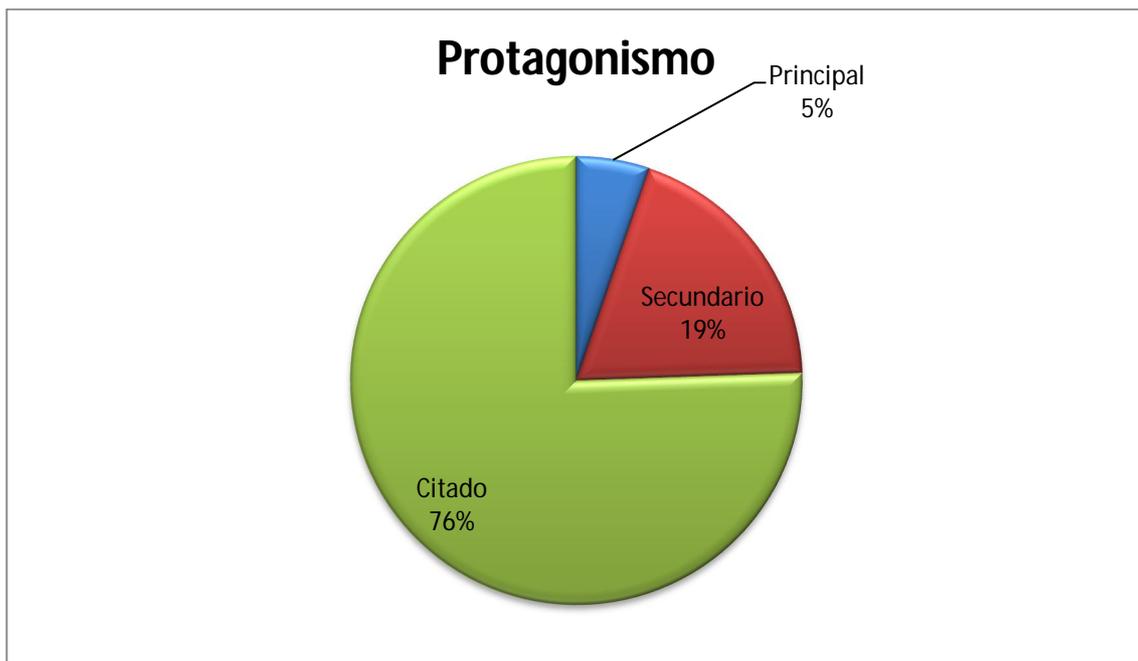
TERCERA PARTE

LA MUERTE EN LAS NOVELAS DE MIGUEL DELIBES

1. PERSONAJE

1.1. Protagonismo

De los trescientos sesenta y cuatro muertos que se citan en las veintiséis novelas, la mayoría tan solo aparecen citados¹⁷, por lo que su relevancia en la obra es testimonial o insignificante. En concreto, doscientos setenta y cinco se enmarcan en la variable de citado, lo que representa el 76%. Por su parte, los personajes fallecidos que desempeñan un papel secundario alcanzan el 19% con setenta casos. Por último, diecinueve personajes principales mueren en la obra delibeana, lo que supone un 5% de la totalidad.



¹⁷ Principal (diecinueve), Secundario (setenta) y Citado (doscientos setenta y cinco).

Este último dato, en una primera aproximación, puede antojarse de escasa relevancia o incluso insignificante, pero analizándolo más concienzudamente llegamos a la sorprendente conclusión de que en quince¹⁸ de las veintiséis novelas muere un personaje principal de la trama. O lo que es lo mismo: Delibes mata a un personaje principal en el 57% de sus novelas.

En *La sombra del ciprés es alargada*, mueren los personajes principales Alfredo y Jane. El primero, un niño de 12 años amigo de Pedro¹⁹, es la primera descripción meticulosa de una muerte en la obra novelística delibeana. El acontecer de los hechos está cercano al estilo barroco y recargado propio de las dos primeras obras de Delibes, en las que todavía no había encontrado su camino. Quizás por tratarse de un personaje principal, o quizás por llevar a efecto hasta las últimas consecuencias ese estilo de excesiva pomposidad, al relato no le falta detalle: anuncio de la muerte después de varios episodios dramáticos de hemoptisis, descripción minuciosa del velatorio, del funeral y del entierro y presencia religiosa constante tanto antes como después del deceso.

El caso es algo distinto del de la muerte por accidente de automóvil de Jane, embarazada de cuatro meses. Como en el caso anterior, la descripción adquiere tonos igualmente dramáticos que precipitan el desenlace de la ópera prima del escritor vallisoletano. El papel principal de la esposa de Pedro en *La sombra del ciprés es alargada* lo hemos determinado no tanto por su asidua presencia, que también, sino, sobre todo, por la relevancia de su papel en la obra.

Una de las muertes más cruentas de la novela delibeana es la del niño Germán, el Tiñoso, en *El camino*. Su presencia y relevancia en la obra es constante desde la

¹⁸ En *La sombra del ciprés es alargada* y *Mi idolatrado hijo Sisí* mueren dos personajes principales y en *El hereje* tres.

¹⁹ “Pedro está poseído por un obsesivo miedo a la muerte y elige el camino de la soledad” (Sobejano, 1975: 164).

primera hasta la última página. De hecho, no se entiende la novela sin las apariciones constantes de Daniel, el Mochuelo; de Roque, el Moñigo y de Germán, el Tiñoso. Los tres, prácticamente en la misma medida, son los protagonistas de un texto en el que el lector avanza de la mano de los niños por un pueblo repleto de ternura y naturalidad. Al igual que en *La sombra del ciprés es alargada*, en *El camino*, la muerte de un niño trunca el desarrollo natural de la vida de sus amigos, que se topan con la muerte antes de tiempo.

En *Mi idolatrado hijo Sisí*, la muerte de un personaje protagonista vuelve a aparecer en dos ocasiones: Sisí y su padre Cecilio Rubes. En este caso, la obra gira en torno a un progenitor egoísta y petulante (Alonso de los Ríos, 2010: 81) que no soporta la muerte de un hijo al que ha sobre protegido durante más de veinte años y se tira desde la balaustrada de su vivienda.

En *La hoja roja*, a pesar de ser la tercera novela con más muertes (treinta y tres) tras *El hereje* (ochenta y cuatro) y *Madera de héroe* (treinta y seis), tan solo consta el deceso de un personaje principal. Se trata de Isaías, amigo del personaje protagonista, el viejo Eloy. También mueren los personajes principales de las novelas cortas *El loco* (Robinet), *Los raíles* (Tim), *La mortaja* (Trino), *Los nogales* (Nilo) y *La barbería* (don Floro).

El protagonismo de Mario en la plástica y veraz (García de la Concha, 2008: XII) *Cinco horas con Mario* resulta evidente, ya no sólo por el título de la novela, sino porque esta comienza con la esquela del protagonista y toda ella gira alrededor de la figura de Mario Díez Collado, marido de Carmen Sotillo (Menchu), que recuerda a su marido en un largo monólogo en el velatorio. Desde las primera palabras de Menchu: “Dormir, no, Valen, no quiero dormir; tengo que estar con él. Es la última noche. Tú lo sabes” (Delibes, 2008b: 9) hasta las últimas de Vicente: “¡Chist! -sisea-. Por favor, que

sacan el cadáver” (Delibes, 2008b: 207), el silencio de Mario copa el planteamiento, el nudo y el desenlace de la novela.

Pacífico Pérez, de *Las guerras de nuestros antepasados* es, junto al doctor Francisco de Asís Burgueño, el único personaje dialogante de esta novela experimental (García Domínguez, 2010: 500). Como sucede en *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, en *Las guerras de nuestros antepasados* se recogen las últimas palabras de un condenado a muerte a garrote, si bien en el caso de la obra de Delibes la pena le fue conmutada por la de treinta años de reclusión “por clemencia del Jefe del Estado” (Delibes, 2008b: 729).

En *Los santos inocentes*, Iván ocupa un papel central en una novela que se sirve de la figura del señorito para denunciar el derecho de pernada que los dueños ejercen sobre una familia de guardeses en una finca de la Extremadura de los años sesenta del pasado siglo (Trapiello, 2009: XV).

Si bien la muerte de Gervasio García de la Lastra, protagonista de principio a fin de *Madera de héroe*, es soñada, no podemos dejar de omitir el deceso del personaje. Su protagonismo en la novela es absoluto, ya que se trata de una obra en gran medida autobiográfica cuya historia gira en torno a Gervasio, en muchas ocasiones álter ego del propio Delibes.

Como sucede en *Cinco horas con Mario* y *La mortaja*, en *Señora de rojo sobre fondo gris* la muerte de un personaje es motivo suficiente para crear una historia a su alrededor. En este caso, Ana (álter ego de Ángeles, la mujer de Delibes) es el personaje principal. Tal y como sucede en *Cinco horas con Mario*, en *Señora de rojo sobre fondo gris*, el título hace referencia directa al muerto que protagoniza la novela.

El hereje es la novela con más muertos (ochenta y cuatro) de toda la obra delibeana. De todos ellos, tres ocupan un papel principal en el texto. Se trata de Bernardo Salcedo, Teodomira Centeno y Cipriano Salcedo.

Con estos datos generales sobre el papel, podemos extraer conclusiones realmente significativas acerca de los personajes que ejercen un papel principal en las novelas de Delibes. Además del ya mencionado de que en el 57% de las novelas de Delibes muere al menos un personaje cuyo papel es determinante, conviene destacar otros aspectos.

En primer lugar, destaca la relación directa entre la muerte del protagonista y el desenlace de la obra²⁰. Es decir, en muchas ocasiones el deceso precipita el final de la novela. En concreto, esto sucede en el 38% del conjunto de las obras (*La sombra del ciprés es alargada*, *El camino*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, *El loco*, *Los nogales*, *La barbería*, *Las guerras de nuestros antepasados*, *Los santos inocentes*, *Señora de rojo sobre fondo gris* y *El hereje*). En otras ocasiones, si bien no existe relación causal entre desenlace y muerte, esta es el motivo mismo de la obra, tal y como ocurre en *la mortaja* y en *Cinco horas con Mario*. Sin embargo, en estos textos la muerte es el motivo inicial de la historia.

En *La sombra del ciprés es alargada* Jane encuentra la muerte en el muelle del puerto de Providencia, precisamente en el momento en que sacaba “su mano por la ventana abierta y la agitaba de arriba abajo saludándome” (Delibes, 2007a: 278). Inmediatamente después del accidente, Delibes inicia un nuevo capítulo en el que después de la muerte de su mujer, el protagonista deambula entre una suerte de lamentaciones del protagonista, sensación de abandono y visitas al cementerio que poco

²⁰ “...esa misma muerte que culmina no pocas de sus novelas...” (García Domínguez, 2010: 870).

aporta a la trama principal y que bien podía haberse omitido sin menoscabar el sentido de la novela.

La muerte en *El camino* del niño Germán, el Tiñoso, precede a su velatorio y funeral y a un capítulo final en el que Daniel, el Mochuelo, se despide de su pueblo para ir a estudiar a la ciudad. Tras la muerte de Germán, el Tiñoso, Delibes corta de raíz las aventuras de los tres pequeños y finaliza la trama de la novela, dejando tan solo las consecuencias de una muerte prematura y el desenlace obligado teniendo en cuenta el primer capítulo de la obra: Daniel, el Mochuelo, rememora sus vivencias la noche anterior a tener que abandonar su aldea.

El final de *Mi idolatrado hijo Sisí* no puede ser más precipitado; el suicidio del protagonista pone fin a la narración, entre otras cosas porque este era el “único modo lógico de cerrar la novela” (Alonso de los Ríos, 2010: 82):

El cuerpo rechoncho de Cecilio Rubes se recortó un momento sobre el fondo de las estrellas. Con una ligereza insospechada, Cecilio se encaramó a la balastrada y saltó. Como en una pesadilla oyó Adela el ruido sordo de un cuerpo al chafarse contra el asfalto. No comprendía bien lo que acababa de ocurrir, pero mecánicamente se llevó las manos a la cabeza y gritó muy fuerte, una, dos, tres veces (Delibes, 2007a: 769).

Robinet pone fin a su vida en *El loco* dándose un disparo en la cabeza. Tras el suicidio, un capítulo de apenas dos páginas para redondear la novela corta y hacer volver a la vida al protagonista: “Al correr por las calles me parecía que era un día de fiesta y todo estaba lleno de luz y de amor y de ternura, y el mundo era bueno y feliz y comprensivo, y yo experimentaba, Davicito, un cálido derramamiento de corazón” (Delibes, 2008a: 831).

Nilo, el viejo, es el tercer personaje que muere tras precipitarse de un árbol en *Los nogales*. Sin embargo, su muerte, al ser el personaje protagonista de la obra, trae consigo el final del texto de una manera casi tan abrupta como en *Mi idolatrado hijo Sisí*:

Vagamente intuía que también Nilo, el viejo, terminaría por desprenderse como cualquier fruto maduro. Adelantó su mano derecha hasta topar con el muerto e, instintivamente, acarició una y otra vez la vieja pierna sarmentosa. Dijo, sin abrir los ojos: “¿Pican, padre?”. Mas como no recibiera respuesta pensó: “Se ha dormido”. Nilo, el joven, sonreía estúpidamente con el rostro vuelto hacia el cielo (Delibes, 2008a: 924).

La barbería no solo termina con la muerte de su personaje principal, don Floro, sino que lo hace con su testamento ológrafo. Nada más comprobar la muerte de don Floro y de cerrarle los ojos, Walter “se puso el abrigo y se fue a casa del abogado” (Delibes, 2008a: 946). Después se reproduce la última voluntad del muerto y se da fin a la novela.

Un texto del doctor Francisco de Asís Burgueño pone fin a modo de apéndice a *Las guerras de nuestros antepasados*. En él, el médico explica las causas de la muerte de Pacífico Pérez, cita la bendición in articulo mortis de la que fue objeto el finado y la ceremonia religiosa que tuvo lugar posteriormente (Delibes, 2008b: 729-730). Una vez más, la muerte de un personaje principal amputa la trama de la novela y precipita su final.

El asesinato del señorito Iván en *Los santos inocentes* se preconiza desde casi las primeras páginas de la novela... Se antojaba necesaria la muerte de un joven petulante, egoísta y abusador que, “como buen señor feudal (...), busca servidores que le rindan homenaje” (Buckley, 2012: 243). Y fue precisamente Azarías, su servidor principal con

cierto retraso mental, quien le da muerte ahorcándole de un árbol. Después de unas “convulsiones extrañas, unos espasmos electrizados”, Azarías “mascaba salivilla y reía bobamente al cielo, a la nada, milana bonita, milana bonita, repetía mecánicamente, y, en ese instante, un apretado bando de zuritas batió el aire rasando la copa de la encina en que se ocultaba” (Delibes, 2009a: 92-93). Una vez más, la descripción de la muerte antecede al final de la novela.

Si bien es cierto que desde el principio de *Señora de rojo sobre fondo gris* el lector sabe que Ana, el personaje principal de la novela, va a morir, no es hasta el final cuando se alude directamente a la efectiva muerte de la mujer: “El doctor Calvo se dirigía a mí (había una sombra en su mirada firme, como una perplejidad en su aguerrido porte castrense): Ha muerto, dijo” (Delibes, 2009a: 667). De ahí al final apenas veintiuna líneas en las que el viudo lamenta la pérdida de su mujer.

La última novela de Delibes, *El hereje*, no es una excepción a la norma. En este caso, el protagonista, como no podía ser de otra manera, pone fin a la historia con su muerte en la hoguera. Después, tan sólo la declaración de Minervina Capa, de apenas dos páginas.

Sintió un dolor intensísimo, como si le arrancaran la piel a tiras, en las caras internas de los muslos, en todo su cuerpo, con una intensidad especial en las yemas de los dedos. Apretó los párpados en silencio, sin mover un músculo, resignadamente. El pueblo, sobrecogido por su entereza, pero en el fondo decepcionado, había enmudecido. Entonces rompió el silencio el desgarrado sollozo de Minervina. La cabeza de Cipriano había caído de lado y las puntas de las llamas se cebaban en sus ojos enfermos (Delibes, 2009a: 1030).

En todo caso, la muerte y su identificación con el final de la novela va más allá del gusto delibeano por finalizar sus obras con el deceso de un personaje principal. Y vas más allá porque la muerte del personaje principal se antoja necesaria teniendo en cuenta el desarrollo de las novelas en las que ocurre este hecho tan característico del escritor vallisoletano. Así, no resultaría creíble que la vida de Pedro, de *La sombra del ciprés es alargada*, siguiese su rumbo natural después de contraer matrimonio con Jane. La vida del protagonista está marcada por la muerte desde su nacimiento con la muerte de sus padres y, ya en la niñez, con la de su amigo Alfredo. ¿Cómo iba a terminar una obra en la que la muerte está presente en cada aliento de cada párrafo con una boda y un embarazo a término? No. Si así sucediese la novela no sería veraz; no sería coherente. No en vano, el propio Delibes trata de justificar el desenlace dramático de la obra con las siguientes palabras que ponen fin a la primera del autor:

Con los años he concluido por convencerme de que esa previsión de sucesos fatales, característica de mi vida, si no diluye el dolor, sí al menos nos prepara para soportarlo más sordamente cuando los hechos temidos llegan a realizarse. El desasimiento de Jane, como antes el de Alfredo, me produjo la impresión de que estaba reproduciendo ante mis ojos un momento ya vivido; que el flébil acaecimiento no era nuevo en el curso sinuoso de mi historia (Delibes, 2007a: 279).

Del mismo modo, ¿quién puede concebir *Mi idolatrado hijo Sisí* sin el fallecimiento de Cecilio Rubes? Es más: ¿Quién puede concebir el final de esta novela sin el suicidio de su protagonista? De principio a fin la historia guía a Cecilio Rubes, el típico burgués de capital de provincia, católico aparente y de mentalidad egoísta, a la muerte: Cada acto, cada omisión, le acercan más y más al trágico desenlace. Quizás, como sucede en *Los santos inocentes*, de nuevo la justicia social, o quizás un carácter

ejemplarizante, sea la razón última de la muerte. El propio Delibes, en una conferencia en el Ateneo de Madrid en abril de 1954 confesó que “el protagonista, Cecilio Rubes, había de quedar física y moralmente aniquilado por su propio egoísmo. Al concluirla, me sentí satisfecho. Y no hablo ahora de literatura. Se me hacía que el problema quedaba resuelto de acuerdo con las estrictas normas de la moral católica” (García Domínguez, 2010: 298).

Si en *Los nogales* Nilo, el viejo, no muere, la obra no tendría sentido. Quintín cae de un árbol y muere; Chucho cae del mismo árbol y muere. Nilo sube a ese mismo árbol... ¿qué otra cosa podía sucederle?

La muerte de Mario en *Cinco horas con Mario*, la de Trino en *La mortaja* y la de Ana en *Señora de rojo sobre fondo gris* son el centro de la obra en sí misma. Las tres novelas parten de una muerte; esta es su razón principal y última... El texto no tendría razón de ser (ni tan siquiera podría plantearse) sin la muerte del personaje principal.

Pacífico Pérez es un hombre enfermo y condenado a muerte por homicidio que finalmente fallece tras sufrir tres hemoptisis. *Las guerras de nuestros antepasados* se justifica por la muerte de un recluso que, en una angustiosa cuenta atrás, va desvelando al médico de la prisión que le atiende la historia de su vida y sus sentimientos. No muy lejos en lo que al argumento se refiere está *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, cuyo protagonista también descansa en el centro penitenciario tras ser condenado a muerte a garrote (Cela, 2009: 189).

Ya nos hemos referido antes al asesinato del señorito Iván en *Los santos inocentes* y aquí tan sólo añadiremos una interrogante: ¿Sería imaginable la obra sin el crimen final? Creemos que, al igual que sucede en otras tantas ocasiones, el ahorcamiento del señorito Iván redondea la novela. Es verdad que, en este caso, puede omitirse el trágico final, pero la obra no estaría bien cerrada y el personaje del joven y

engreído cazador carecería en gran parte de sentido. ¿Si Azarías no le mata al final, qué extraeríamos de la novela? Porque, como hemos dicho más arriba, la muerte de Iván es de justicia social... es consecuente con la narración.

La muerte de Cipriano Salcedo se anuncia ya desde el mismo título de la obra: *El hereje*. Un hereje en el Valladolid de la Inquisición tenía un final más que probable: la hoguera. Y, obviamente, Delibes no se mantuvo al margen de la realidad en una novela histórica. Y no lo hizo porque, sencillamente, no pudo: era necesario que Cipriano Salcedo fuese condenado a morir en la hoguera. De otro modo, la novela carecería del más mínimo rigor histórico. A pesar de ello, el desenlace del protagonista no estaba claro desde el principio, tal y como reconoció el propio escritor:

Y lo cierto es que todavía no sé qué hacer con él, con mi protagonista: si mantenerlo firme en su fe luterana o hacerle al final abdicar de ella, como hicieron tantos otros, el doctor Cazalla sin ir más lejos. Salcedo busca la verdad allí donde esté, no es un recalcitrante porque sí, pero se da cuenta, camino del patíbulo, [de] que la mente humana, por sí sola, no puede alcanzar esa verdad. Pedirá una prueba a Dios pero Dios siempre permanece mudo. ¿Qué hago, entonces, con Cipriano? (García Domínguez, 2010: 819).

Por lo dicho, parece evidente que en todas las novelas en las que muere un personaje principal dicha muerte se debe más a la necesidad para la coherencia de la narración que a un gusto mortuorio del autor vallisoletano. Si bien es cierto que el propio Delibes admitió en innumerables ocasiones su obsesión por la muerte, como ya hemos hecho referencia en ocasiones anteriores, no es menos cierto que las muertes que se suceden en sus obras van más allá del mero deleite narrativo del deceso. Es decir, por regla general, las muertes de los personajes principales no son accesorias a la trama, sino acaecimientos de relevancia principal en la novela. A pesar de que la muerte

acontece, en la práctica totalidad de las ocasiones, al final de la novela, como desenlace necesario de la misma, ésta desempeña la función de hilo conductor de la trama; sin la muerte del personaje principal la obra no estaría completa... Delibes piensa la muerte y después escribe la novela... O bien el desarrollo de la novela le lleva a la necesidad de matar al personaje, como estuvo a punto de ocurrir en *El príncipe destronado*, tal y como reconoció el propio Delibes a Vergés, su amigo y editor:

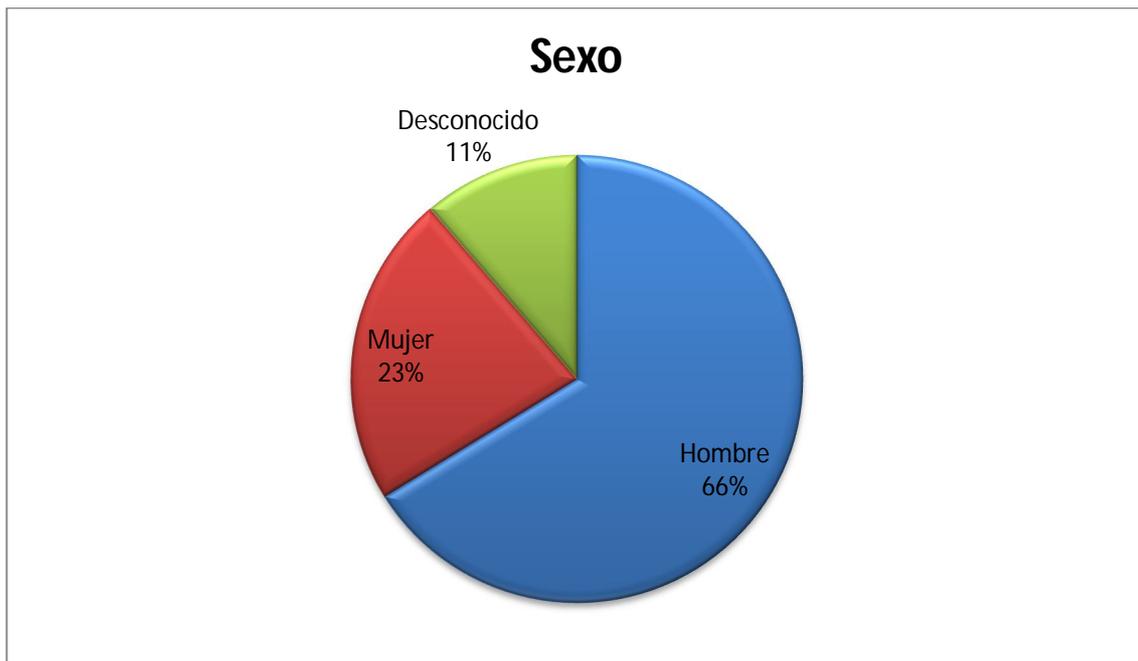
Pienso que tal vez la novela requiera un segundo día de Quico, con un final dramático en el que estalle la discrepancia matrimonial, se subraye la ambigua situación sentimental de la madre, se termine de caracterizar ciertos tipos y... Quico se vaya con los ángeles. No sé si esto es racional o deliro bajo la presión de mi propia desazón (García Domínguez, 2010: 447).

No es difícil intuir que, la mayoría de las veces, Delibes crea un personaje para matarlo, y en los casos en los que esto no sucede, la muerte ocupa un lugar determinante en la obra, como ocurre en *El camino*, donde si bien la muerte de Germán, el Tiñoso, podría omitirse sin menoscabo de la trama, su desenlace precipita el final de la obra.

1.2. Sexo

El sexo de los fallecidos²¹ guarda una coherencia porcentual con la frecuencia de los personajes de Delibes en sus novelas, donde la mayoría son hombres. Destaca en este apartado el hecho de que de los diecinueve personajes principales fallecidos, diecisiete son hombres y tan sólo dos son mujeres: Jane en *La sombra del ciprés es alargada* y Ana en *Cinco horas con Mario*. Se da la circunstancia, además, de que ambas son esposas de los protagonistas: Pedro y Mario.

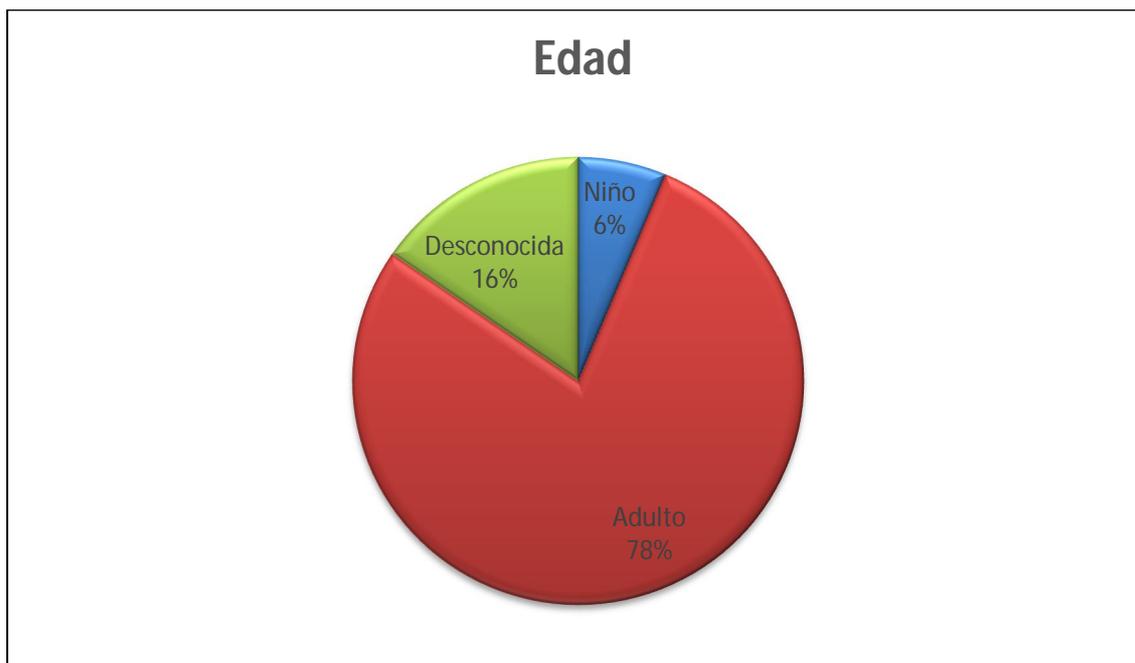
²¹ Hombre (doscientos cuarenta y uno), Mujer (ochenta y dos) y Desconocido (cuarenta y uno).



1.3. Edad

En una primera aproximación, los datos relativos a la edad²² de los muertos parecen ser coherentes con la edad de los personajes más frecuentes en la obra delibeana: la mayoría son adultos (doscientos ochenta y cinco), seguidos de personajes con edad desconocida (cincuenta y seis). En tercer lugar aparecen las muertes prematuras, con veintitrés casos. Sin embargo, detrás de estos datos asépticos se esconden realidades que no podemos dejar pasar por alto. Cuantitativamente pocos niños muertos, cualitativamente importantes.

²² Niño (veintitrés), Adulto (doscientos ochenta y cinco) y Desconocida (cincuenta y seis).



Así, en primer lugar, y partiendo de las palabras del propio Delibes según las cuales es “demasiado frecuente” que en sus novelas la infancia y la muerte terminen encontrándose (Alonso de los Ríos, 2010: 58), se hace necesario indagar en la frecuencia de la mortalidad infantil. Siguiendo la pista que nos brinda el propio Delibes, llegamos a un dato relevante: Aunque en el conjunto de las muertes los niños tan solo representan el 6% del total, en el 57% de las novelas muere, al menos, uno. En concreto, en quince de las veintiséis novelas de Delibes fallece por lo menos un niño. Por lo dicho, podemos afirmar que si bien la cantidad de muertes infantiles es cuantitativamente baja, su frecuencia es alta si nos atenemos a la distribución en las novelas, en las que en la mayoría muere prematuramente algún personaje. Hasta aquí, los datos ratifican la sentencia de Delibes según la cual la muerte de niños es sus novelas es “demasiado frecuente”.

Sin embargo, conviene matizar dicha afirmación, ya no en su aspecto cuantitativo, sino cualitativo. Porque si es verdad que la muerte infantil se distribuye a lo largo de las novelas de Delibes de manera proporcional, también lo es que la

relevancia cualitativa de dichas muertes es prácticamente nula. Es más: la mayoría de las obras en las que Delibes termina con la vida de un personaje infantil no perderían un ápice de su sentido si se omitiera dicha muerte.

La hipótesis se corrobora de manera sencilla analizando cada uno de los niños muertos. Veámoslo. Los menores que fallecen son, por orden de aparición: Manolito García y Alfredo (*La sombra del ciprés es alargada*), el hijo de la Germana y el hijo de Irene (*Aún es de día*), Germán el Tiñoso (*El camino*), el hermano de Cecilio y un desconocido (*Mi idolatrado hijo Sisí*), Raulito (*La partida*), Mele (*Diario de un cazador*), Tomasita Espeso (*La hoja roja*), Paquito (*Las ratas*), Tim (*Los raíles*), cinco hijos (*Los nogales*), dos hermanos de don Floro (*La barbería*), un desconocido (*Las guerras de nuestros antepasados*), Gervasio (*Madera de héroe*), Mar (*Señora de rojo sobre fondo gris*) y Gallofa (*El hereje*).

De los veintitrés niños muertos, diecinueve son personajes citados y tan solo cuatro desempeñan un papel principal en la novela (Alfredo, Germán el Tiñoso, Tim y Gervasio). Para terminar de quitar relevancia a la muerte infantil en la novela delibeana, debemos añadir que de los cuatro niños muertos que ejercen un papel principal en la novela, tan solo dos mueren realmente, ya que los otros dos lo hacen en sueños. En concreto, Tim sueña que fallece atropellado por un camión, mientras que Gervasio lo hace decapitado en sueños de Cruz.

Aquella noche, Tim tuvo un sueño inquieto. A veces su boca sonreía y luego se disparaba en un torrente de palabras ininteligible. De madrugada le asaltó una pesadilla. Soñó que le atropellaba un camión matrícula Za-814. Soñó que antes de arrollarle el camión pensó: 8145: La preterición de alguno o de todos los herederos forzosos en línea recta, sea que vivan al otorgarse el testamento, sea... (Delibes, 2008a: 858-859).

Mamá Zita, mujer de ideas religiosas primarias, identificaba heroísmo y santidad, propendía a ver en su hijo antes al devoto que al valiente, punto de vista que su hermana Cruz extremaba y, en su flébiles ensueños, conducía a dramáticas situaciones plásticas: Gervasio decapitado, la cabeza erizada dentro de un balde, y, alrededor, un coro de infieles (era casi podría asegurar que eran negros) danzando ante el hechicero a los acordes del tam-tam (Delibes, 2009a: 316).

Además, a pesar de que en la mayoría de los textos delibeños se cita el deceso de algún menor, la relevancia del suceso resulta irrelevante en el conjunto de la novela. O lo que es lo mismo: la muerte infantil es habitual en las obras de Delibes, pero no relevante cualitativamente. Excepción hecha del fallecimiento por hemoptisis de Alfredo y de la caída y posterior muerte de Germán, el Tiñoso²³, el resto de personajes infantiles muertos desempeñan un papel exclusivamente simbólico o anecdótico en la trama literaria. Por supuesto, en el caso de los dos niños que mueren en sueños, la irrelevancia del hecho llega a sus cotas más altas por no ser ni siquiera real.

Por lo expuesto, sorprende que el propio Delibes admitiese la frecuente aparición de la muerte de niños en sus novelas cuando este hecho es más anecdótico que sustancial, sobre todo si analizamos la entidad que éstos desempeñan en la trama de la novela. Insistimos aquí en que no es despreciable que en dieciséis de las veintiséis novelas al menos se cite la muerte de un menor, pero también debemos hacer hincapié en que, salvo en dos casos (*La sombra del ciprés es alargada* y *El camino*), en el resto de novelas el deceso infantil es un hecho que pasa de puntillas sobre la narración.

Quizás por esto, el biógrafo de Delibes, aunque apunta que la infancia y la muerte están “asociadas, imbricadas”, en textos como *El camino*, *La mortaja*, *Diario de un cazador*, “de alguna manera en *Sisí*, y en varios cuentos”, reconoce después que “no

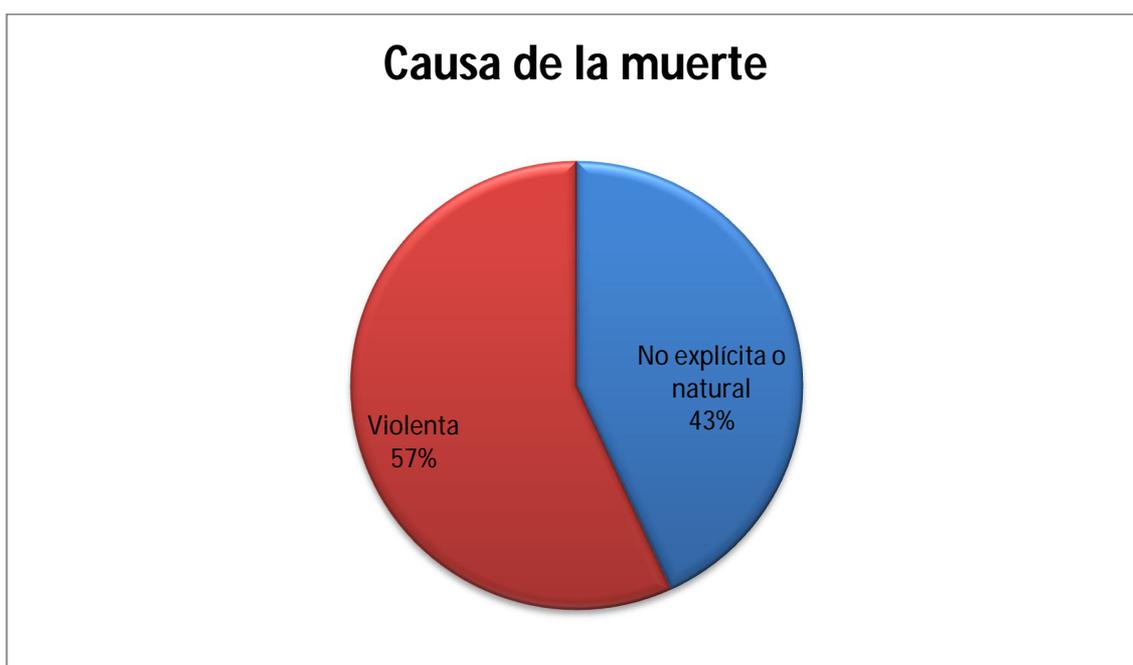
²³ Se trata de dos personajes que aunque tienen un papel principal en sus respectivas novelas, no son los protagonistas de las mismas. Sin embargo, su muerte afecta de manera directa a los protagonistas, Pedro y Daniel, el Mochuelo.

siempre, sin embargo, va la infancia asociada a la muerte en la narrativa de Delibes” (García Domínguez, 2007: XXXIII-XXXIV). Este hecho se agudiza si tenemos en cuenta que una cosa es que la muerte se relacione con la infancia, y otra distinta es que dicha muerte afecte de manera directa a un niño. O lo que es lo mismo: No es igual que un niño sea el sujeto activo de la muerte que el pasivo. Así, por ejemplo, es cierto que la infancia y la muerte están íntimamente relacionadas en *La mortaja*, por seguir el ejemplo de García Domínguez, pero dicha relación no implica el deceso del niño (Senderines), sino el de su padre (Trino) que, eso sí, repercute directamente en el niño protagonista de la novela, que actúa como sujeto pasivo de la muerte de su progenitor. Aquí, por tanto, infancia y muerte estarían relacionadas, pero más por una causa indirecta que directa.

2. CAUSA DE LA MUERTE

2.1. No explícita o natural y violenta

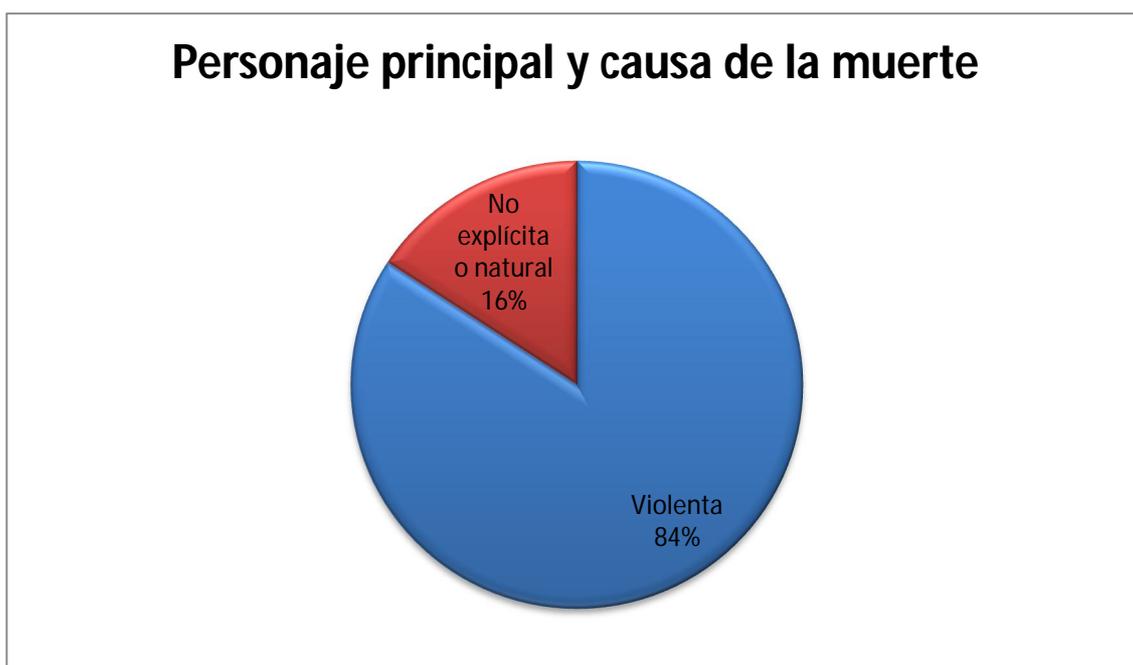
De todos los personajes que mueren en las novelas de Delibes, doscientos siete lo hacen por causas violentas, mientras que el resto, ciento cincuenta y siete, fallecen por motivos no explícitos o naturales. Si a esa cifra le restamos los decesos que vienen provocados tras sufrir una enfermedad, el número total de casusas mortuorias que se derivan de manera directa de un hecho violento se fija en ciento cuarenta.



Para encontrar más datos que nos sirvan de base para un estudio más pormenorizado que quizás nos lleve a conclusiones inesperadas en una primera aproximación, se antoja imprescindible determinar la relación que existe entre las causas de la muerte y el protagonismo de los personajes. Para ello, lo idóneo es separar

ambas causas: primero analizaremos las causas naturales y no explícitas y después las violentas, y en ambos casos las pondremos en relación con el protagonismo del finado.

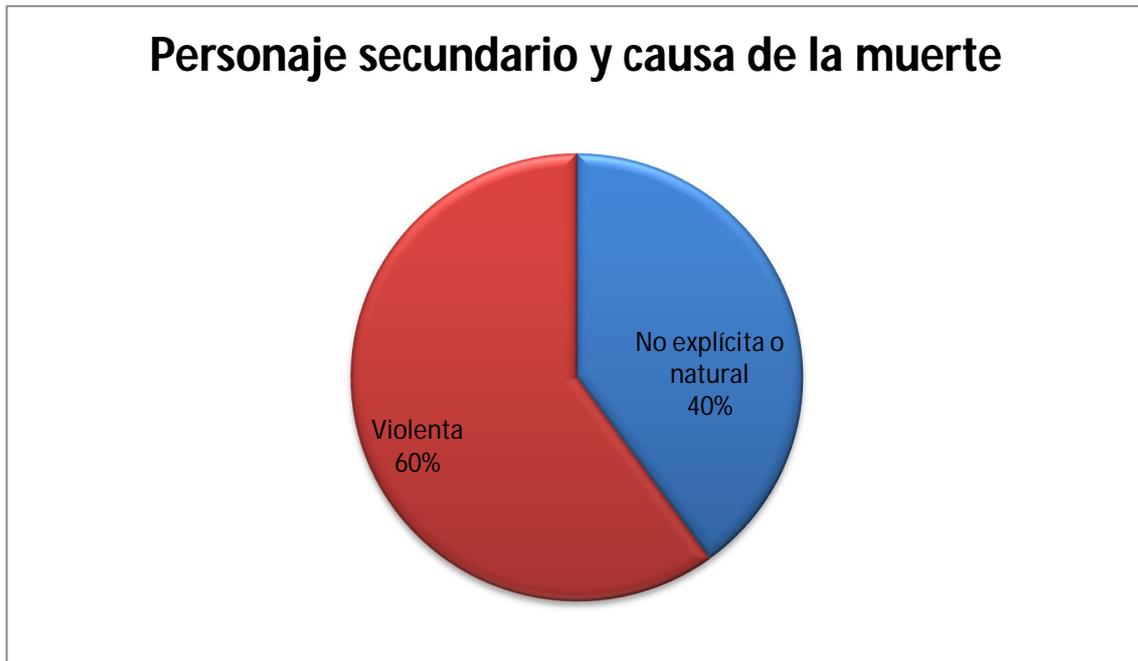
Así, de los ciento cincuenta y siete personajes que mueren por causas naturales o no explícitas, tres son principales²⁴, veintiocho secundarios y ciento veintiséis citados. Por su parte, de todos los personajes que mueren por causas violentas (doscientos siete), dieciséis son personajes principales, cuarenta y dos secundarios y ciento cuarenta y nueve tan solo aparecen citados. Si tenemos en cuenta que en el conjunto de novelas de Delibes hay diecinueve muertes de personajes principales, podemos concluir que prácticamente la totalidad de los decesos de los protagonistas se deben a causas violentas (84%).



El desarrollo de la investigación nos lleva a determinar también los tipos de muerte de los personajes secundarios y de los citados. Entre los primeros el porcentaje de muertes violentas desciende respecto a los personajes principales, con un 60%

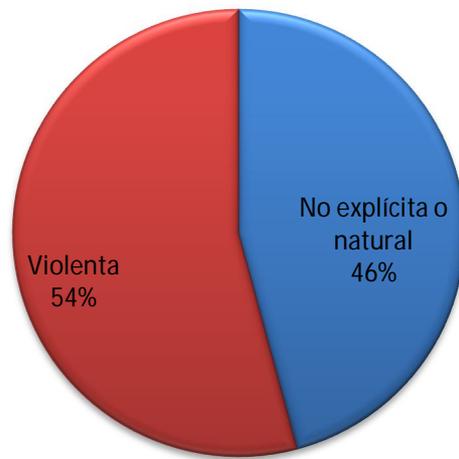
²⁴ Se trata de Isaías (*La hoja roja*), don Floro (*La barbería*) y Teodomira Centeno (*El hereje*).

(veintiocho) frente a un 40% (cuarenta y dos) de los fallecimientos por causas naturales o no explícitas.



Por último, aunque el tipo de muerte de los personajes citados también es en su mayoría violenta, el porcentaje disminuye de forma considerable, representando ya en este caso un 54% (ciento cuarenta y nueve), frente al 46% (ciento veintiséis) de muertes naturales o no explícitas.

Personaje citado y causa de la muerte



Por lo expuesto, podemos concluir de manera inequívoca que el tipo de muerte es directamente proporcional a la relevancia del finado. Conforme el papel del protagonista adquiere menos relevancia el tipo de muerte se torna más difusa. En sentido contrario, cuando la relevancia del muerto es considerable, la muerte ocupa un papel más relevante en la novela. Baste para ello recordar las descripciones de los fallecimientos de Jane, Germán, Sisí, Cecilio, Tim, Nilo, Mario, Pacífico Pérez, el señorito Iván, Ana o Cipriano Salcedo. Todos ellos son personajes principales y sus muertes ocupan un papel importante de la obra, ya no sólo porque mueren en circunstancias dramáticas (como analizaremos pormenorizadamente en el apartado correspondiente), sino porque su fallecimiento es clave en el desarrollo del texto literario. Por lo mismo, Delibes no perfila con una sola pincelada el deceso de los protagonistas, sino que se explaya en la descripción y, con frecuencia, en los acontecimientos anteriores y posteriores a la muerte, tales como la presencia religiosa, el velatorio, el entierro y el funeral.

Una vez que tenemos sobre la mesa la relación entre el grado de protagonismo del personaje y el tipo de muerte, necesitamos desmembrar las tipologías de las muertes violentas para posteriormente analizarlas una por una en los sucesivos apartados. En concreto, de las doscientas siete muertes violentas, sesenta y ocho se deben a enfermedades (33%), cincuenta y tres a causas directamente relacionadas con la guerra (25%), treinta y siete a asesinatos (18%), quince a ajusticiamientos (7%), catorce a accidentes (7%), diez a suicidios (5%) y once a otras causas (5%).



2.2. Asesinato

De las doscientas siete muertes violentas, treinta y siete se llevan a cabo por medio de un asesinato, lo que representa el 18% del global. En el conjunto de las tipologías de muertes violentas, los asesinatos ocupan el tercer lugar, por detrás de las enfermedades (33%) y las consecuencias directas de las guerras (25%). En quince de las veintiséis novelas de Delibes, al menos una persona muere asesinada, lo que demuestra

que el asesinato es una tipología mortuoria de frecuencia habitual en la obra delibeana. La distribución, además, es homogénea, no concentrándose en unas pocas obras, por lo que a la habitualidad se le puede añadir el calificativo de constante. En concreto, el mayor número de asesinatos se da en *Las guerras de nuestros antepasados* con ocho, seguido de *El hereje* con cinco, *La hoja roja* con cuatro, *Aún es de día*, *Las ratas* y *Parábola del naufrago* con tres cada una, *La barbería* y *Madera de héroe* con dos, mientras que solamente aparece un asesinato en *La sombra del ciprés es alargada*, *Diario de un emigrante*, *El loco*, *Los raíles*, *El príncipe destronado*, *Los santos inocentes* y *Señora de rojo sobre fondo gris*.

2.2.1. Instrumentos diversos

La metodología para llevar a cabo el crimen es tan variada que no se pueden extraer conclusiones válidas en este aspecto. Delibes utiliza un abanico tan amplio de métodos²⁵ para perpetrar el delito que se atoja inviable establecer un patrón común.

²⁵ Pendencia (uno), Puñalada (cuatro), Asfixia (tres), Ahorcamiento (dos), Quemado (uno), Disparo (seis), Le clava una horca (dos), Espadazo (uno), Navajazo (dos), A palos (uno), Le clava un pincho (uno), A golpes (tres), Descuartizado (uno), Decapitado (tres), Sección garganta (uno) y Desconocido (cinco).



Sin embargo, si omitimos el instrumento del delito y nos limitamos a investigar la causa que provoca la muerte, llegamos a una conclusión más concreta. Así, podemos agrupar bajo un mismo concepto todos aquellos métodos que traen consigo la muerte después de clavar o cortar al sujeto pasivo con algún objeto punzante o cortante. En este caso estarían bajo el mismo techo las variables siguientes: puñalada, horca, espada, navaja, pincho y sección de garganta. Con esta nueva distribución, el porcentaje bajo el que se aglutinan los métodos del asesinato que se encierran en la denominación común de cortar o de clavar algo a alguien ascendería al 30%. El segundo método más utilizado para acabar con la vida del personaje es el disparo (16%), seguido de una metodología desconocida (14%) y de la muerte producida tras los golpes recibidos (8%).

2.2.2. Hombres anónimos y mujeres ausentes

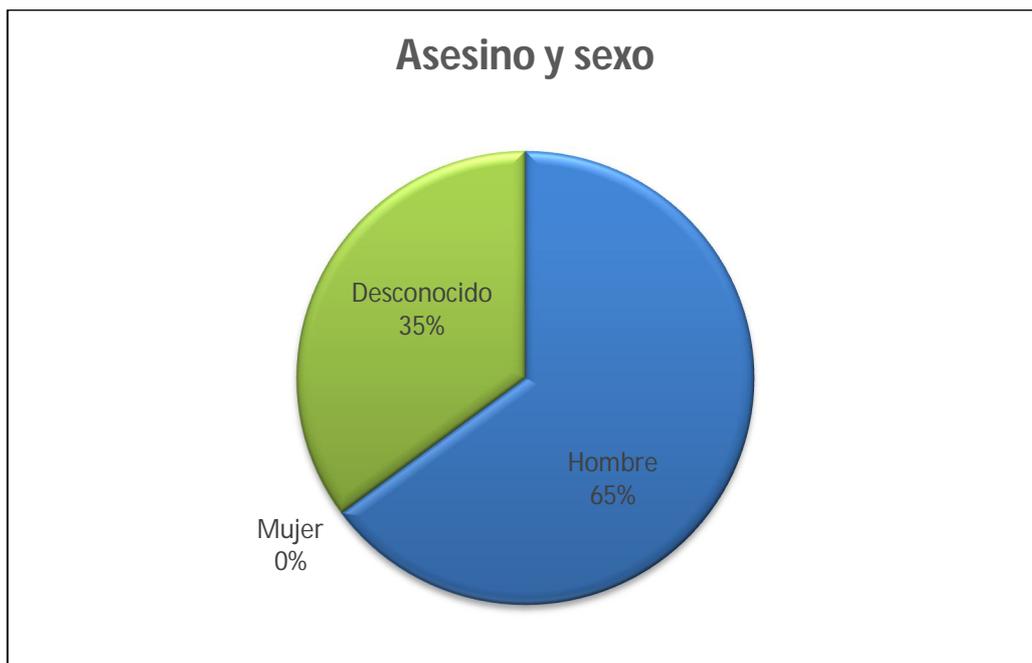
Si tuviésemos que trazar el perfil de los personajes que mueren asesinados, sería el siguiente: hombre anónimo muerto a manos de otro hombre desconocido. En concreto, los autores²⁶ de los asesinatos son en su mayoría personajes desconocidos en la novela, en donde ni tan siquiera se cita su nombre, procedencia, cargo ni pasado. Tan sólo en cinco ocasiones los asesinos son personajes principales, tal y como ocurre en *La hoja roja*, *Las ratas*, *El loco*, *El disputado voto del señor Cayo* y *Los santos inocentes*.



Se da la circunstancia de que todos los asesinos son hombres; ninguna mujer comete un delito de sangre²⁷. Aquí conviene destacar también que de los treinta y siete personajes asesinados, solamente cinco son mujeres.

²⁶ Principal (cinco), Secundario (nueve), Citado (siete) y Desconocido (dieciséis).

²⁷ Hombre (veinticuatro), Mujer (cero) y Desconocido (trece).



2.2.3. Sin relevancia

A pesar de que los asesinatos son frecuentes en las novelas de Delibes, su importancia en la trama no es equiparable en todas las obras. Así, en muchas ocasiones el crimen no pasa de ser un simple apunte sin antecedentes ni repercusión en el texto. Esto ocurre, por ejemplo, en la primera novela del escritor vallisoletano, *La sombra del ciprés es alargada*, donde la única referencia a un asesinato se limita a estas escuetas palabras: “Un hijo suyo se extravió con su ejemplo y murió violentamente en una pendencia” (Delibes, 2007a: 240). Lo mismo sucede en *Diario de un emigrante*, donde la descripción también es breve y alejada de la trama. Un mero apunte en el diario de Lorenzo que no va más allá de una sucinta mención sin trascendencia: “Por lo visto, los cogoteros le rebozaron de parafina y le pegaron fuego. ¡Anda y que tampoco se gastan recochineo ni nada, los tipos estos! Todo para robarle doscientos pesos” (Delibes, 2008a: 219). En *La hoja roja*, un crimen pasa sin hacer ruido entre las

páginas de la novela, sin más relevancia que el recuerdo de su protagonista: “Sin quererlo, la Desi pensaba en la Adriana, la resinera, la que apuñalaron una tarde de nieve en la entrada del monte” (Delibes, 2008a: 494). Por último, en *El loco* el asesinato del padre de Lenoir no encierra ninguna característica digna de mención más allá de que el propio delincuente confiesa el crimen (Delibes, 2008a: 820) y despeja así las dudas de quienes creían que se había suicidado por el mero hecho de que no habían descubierto al asesino (Delibes, 2008a: 827).

De los tres asesinatos que aparecen en *Aún es de día*, uno no tiene especial relevancia ni por los sujetos actuantes ni por la influencia en la novela. Se trata del asesinato de Benjamín Conde, que muere de una puñalada en una pendencia de manos del personaje secundario Sixto. Si bien la descripción del delito es algo más extensa que la anterior y con detalles más crudos, tampoco podemos afirmar que sea un acontecimiento al que Delibes dedicara más líneas de la cuenta:

-Voy a rajarte, hijo, ¿no lo sabías? -El Sixto ahora arrastraba las palabras, gozándose en ellas (...). Fue el Sixto quien primero saltó y simultáneamente su brazo derecho se adelantó con violencia hasta topar con su adversario. Conde no emitió un gemido; se desplomó blandamente sobre sí mismo y quedó allí inmóvil, bañándose en un gran charco de sangre (Delibes, 2007a: 1036).

En *Madera de héroe* asesinan de un balazo en la cabeza al guardia civil Salustio Arias (Delibes, 2009a: 440) en un altercado en la casa cuartel poco tiempo antes de que comience la Guerra civil española.

Por lo dicho, la mayoría de los asesinatos que recorren las páginas de las novelas de Delibes no son más que pinceladas irrelevantes, ya sea porque la

muerte no repercute en algún aspecto de importancia de la trama novelística, ya porque la descripción o las causas que rodean al crimen no van más allá de una mera cita. Sin embargo, hay otros crímenes que se pueden enmarcar bajo un patrón común que se sale del simple apunte. Nos referimos a delitos que se van vislumbrando conforme avanza la novela y que encierran cierta justificación social, a delitos que tienen al amor como desencadenante, a delitos oníricos y a delitos que tienen como protagonistas a personajes históricos.

2.2.4. Crímenes que hacen justicia

En alguna ocasión Delibes justifica el asesinato como consecuencia directa de una injusticia previa evidente. En concreto, nos referimos al asesinato de Luis, el de Torrecillóriga (*Las ratas*), al del Buque y el Capullo (*Las guerras de nuestros antepasados*) y al del señorito Iván (*Los santos inocentes*). Analizaremos en primer lugar el primero y el último por su paralelismo para dejar para el final el de los dos personajes de *Las guerras de nuestros antepasados*.

En *Las ratas*, las alusiones previas a la muerte de Luis, habitante de Torrecillóriga, se enmarcan en una instigación continua de los vecinos del pueblo para que el Ratero acabe con él, hecho que finalmente sucede, por la insistencia de aquel de cazar ratas en el cauce del río que el Ratero consideraba suyo:

A veces, mientras fumaban indolentemente en el establo o en el poyo del taller del Antoliano, la conversación recaía en el ratero de Torrecillóriga y el Antoliano decía: Sacúdele, Ratero. ¿Para qué quieres las manos? Entonces el tío Ratero se estremecía

levemente y farfullaba: Deja que le ponga la vista encima. Y decía el Rosalino: Al hijo de mi madre le podían venir con ésas. Y si la tertulia era en la taberna, el Malvino se llegaba al tío Ratero y le decía:

-Ratero, si un pobre se mete en casa de un rico, ya se sabe, es un ladrón, ¿no? (Delibes, 2008a: 736).

-No hay ratas ya. Ése me las roba.

El Malvino se adelantó hasta él y dijo encolerizado:

-Y aún da gracias, porque a la vuelta de un año no te queda una para contarlo.

Los antebrazos del tío Ratero se erizaron de músculos cuando engarfió los dedos y dijo con una voz súbitamente enronquecida:

-Si lo cojo, lo mato (Delibes, 2008a: 737).

Y el Antoliano le decía: 'Dos manos tienes, Ratero. Nadie necesita más'. Y el Rosalino inclinaba la cabeza en dirección a Torrecillóriga y añadía: 'Lo que es a mí me podía venir con ésas'. El Malvino, en la taberna, le apremiaba: El río es tuyo, Ratero. Antes de que él echara los dientes ya andabas tú en el oficio (Delibes, 2008a: 758).

En varios pasajes previos al asesinato el desenlace se deja entrever aún más claro si cabe. Así, cuando las autoridades ofrecen al Ratero un cambio: él abandona la cueva en la que vive y ellos se encargan de que Luis, el de Torrecillóriga, deje de quitarle las ratas del río. Pero la reacción no puede ser más contundente: "El rostro del ratero se transformó en un instante. Las aletillas de la nariz se dilataron y sus labios se apretaron hasta quedar exangües: -Ya lo haré yo- dijo" (Delibes, 2008a: 758). El desenlace inevitable acaece al final de la novela, cuando el tío Ratero sorprende al Nini hablando con Luis en el cauce del río:

De pronto, el muchacho levantó los ojos y su risa se fue contrayendo en la boca hasta convertirse en una mueca de estupor. El Nini oyó los pasos apresurados y alzó los ojos y vio al tío Ratero, aplastando en largas zancadas las cañas desmayadas del trigal. Llevaba la pincha en alto y gritaba algo inarticulado que no llegaban a ser palabras (Delibes, 2008a: 771).

Tras una disputa verbal en la que el Ratero sólo acierta a decir “las ratas son mías. Las ratas son mías” (Delibes, 2008a: 771), ambos comienzan a golpearse hasta que el Ratero, “aprovechando el pasajero desmayo del otro, descargó un golpe contundente de abajo arriba y el hierro se hundió en el costado de su adversario hasta la empuñadura” (Delibes, 2008a: 773). Una vez muerto, el Ratero mata al perro de Luis de tres puñaladas en el corazón para inmediatamente después lanzarlo sobre el cadáver del muchacho.

Si el tío Ratero acaba con la vida del vecino de Torrecillóriga es porque éste le quitaba lo que era suyo porque, y este punto es relevante, no podemos olvidar que el protagonista de *Las ratas* sufre de un cierto retraso mental²⁸ que le lleva a pensar que tanto el cauce del río al que va a cazar las ratas con las que se alimenta como los propios animales que allí se encuentran eran de su propiedad. Este sentido tan arraigado de la propiedad afecta a todo cuanto rodea al Ratero. Así, a lo largo de la obra se repiten continuamente las expresiones “la cueva es mía” (Delibes, 2008a: 696), “las ratas son mías” (Delibes, 2008a: 773) e incluso “el Nini es mío” (Delibes, 2008a: 739). Así, el Ratero se cree el dueño legítimo de las ratas, del río y del Nini. Creyendo esto de manera inequívoca, ¿no se comprende desde el punto de vista humano que dé muerte a quien pretende

²⁸ Aunque en la novela no se diagnostique una enfermedad concreta o un retraso en las capacidades mentales del personaje protagonista, la deficiencia merodea la narración de principio a fin. Incluso los vecinos del pueblo llegan a proponer que hagan unas pruebas para saber si “está chaveta” o si es “un retrasado” (Delibes, 2008a: 741).

quitarle su único sustento alimenticio? Esta justificación del crimen por una causa previa injusta queda recalcada en las últimas líneas de la novela, después incluso de que el Ratero haya matado a Luis. Basta la transcripción del fragmento para comprender que el protagonista justifica su crimen por un bien previo que pretendían robarle:

Al regresar el tío Ratero junto al Nini, media docena de buitres aparecieron de improviso volando muy altos sobre el Pezón de Torrecillórigo. El niño miró al Ratero, que jadeaba aún, y el Ratero dijo a modo de explicación:

-Las ratas son mías (Delibes, 2008a: 773).

Esta profunda conciencia de la propiedad privada y la posibilidad de perderla excusa el asesinato. Inmediatamente después se deja una puerta abierta a futuros crímenes que se motivarían de la misma manera. Si el Ratero mata al vecino que pretende quitarle las ratas que habitan en su cauce del río, ¿qué impide pensar que no va a matar a aquellas personas que pretenden quitarle la cueva en la que vive?:

El niño señaló con el dedo al muchacho de Torrecillórigo y dijo:

-Está muerto. Habrá que dejar la cueva. El Ratero sonrió socarronamente:

-La cueva es mía- dijo.

El niño se levantó y se sacudió las posaderas. Los perros caminaban cansinamente tras él y al doblar la esquina del majuelo volaron ruidosamente dos codornices. El Nini se detuvo:

-No lo entenderán- dijo.

-¿Quién?- dijo el Ratero.

-Ellos- murmuró el niño (Delibes, 2008a: 773-774).

Algo muy similar sucede en *Los santos inocentes*. En este caso, el Azarías mata a Iván, un señorito déspota que le menosprecia a él, pero sobre todo a su familia. Así, el asesinato del señorito Iván de manos de Azarías, un hombre con retraso mental, dota a la historia de cierta justicia social. Se trata, en definitiva, de “un asesinato que no puede entenderse como acto de justicia revolucionaria, sino más bien de justicia retributiva –el ‘ojo por ojo, diente por diente’- que el primitivo Azarías utiliza para defender a los suyos, es decir, a los animales que constituyen su verdadera familia” (Buckley, 2012: 252).

Al igual que sucede en *Las ratas*, al final de la novela se justifica el crimen y los motivos que han llevado a su autor a cometerlo²⁹:

...y su cuerpo penduleó un rato en el vacío hasta que, al cabo, quedó inmóvil, la barbilla en lo alto del pecho, los ojos desorbitados, los brazos desmayados a lo largo del cuerpo, mientras el Azarías, arriba, mascaba salivilla y reía bobamente al cielo, a la nada, milana bonita, milana bonita, repetía mecánicamente, y, en ese instante, un apretado bando de zuritas batió el aire rasando la copa de la encina en que se ocultaba (Delibes, 2009a: 92-93).

Si en *Las ratas* se disculpa el asesinato por las advertencias que el Ratero repite una y otra vez (la cueva es mía, las ratas son mías), en *Los santos inocentes* se excusa por las continuas muestras de cariño que el Azarías muestra hacia el pájaro que ha criado y al que tanto quiere (milana bonita, milana bonita). Al final, como no podía ser de otra manera, quien osa cruzar la frontera para entrar al terreno prohibido, termina asesinado. Y no será por falta de advertencias. Precisamente es esa reiteración, en ambas novelas, la justificación

²⁹ Conviene recordar que el señorito Iván, poco antes, había matado de un disparo y de manera absolutamente deliberada y gratuita a la milana que tanto quería el Azarías (Delibes, 2009a: 89).

del asesinato... la amenaza para todo aquel que ose tocar lo que es de otro se materializa en un crimen que hace justicia, cuanto menos retributiva.

Ya en *Las guerras de nuestros antepasados*, hay dos personajes que terminan muertos a balazos después de haber cometidos varios delitos de sangre. En concreto, el Buque mata a su mujer embarazada y después mata al Vegas y a un centinela para poder escapar del hospital. Por su parte, el Capullo mata a Miguel, el Caminero. Posteriormente, asesinan a los dos juntos.

2.2.5. Amores que matan

El amor y los celos aparecen como telón de fondo en cuatro crímenes; en una ocasión en *El príncipe destronado* y en tres en *Las guerras de nuestros antepasados*. En el primer caso, asesinan a Rosita Encarnada por no cumplir su promesa de esperar a casarse con su prometido tras su vuelta de la guerra de África. Aunque se trata de una canción popular, el crimen y sus motivaciones se describen de manera completa (Delibes, 2008b: 431). Por lo tanto, en el caso que nos ocupa el delito se motiva no sólo por la falta de cumplimiento de la promesa de contraer matrimonio, sino también por haberse casado con otra persona.

En *Las guerras de nuestros antepasados*, el protagonista mata al Teotista después de que éste le descubriese liándose con su hermana la Candi (Delibes, 2008b: 619). Unas páginas antes, Pacífico Pérez reconoce que la Candi le advirtió que si su hermano les veía liándose “sería capaz de matarte” (Delibes, 2008b: 606). Quizás por ello, por la advertencia previa, el arrepentimiento brilla por su ausencia... tanto es así que ni tan siquiera le auxilia (Delibes, 2008b: 620). En este caso, como en el anterior, Delibes vislumbra el crimen con una

advertencia previa que el muerto no respeta. Una vez más, la justificación del crimen, tal y como sucede en muchos otros asesinatos, aparece como elemento reparador del delito.

También en *Las guerras de nuestros antepasados*, el Capullo mata a Miguel, el Caminero, después de descubrir que durante su ingreso en el hospital había contraído matrimonio con Isabelita, su “querida” (Delibes, 2008b: 652). En la misma novela, el Buque mata a su mujer (Catalina) embarazada porque la descubre en la cama con otro, Francisco Rincón (Delibes, 2008b: 662).

Como se puede comprobar, los cuatro crímenes pasionales que aparecen en las novelas de Delibes se guían por el mismo patrón: Se trata de asesinatos motivados por el engaño que la pareja (siempre la mujer) lleva a cabo con una tercera persona, generalmente aprovechando la ausencia prolongada de su prometido.

2.2.6. Asesinatos para la historia

Como no podía ser de otra manera, muchos de los personajes que mueren asesinados en las novelas de Delibes son parte de la historia. Este hecho sucede en ocho ocasiones: cuatro veces en *El hereje*, dos en *La barbería*, una en *Los raíles* y otra en *Madera de héroe*.

No sorprende que *El hereje* sea la novela con mayor número de personajes históricos asesinados, ya que se trata de una novela basada en su totalidad en hechos reales. Sin embargo, tal y como sucede en el resto de casos, las referencias son pasajeras. En concreto, en la última novela del escritor

vallisoletano se cita el asesinato de los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado y el de Rodrigo de Tordesillas (Delibes, 2008b: 764).

Los dos asesinatos de personajes históricos de *La barbería* representan, como en el caso anterior, simples referencias: “Y cayó el zar asesinado, y cayó el presidente Garfield asesinado...” (Delibes, 2008a: 240). Lo mismo sucede con el general Prim en *Los raíles* (Delibes, 2008a: 849) y con José Calvo Sotelo en *Madera de héroe* (Delibes, 2009a: 446). Destaca la coincidencia de que todos los personajes históricos asesinados en las novelas de Delibes son líderes políticos.

2.2.7. Delitos oníricos

En tres ocasiones los asesinatos se llevan a cabo en sueños. Su trascendencia en la novela, por lo tanto, es nula: Al no tratarse de muertes reales, éstas no influyen en el devenir de la trama novelística. El primero de los asesinatos oníricos se encuentra en *Aún es de día*, donde Sebastián, el personaje protagonista, sueña que ahorcan con el cordón umbilical a un niño recién nacido. A pesar de que el crimen es intrascendente, la descripción es completa y minuciosa en detalles. El delito se lleva a cabo en la trastienda, en la que “se apilaban unos sacos hechos con las piezas de colorines que figuraban en los estantes de los almacenes y que constituían un conjunto abigarrado y detonante. Encima del montón había una criatura informe, colgada también de una vigueta por el cordón umbilical” (Delibes, 2007a: 987).

De los tres asesinatos que aparecen en *Parábola del naufragio*, uno de ellos, el de Gen, es un sueño de Jacinto, el protagonista (Delibes, 2008b: 290). El

asesinato de manos del hortelano tras dispararle con la escopeta y la consiguiente orgía de sangre trae irremediabilmente a la cabeza la muerte en similares circunstancias de Chispa, la perra de Pascual, en *La familia de Pascual Duarte*, novela que Camilo José Cela publica en 1942, veintisiete años antes que *Parábola del naufrago*, que sale a la luz en 1969. Aunque el personaje de Delibes no es un perro, bien podríamos calificarle como tal si atendemos a las descripciones que de él se hacen en la novela y a las propias palabras del escritor vallisoletano, cuando admite en la nota del autor para la edición definitiva del texto que Gen (Genaro) es un personaje degradado infrahumanamente (Delibes, 2008b: 213).

Sorprende en este punto ya no sólo la similitud de las circunstancias que rodean ambos asesinatos, sino los paralelismos narrativos evidentes entre ellos. Y sorprende porque si bien el estilo literario trágico y explícito es propio de Cela, a quien se ha identificado con el adjetivo “tremendismo” en innumerables ocasiones (Sanz Villanueva, 2011: 80), no lo es así de Delibes, donde las descripciones sangrientas y cruentas tan propias del gallego están muy alejadas del estilo literario del vallisoletano. Veamos los dos crímenes, primero el de *La familia de Pascual Duarte* y después el de *Parábola del naufrago*:

La escopeta, de un solo caño, se dejaba acariciar, lentamente, entre mis piernas. La perra seguía mirándome fija, como si no me hubiera visto nunca, como si fuese a culparme de algo de un momento a otro, y su mirada me calentaba la sangre de las venas de tal manera que se veía llegar el momento en que tuviese que entregarme; hacía calor, un calor espantoso, y mis ojos se entornaban dominados por el mirar, como un clavo, del animal.

Cogí la escopeta y disparé; volví a cargar y volví a disparar. La perra tenía una sangre oscura y pegajosa que se extendía poco a poco por la tierra (Cela, 2009: 32-33).

...y el hortelano apareció en la puerta con una vieja escopeta de dos cañones (...) Ahora te voy a dar yo a ti y sin aculatar la escopeta ni nada coma a sobaquillo coma disparó dos tiros a quemarropa coma el segundo de los cuales casi levantó en vilo a Gen coma pero en el aire coma y antes de que Gen se desplomara bajo la higuera coma Jacinto ya vio borbotear la sangre en su costado y el hortelano cargó de nuevo la escopeta y se volvió hacia Jacinto (...) su boca se llenó de sangre coma espesa y dulce coma tanta sangre que pensó que había vaciado a Gen (Delibes, 2008b: 290).

Por último, en *Señora de rojo sobre fondo gris*, Ana, la protagonista, sueña con “cosas atroces: con Mar descuartizada, sin manos ni pies” (Delibes, 2009a: 632). Esta muerte onírica no va más allá y según indica Delibes pocas líneas más adelante, se debía más al efecto de los medicamentos, en concreto a la talidomina, que a otra cosa.

En los tres casos de asesinatos oníricos, los sujetos que sueñan son los protagonistas en sus novelas y la tipología del crimen puede calificarse de cruenta, ya no sólo por el método que se utiliza para llevar a cabo el crimen, sino también por los sujetos a los que este afecta. En concreto, recordemos que en un caso un niño recién nacido muere ahorcado por su propio cordón umbilical, en otro el muerto (ya de por sí personaje degradado a lo largo de la novela) sufre un disparo en la cabeza que trae consigo un derramamiento de sangre que Jacinto trata de evitar de manera patética uniendo su boca a la suya y soplando, y en el tercer caso se trata de una niña descuartizada, “sin manos, ni pies” que resulta ser la hija de Ana, la protagonista de la novela.

2.2.8. Crímenes censurados, religiosos y otras variables

Numerosos asesinatos no tienen cabida en ninguna de las categorías anteriores, pero que por algún motivo merecen ser destacados. Desglosaremos en este apartado un conglomerado de delitos sin características comunes entre sí ni entre los precedentes pero con relevancia propia. Al tratarse de asesinatos con circunstancias particulares, preferimos separarlos de los delitos sin relevancia que hemos analizado en un apartado anterior. Así, la relevancia de estos delitos radica en alguna de las siguientes peculiaridades: asesinatos censurados, imaginados, motivados por razones homófobas, religiosas o simplemente derivados de la ira, la venganza, el orgullo o el odio. Para ello, procederemos por el orden de aparición en las novelas.

En *Aún es de día*, hay un asesinato que no puede enmarcarse en los apartados anteriores pero que destaca por tratarse de un infanticidio que, aunque en una primera edición no apareció por haber sido censurado por el régimen franquista, en la versión definitiva del texto Delibes optó por incluirlo.

Pero la criatura, como si presintiese su negro destino, comenzó a berrear con todas sus ganas al atravesar el vestíbulo. La Germana aceleró el paso, apretó el bulto contra sí y, una vez en el almacén, prendió un cabo de vela que ya tenía dispuesto para el caso, hizo tiras de un saco y ahogó los vagidos del pequeño rellenándole la boca con los trozos de esparto. El niño se asfixió instantáneamente (Delibes, 2007a: 984).

En *La hoja roja* Práxedes, el Raposo, mata a Marcos, el Tonto, por pesado; por no parar de cantar “¡Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva!”, después de advertirle en innumerables ocasiones que dejase de hacerlo. “El

Raposo se incorporó con toda su santa cachaza, agarró una horca que tenía a mano y la hundió tres veces en el vientre del muchacho mientras voceaba riendo a carcajadas: Así aprenderá” (Delibes, 2008a: 511).

En la misma novela, otro crimen está motivado por venganza y orgullo. La descripción es un recuerdo lejano, por lo que la trascendencia en el conjunto de la obra es nula. En una de sus visitas al cementerio, el Viejo Eloy ve la lápida de Diego Blanco y recuerda su muerte:

“A Diego Blanco lo mató en duelo a espada francesa Rodríguez de Llano, porque Diego Blanco no aceptó el fallo del jurado de la batalla de flores en 1905, y entonces se dirigió a la tribuna y abofeteó a Rodríguez de Llano en público y le dijo que había votado la carroza de Cesáreo Gaytán porque en ella iba la hija de su querida. Rodríguez de Llano lo desafió, pero Diego Blanco decía en el Círculo: A este cerdo lo ensarto yo. Mas apenas dijo el juez de campo: Adelante, señores, tras un fulminante *corps a corps*, Diego Blanco cayó con un pulmón atravesado” (Delibes, 2008a: 613).

También en *La hoja roja*, el Picaza mata a su novia porque él llega a casa con una rata muerta en la mano, ella dice que eso se lo haga “a la zorra de su madre”, Picaza le insta a que retire sus palabras pero la Domi no lo hace. El desenlace, teniendo en cuenta el estado de embriaguez del varón y su difícil carácter, es predecible: “Hasta que el Picaza, que llevaba dos copas de más, se cabreó, abrió la navaja y la degolló allí mismo, en el umbral, en menos de lo que se tarda en decirlo” (Delibes, 2008a: 637).

En *Las ratas* es un motivo religioso el que justifica un asesinato, en concreto el del Viejo Rabino, que al negar la existencia de Dios es asesinado por Baltasar, quien, por cierto, “llevaba una cruz en el pecho” en el momento del crimen (Delibes, 2008a: 662). En *Las ratas* se describe un asesinato peculiar, ya

no sólo por los sujetos intervinientes (madre e hijo), sino por el posterior enterramiento, confesión y penitencia: “De don Ciro contaban que el día que el Yayo, el herrador de Torrecillóriga, mató a palos a su madre y, tras enterrarla bajo un montón de estiércol, se presentó a él para descargar sus culpas, don Ciro le absolvió y le dijo suavemente: Reza tres Avemarías, hijo, con mucho fervor, y no lo vuelvas a hacer” (Delibes, 2008a: 724).

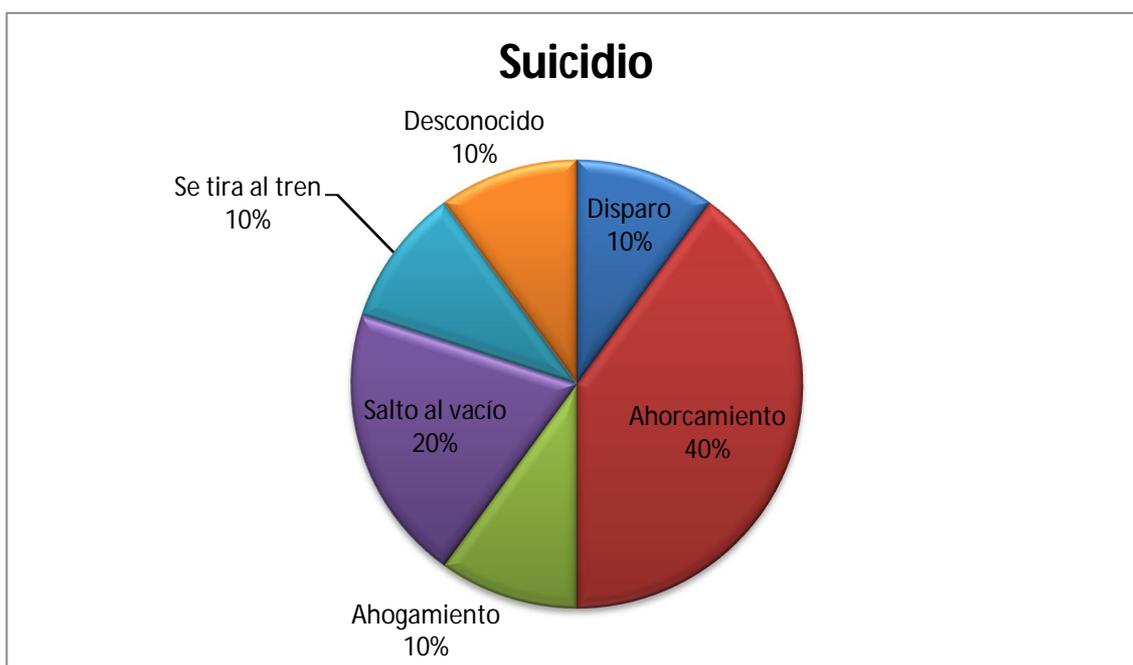
En *Parábola del naufrago* hay dos asesinatos que merecen mención especial por tratarse de crímenes imaginados por Dick, el protagonista. Son los de Heinrich (Delibes, 2008b: 326) en la cámara de gas y el de un desconocido (Delibes, 2008b: 327) que es enterrado vivo. Dick imagina sus muertes por asfixia antes de morir él mismo ahogado en el compartimento del barco.

En *Las guerras de nuestros antepasados* Patita mata a Juan José Viñat “por maricón” (Delibes, 2008b: 659) y en *El hereje* un padre decapita a don Segundo por haber despedido del trabajo y haber denigrado laboralmente a su hija, que a su vez era la exmujer del asesinado. La venganza y las dos motivaciones por las que esta se llevó a cabo es explícita: le dejó “en la calle tirado como a un perro y quebró la condición de mi hija” (Delibes 2009a: 864).

Como vemos, es posible establecer patrones comunes en los asesinatos que inundan las páginas de las novelas de Delibes si se separan en distintos apartados según las características comunes de los crímenes. Así, obviando los delitos que carecen de relevancia y los que hemos englobado en esta última sección, en el resto de los casos se pueden extraer patrones comunes que hemos tratado de resumir en el título de cada apartado: crímenes que hacen justicia, amores que matan, asesinatos para la historia y delitos oníricos.

2.3. Suicidio

Según los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE), el suicidio es la principal causa externa de muerte³⁰ en España³¹. En las novelas de Delibes, como no podía ser de otra manera, este tipo de muerte violenta está presente, si bien su asiduidad novelística no se corresponde con las cifras que se obtienen de los estudios de la vida real. En concreto, de los doscientos siete personajes muertos de forma violenta, tan sólo diez provocan su final por mano propia³². El porcentaje global (2%), como se ve, es escaso, ya no sólo en cantidad, sino también en calidad, ya que en el conjunto de la obra delibeana tan sólo cuatro suicidios tienen trascendencia, tal y como tendremos ocasionar de analizar.



³⁰ Por causa externa de muerte se entienden los fallecimientos “por accidentes, suicidios, homicidios y otras causas externas donde no se puede determinar el tipo de muerte”, en <http://www.saludmed.com/Salud/CptSalud/CptSaMor.html> (8 de julio de 2015).

³¹ En <http://www.ine.es/prensa/np896.pdf> (8 de julio de 2015).

³² Disparo (uno), Ahorcamiento (cuatro), Ahogamiento (uno), Salto al vacío (dos), Salto al tren (uno) y Desconocido (uno).

En concreto, de todos los suicidios tan sólo uno tiene como sujeto protagonista a un personaje principal, mientras que seis afectan a personajes que ejercen un papel secundario en la novela.

El único personaje principal que decide quitarse la vida es Cecilio Rubes, en *Mi idolatrado hijo Sisí*. Las causas que le llevan a saltar por la ventana no figuran explícitas en la obra, pero no es difícil concluir que el egoísmo tan atroz de Cecilio está detrás de su decisión. Una vida dedicada a sí mismo (“Rubes no quería hijos, no porque no pudiera educarlos, sino porque con ellos su confortabilidad podía peligrar”), la sobreprotección de un hijo que finalmente muere en la guerra y la búsqueda constante de “una vida de placer” (García Domínguez, 2010: 302) no son más que apéndices de “una manera lamentable de entender la vida” (Alonso de los Ríos, 2010: 80) que precipitan “miserablemente una vida miserable” (Alonso de los Ríos, 2010: 82) En este sentido se pronuncia el propio Delibes sobre el asunto:

Yo me propuse combatir el malthusianismo sin recurrir al sermón, apoyándome sólo en la elocuencia de los hechos... Rubes aniquilado por su propio egoísmo, Rubes, el hombre sensual, presuntuoso y vacuo que abunda en España..., ese hombre es mi novela (...). Todas las formas de vida que este hombre representa son lastimosas, farisaicas... Su petulancia, el considerarse un genio por haber inventado dos o tres eslóganes para anunciar sus bañeras, la forma de presentarse ante la querida con el regalito, la falsa religiosidad que le lleva a dejar a ésta para luego disputársela con el hijo..., en fin, todo es revelador de un estrato social y de un momento determinado de la vida de España. Rubes pertenece a aquellos tiempos en los que el hombre burgués trabajaba por la mañana un ratito, para dedicar las tardes al Casino o al Real Club (Alonso de los Ríos, 2010: 80-81).

De entre los seis personajes secundarios que se suicidan, hay dos que lo hacen por la misma causa: quedarse embarazada antes de contraer matrimonio. La primera es

la Germana (*Aún es de día*), que decide ahorcarse después de matar al niño al que acababa de dar a luz.

La Germana, debilitada por el parto, se desmayó a los primeros golpes. El señor Amando la dejó allí, abandonada y sin sentido, a dos metros de distancia del niño muerto. Cuando una hora más tarde, ya más sereno, regresó al almacén, lo primero que vio desde lo alto de la escalera fue la silueta movediza, proyectada por la palmatoria sobre el tabique de enfrente, de unas piernas y unos pies agarrotados oscilando en el vacío; al inclinar el busto sobre el vano divisó a la Germana colgada de una viga por una cuerda hecha con tiras de saco (Delibes, 2007a: 986).

El segundo personaje secundario que se quita la vida (en este caso arrojándose al tren) por quedarse embarazada estando soltera es Amalia (*Madera de héroe*). Su caso, a diferencia del anterior, no se limita a la mala reputación social que en aquella época traía consigo un embarazo antes de tiempo, sino que se ve agravado por las consiguientes dificultades económicas. Y es que el embarazo no es más que el primer eslabón de una cadena de infortunios. Así, al enterarse su novio del estado de Amalia, decide abandonarla a su suerte, lo mismo que hacen los señores de la vivienda en la que trabaja la joven; que determinan despedirla, con las nefastas repercusiones económicas que eso trae consigo... y claro, ante semejante panorama, Amalia “cumplió inexorablemente su destino: se puso al tren, viejo recurso de los desesperados en la ciudad” (Delibes, 2009a: 398).

En *El camino*, Josefa, enamorada de Quino, el Manco, decide arrojarse desnuda al río el mismo día en que este se casa con Mariuca. La locura y el desamor están detrás de la muerte de la mujer, que decidió “llamar la atención de aquella bárbara manera” (Delibes, 2007a: 360).

Su grito se oyó perfectamente desde el corral de Quino, el Manco, donde se reunían los invitados. El grito provenía del puente y todos miraron hacia el puente. La Josefa, toda desnuda, estaba subida al pretil, de cara al río, y miraba la fiera corriente con ojos desencajados. Todo lo que se les ocurrió a las mujeres para evitar la catástrofe fue gritar, redondear los ojos y desmayarse. Dos hombres echaron a correr hacia ella, según decían para contenerla, pero sus esposas les ordenaron acremente volverse atrás, porque no querían que sus maridos vieran de cerca a la Josefa toda desnuda. Entre estas dudas y vacilaciones, la Josefa volvió a gritar, levantó los brazos, puso los ojos en blanco y se precipitó en la oscura corriente de El Chorro (Delibes, 2007a: 361).

En *Las guerras de nuestros antepasados* la locura también es el desencadenante del suicidio de la abuela Benetilde, que “no andaba bien de la cabeza” (Delibes, 2008b: 560). Tanto es así que se cuelga de una olma con el pretexto de que “sois malos. Y me cuelgo por los pies porque por el pescuezo me da miedo el ahogarme” (Delibes, 2008b: 562). Sin embargo, no podemos descartar que la locura de la abuela Benetilde sea sobrevenida y, en cierta medida, provocada por el irresponsable comportamiento de sus vecinos. A tenor de las palabras que don Prócoro pronunció en su funeral, a la mujer “la habíamos ido suicidando todos un poco cada día durante cincuenta años” (Delibes, 2008b: 560)... Y ese suicidio asistido radica en que “lo más flojo, que era una bruja y que había que joderse con la mística esa” (Delibes, 2008b: 560).

El suicidio más particular y literariamente redondo es el de Paulino (*El disputado voto del señor Cayo*). La escena acontece en el bar y tiene como personajes intervinientes a los tres políticos que visitan el pueblo para hacer campaña electoral para las elecciones de 1977 y al señor Cayo, uno de los tres habitantes del lugar³³. La

³³ Aunque el objeto de investigación del trabajo se centra en las novelas de Miguel Delibes, se antoja imprescindible en este lugar citar la película dirigida por Antonio Giménez-Rico en 1986 con el título homónimo de la novela que nos ocupa. En concreto, la interpretación que el actor Francisco Rabal (señor Cayo) lleva a cabo en la escena del anuncio del suicidio del Paulino, además de ser un fiel reflejo del texto delibeano, es una obra maestra interpretativa. Delibes se pronuncia así al respecto: “Giménez Rico hizo aquí su más hermosa película (entre las sacadas de mis novelas), con un magistral dominio de

motivación del ahorcamiento, la manera de anunciarlo, la atmósfera que se crea y la despedida fría de sus vecinos es un alarde de originalidad.

El Paulino echaba también las cartas, ¿entienden? Y una tarde, en el bar, estábamos tal que así y va y dice: “Ya que estamos todos reunidos os voy a decir en qué año y en qué día me voy a morir”, que el Bernardo le dijo: “Eso no puede ser, Paulino, eso sólo Dios lo sabe”. “Pues yo también lo voy a saber”, le contestó el Paulino (...). Con que el Paulino puso una carta sobre la mesa, el seis de bastos. “Mira, ya sabemos el día -dijo-: un seis”. Y, ya ven, ante una cosa así, todos armamos corro alrededor de la mesa, que me recuerdo que don Senén le advirtió: “No juegues con esas cosas, Paulino, no tientes a Dios”. Pero el Paulino estaba ciego, oiga, volvió otra carta y el cinco de oros. Contó con los dedos y dijo: “Mayo”, miró al corro y dijo: “Un seis de mayo. Ahora vamos a ver qué año”, que don Senén le advirtió: “No sigas, Paulino, no tientes a Dios”. Pero el Paulino cuando la cogía, la cogía modorra, oiga, que era muy testarrón el Paulino. Así que sacó otra carta, y el seis de copas, y, antes de que don Senén pudiera evitarlo, mostró otra y era el cuatro de oros. “¡El 64! -voceó-: ¡Yo me voy a morir el seis de mayo de 1964!” Que el Bernardo, que era muy llevacontrarias el hombre, le dijo: “Te juego un billete a que no”. Y el Paulino: “Va” (...). A la mañana, cuando salió don Senén a tocar la misa, le encontramos colgado de la galería de su casa, con el traje de fiesta y la gorra puesta, ¿qué les parece? (...). Era muy testarrón el Paulino, pero que muy testarrón, ustedes no le han conocido, -dijo (Delibes, 2008b: 814-816).

El cuarto ahorcamiento aparece en *La hoja roja*, en concreto en la figura de la niña Tomasita Espeso, que se cuelga “de una encina el 15 de mayo de 1910 para no presenciar el escalofriante choque de la Tierra con el cometa Halley, que la prensa anunciaba para el 18” (Delibes, 2008a: 613). La presencia meramente testimonial de la suicida y la irrelevancia del hecho hace irrelevante esta muerte. Lo mismo sucede en el

actores. Hay un monólogo de Paco Rabal (en el papel del señor Cayo) relatando la muerte anunciada del Paulino, un convecino, que es lo más bello que recuerdo de sus interpretaciones. A pecho descubierto, sin recursos ajenos de ningún tipo, nos cuenta la muerte del Paulino con la sencillez y velado dramatismo del hombre que ha vivido y sentido en propia carne aquella dolorosa peripecia” (Delibes, 2008b: 735).

caso de Alejandro, el abuelo de Cecilio, que salta al vacío “desde un cuarto piso por el hueco de la escalera” en *Mi idolatrado hijo Sisí* (Delibes 2007a: 502).

Por último, Robinet (*El loco*), se pega un tiro en la boca después de besar sin permiso a una joven en el baile de la orquesta: “Entonces volvió la vida y el movimiento, y todos nos incorporamos, y en ese instante Robinet dejó libre a la muchacha, se situó en el centro de la pista, se llevó la mano derecha con un objeto negro a la boca y sonó un horroroso estampido. Lo vi desplomarse como un fardo” (Delibes, 2008a: 829). La peculiaridad radica en la motivación de los hechos: Robinet sabe que va a ser acusado de asesinato, por lo que antes de que le juzguen y más que probablemente le condenen a muerte, decide besar a la chica para después acabar con su propia vida: “Yo voy a hacerlo. Tengo derecho porque es mi último deseo” (Delibes, 2008a: 828).

Aunque hemos diseccionado caso por caso las motivaciones que llevan al suicidio, no podemos extraer evidentes a este respecto porque estas son muy variadas. No en vano, los motivos van desde el egoísmo, pasando por la presión y los prejuicios sociales, el desamor y locura, el orgullo o, sin más, un arrebato sin demasiado razonamiento.

Los suicidios, por lo dicho, se distribuyen de manera uniforme a lo largo de los textos de Miguel Delibes, que si bien no recurre a esta forma mortuoria con asiduidad, tampoco hay que obviarla. Aunque no es un porcentaje representativo, no es desdeñable que un 2% de los personajes que mueren de manera violenta lo hagan quitándose voluntariamente la vida. De todos los personajes que deciden poner fin a sus vidas, destaca un hecho que no podemos pasar por alto: de los diez suicidios, cinco personajes son hombres y otros tantos son mujeres. Si bien la cifra es equitativa, no debemos obviar que de las trescientas sesenta y cuatro muertes que hay en la obra de Delibes, las mujeres tan sólo representan el 23%, mientras que los hombres alcanzan el

66% y los personajes sin sexo determinado el 11%. Así, destaca que en el caso de los suicidios sea tan elevada la presencia femenina.

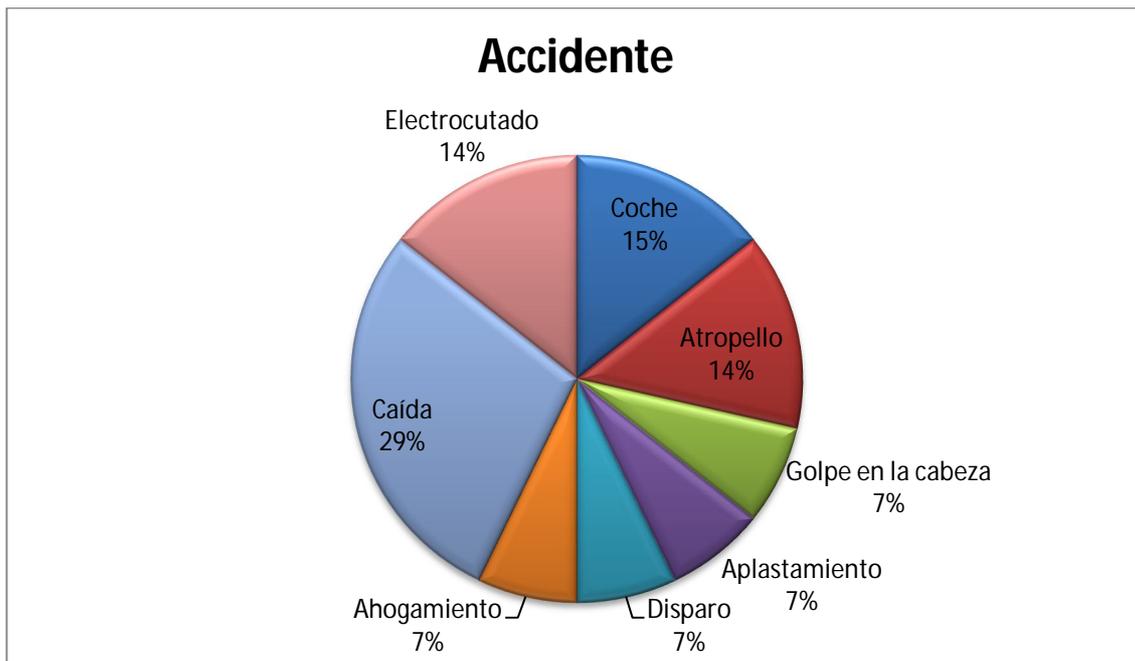
Igualmente, de los diez suicidas, seis son personajes secundarios y uno principal, dato relevante si, de nuevo, comparamos esta cifra con las globales en lo que a protagonismo y muerte se refiere. En concreto, de todos los muertos en la obra delibeana tan sólo el 19% ejercen un papel secundario, mientras que un escaso 5% desempeñan un papel principal en la trama novelística. Por lo tanto, sorprende que si en el caso de los suicidios estos los llevan a cabo en un 70% de las ocasiones personajes que ejercen un papel principal o secundario, en el conjunto de la obra de Delibes, y sirviéndonos de esas mismas variables, este porcentaje se reduce hasta el 24%. Por tanto, aunque esta causa de muerte no es relevante cuantitativa y cualitativamente, sí que destaca por el grado de protagonismo de los sujetos y por su sexo.

2.4. Accidente

La muerte por accidente³⁴ alcanza el 7% del total de decesos delibeanos, con catorce casos. Al igual que sucede en las tipologías precedentes de muertes tales como los asesinatos o los suicidios, la distribución de los porcentajes es homogénea. En concreto, hay cuatro muertes por caídas, una por un golpe en la cabeza³⁵, otras dos por atropello y otras tantas tras sufrir un corte de electricidad, y una por aplastamiento, disparo y ahogamiento.

³⁴ Coche (dos), Atropello (dos), Golpe en la cabeza (uno), Aplastamiento (uno), Disparo (uno), Ahogamiento (uno), Caída (cuatro) y Electrocutado (dos).

³⁵ Por su peculiaridad y especificidad, separamos la muerte causada por un golpe en la cabeza del resto de fallecimientos derivados de una caída. Por tanto, la muerte más habitual por accidente, si unimos el golpe en la cabeza a la caída, sería esta última con un 36%.



De todas estas muertes por accidente, el grado de protagonismo del sujeto también está distribuido de manera homogénea. No en vano, cuatro son personajes principales, otros cuatro son secundarios y el resto (seis) tan sólo aparecen citados en la novela. De todos, tan sólo tres son mujeres.

Los personajes principales que fallecen tras sufrir un accidente son Jane (*La sombra del ciprés es alargada*), Germán el Tiñoso (*El camino*), Tim (*Los raíles*) y Nilo el Viejo (*Los nogales*). El primero de los casos se enmarca en una descripción exagerada en dramatismo y en términos, como no podía ser de otra manera en la primera novela del escritor vallisoletano, que todavía no había encontrado su estilo literario, hecho que queda reflejado, como decimos, no solo en el vocabulario que utiliza³⁶, sino también en la trama y en la descripción de los acontecimientos. En las novelas posteriores ya no se encuentran descripciones tan complejas y rebuscadas como el caso que nos ocupa:

³⁶ “Buscaba constantemente palabras en el diccionario (...), y más que buscar, rebuscaba, pues de los posibles sinónimos de un término yo elegía el más extraño, el menos conocido. A un sustantivo le encajaba a veces dos o tres adjetivos, todo exceso me parecía poco” (García Domínguez, 2010: 157).

Continuaba Jane agitando su mano por fuera de la ventanilla. Me dio la impresión de que todo, por dentro y por fuera de mí, se perdía en la penumbra de un plano lejano, y que sólo ella, su figura, adquiriría consistencia relevante, perfiles fundamentales y macizos.

Súbitamente, todo varió en un segundo. Un obrero impulsando una vagoneta cargada se interpuso en el camino que seguía Jane. Se oyó el chirrido del frenazo y se elevó en el aire una vaharada caliente de goma quemada. Coleó el automóvil y sin que nadie pudiera preverlo cayó dando tumbos sobre las sucias aguas del muelle. Aún se le vio un instante sobre la superficie, pero inmediatamente desapareció entre una serie de círculos concéntricos que iban haciéndose cada vez mayores.

Cuando extrajeron su cadáver una hora más tarde estaba nevando. Y al ver su cuerpo por última vez logré percibir, sobre su rígida esbeltez, la leve ondulación del hijo iniciado... (Delibes, 2007a: 279).

Su matrimonio reciente, el estado de buena esperanza de Jane que Alfredo descubre una vez muerta ésta, el momento y las circunstancias en que se produce el accidente y el resto de circunstancias hacen de la muerte de Jane algo más parecido a un guión cinematográfico³⁷ que a una novela. El segundo personaje principal que fallece por accidente es el niño Germán, el Tiñoso (*El camino*). En este caso Delibes utiliza su característico estilo sencillo y directo, sin rodeos y ampulosidades en la descripción de los hechos:

“Germán, el Tiñoso, saltó de roca en roca para aproximarse con un pedrusco en la mano. Fue una mala pisada o un resbalón en el légamo que recubría las piedras, o un fallo en su pierna coja. El caso es que Germán, el Tiñoso, cayó aparatosamente contra las rocas, recibió un golpe en la cabeza, y de allí se deslizó, como un fardo sin vida, hasta la Poza” (Delibes, 2007a: 424).

³⁷ “Para colmo, como el número de folios de la primera parte de la novela no cubría lo exigido por las bases, tuve que añadir, sin demasiado tiempo, toda la aventura americana del protagonista, que es un auténtico pastiche influido por el cine que yo veía entonces” (García Domínguez, 2010: 158).

Al igual que sucede en el caso de Jane, Tim (*Los raíles*), muere tras ser atropellado. La diferencia fundamental estriba en que en este segundo caso no estamos ante una muerte real, sino soñada por el propio accidentado, como tantas veces sucede en las novelas de Delibes: “No le dio tiempo a pensar más, porque las ruedas del vehículo le pasaron por encima y dividieron su cuerpo en pequeños trozos. Él veía, sin embargo, desde fuera, con perfecta claridad, su cuerpo descuartizado sobre la calzada” (Delibes, 2008a: 859).

El cuarto y último protagonista que fallece en accidente es Nilo, el Viejo (*Los nogales*). Su muerte, como ya apuntamos en el apartado correspondiente, pone fin a la novela corta (Delibes, 2008a: 924). Él es el tercer personaje de la misma obra que muere tras precipitarse de un nogal. El deceso se narra desde el punto de vista de Nilo, el Joven, un personaje con cierto retraso mental que ni tan siquiera es capaz de darse cuenta de que su padre acaba de morir. Si bien Delibes no hace referencia a esta posibilidad, no sería de extrañar que el joven deficiente mental fuese el siguiente en caer del nogal y morir por el impacto, tal y como sucedió con todos los apaleadores del nogal.

Al igual que los personajes principales, también son cuatro los secundarios que pierden su vida en un accidente. Se trata de Emeterio (*Aún es de día*), Pepe y Mele (*Diario de un cazador*) y Toni (*Diario de un jubilado*). Al primero le atropella un autobús (Delibes, 2007a: 1.009), el segundo se da un disparo cuando intenta “matar una liebre encamada” (Delibes, 2008a: 82), el tercero se ahoga en el río (Delibes, 2008a: 117) y al cuarto le atropella un automóvil (Delibes, 2008a: 425).

El resto de los personajes que fallecen a consecuencia de un accidente son una anciana que muere “sepultada al derrumbarse una pared” (*Mi idolatrado hijo Sisí*) según una noticia del periódico (Delibes, 2007a: 563); Quintín y Chucho (*Los nogales*), que se

precipitan de un nogal (Delibes, 2008a: 921); el padre y la madre de Jacinto, el personaje principal de *Parábola del naufrago*, que mueren electrocutados en una bañera³⁸ (Delibes, 2008b: 239); e Hilario Diego (*Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*), que muere “absurdamente de una caída, desnucado en plena calle” (Delibes, 2009a: 120).

Teniendo en cuenta el análisis de las muertes derivadas de un accidente, las conclusiones que podemos extraer se limitan a que esta tipología mortuoria no hace distinciones entre personajes principales, secundarios o citados; ni entre sexos, ya que aunque sea mayor el porcentaje de personajes masculinos que mueren en accidente que el de femeninos, esta es una pauta lógica a tenor de los porcentajes de muertes en el conjunto de la obra delibeana.

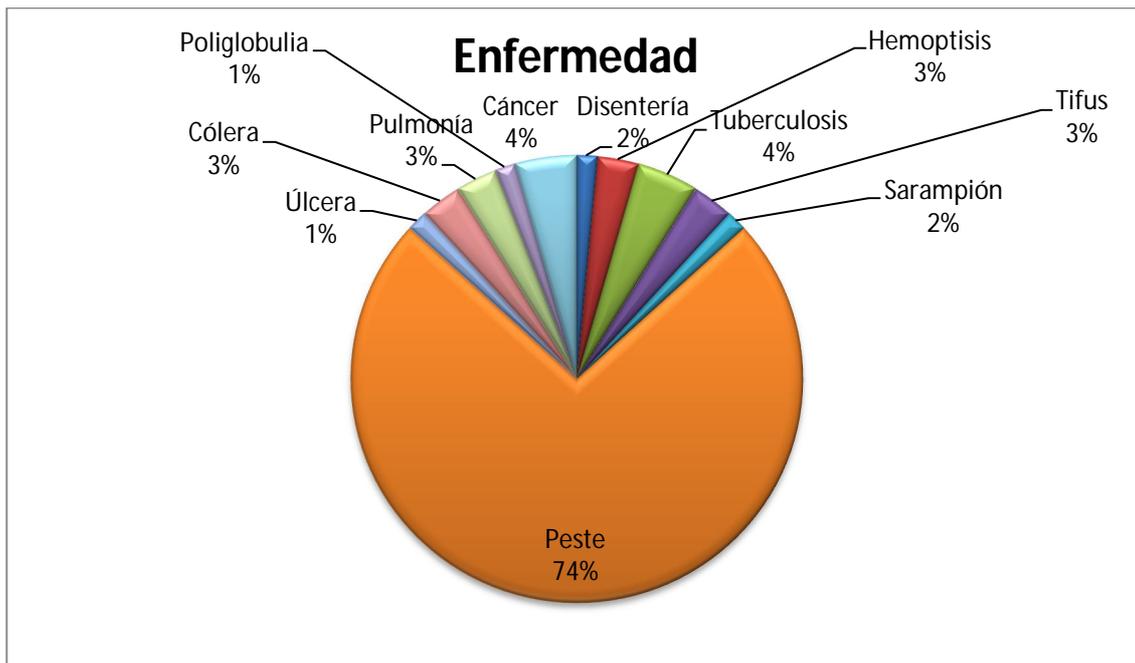
2.5. Enfermedad

Las muertes por enfermedad representan el 19% del total de los fallecimientos en las novelas de Delibes³⁹. Si nos ceñimos a las muertes violentas, el porcentaje se eleva hasta alcanzar el 33%. Estos datos, sin embargo, merecen una matización relativamente importante. Nos referimos al desfasado número de muertes por peste (cincuenta) que además no tienen demasiada relevancia en la novela ya que se limitan a menciones aisladas. Así, tres personajes de *Mi idolatrado hijo Sisí* y 47 de *El hereje* mueren por esta causa⁴⁰.

³⁸ Damos por supuesto que se trata de un accidente y no de un suicidio porque en este segundo caso Delibes lo hubiera especificado, o al menos se sobreentendería del contexto. Además, el verbo que utiliza el escritor es morir, y no matar o suicidarse, por lo que debemos atenemos al sentido literal del texto.

³⁹ Disentería (uno), Hemoptisis (dos), Tuberculosis (tres), Tifus (dos), Sarampión (uno), Peste (cincuenta), Úlcera (uno), Cólera (dos), Pulmonía (dos), Poliglobulia (uno) y Cáncer (tres).

⁴⁰ En este punto conviene aclarar que si bien es cierto que la peste es la primera causa de muerte no natural en las novelas de Delibes, tampoco podemos obviar que de las cincuenta muertes por peste, cuarenta y siete aparecen citadas de manera genérica en *El hereje*, por lo que aunque esta tipología mortuoria es representativa cuantitativamente, no lo es cualitativamente.



En *Mi idolatrado hijo Sisí*, mueren tras contraer la peste dos desconocidas y la madre de Ventura Amo. Se trata en los tres casos de personajes citados cuya muerte no tienen repercusión en el desarrollo de la novela. Las citas, tal y como sucede en la práctica totalidad de casos, son escuetas: “-Ayer murieron dos mujeres en mi barrio -dijo” (Delibes, 2007a: 547) y “-Mi padre es viajante y está siempre fuera. Mi madre murió de la gripe⁴¹. La abuela es sorda, no te preocupes” (Delibes, 2007a: 629).

Ya en *El hereje*, las muertes por peste alcanzan las 47. Las únicas peculiaridades de estas cuarenta y siete muertes radican en que una de ellas afecta a un personaje principal; otra a uno secundario y otra a Gallofa, un niño. Dichas particularidades, para restar si cabe aún más relevancia a las muertes por peste, se enmarcan en dos párrafos seguidos:

⁴¹ Hay que señalar aquí que los términos peste y gripe se utilizan indistintamente, como queda patente en los siguientes ejemplos: “La ciudad entera se sentía atenazada por el invisible fantasma de la gripe. Se dictaron una serie de medidas preventivas: se cerraron las escuelas y los teatros; se suprimieron los paseos dominicales; las empresas funerarias montaron un servicio nocturno permanente para atender el exceso de enterramientos; a los niños nuevos se les imponía el nombre de Roque para preservarles de la peste” (Delibes, 2007a: 547), “La gripe alcanzó su cénit en la ciudad y lentamente empezó a decrecer (...) y, de este modo, la ciudad iba retornando a su antiguo ritmo, encontrándose a sí misma, olvidándose del paso funesto de la peste como de un mal sueño” (Delibes, 2007a: 551).

A media conversación le comunicó que don Bernardo, su padre, estaba gravemente enfermo. Hacía días que se había contagiado de la peste aunque él siempre pensó que este mal era enfermedad de pobres. Y él, que desde niño había aborrecido las enfermedades asquerosas, la padecía ahora en su forma más activa, el cuerpo cubierto de landres abiertas, purulentas, como en la peste del año seis (...). Tito Alba falleció una semana después y, al comenzar el mes siguiente, Gallofa.

Entre uno y otro entregó su alma don Bernardo Salcedo. Cipriano se vistió el sayo y el capotillo menos ajados y se concentró con sus compañeros en el portal de la Corredera de San Pablo 5. Él mismo ayudó a Juan Dueñas a meter el cadáver en el coche y a atarlo y, luego, lo acompañó e silencio, con la antorcha encendida, escuchando las salmodias del coro (Delibes, 2009a: 807-808).

El resto de fallecidos por peste son un criado y tres criadas del mariscal de Frómista y cuarenta desconocidos que se citan prácticamente de manera continua, lo que da muestras una vez más de la desmesura de valorar de igual manera el elevado número de muertes por peste que por otras enfermedades, ya que si bien cuantitativamente es un dato cierto, no lo es cualitativamente.

Por aquellos días Valladolid se sintió sobresaltada por una preocupación de otro signo: un criado del mariscal de Frómista que venía de camino, herido de una seca de pestilencia, infeccionó por contagio a tres criadas del mariscal, y los cuatro fallecieron en pocos días (...). Sin embargo, los casos de pestilencia, en principio, eran pocos en la villa: seis muertos (...).

Inesperadamente, iniciado el nuevo otoño, tras una pésima cosecha y un tiempo áspero, la Junta de Comisionados anunció que en el último mes únicamente habían muerto veinte personas de las dos mil hospitalizadas. En noviembre las bajas por la peste habían sido doce y cuatrocientas noventa y tres las altas dadas en los hospitales (...). Y cuando en enero las altas en los hospitales se elevaron a ochocientos cuarenta y tres y las muertes por peste se redujeron a dos, la villa estalló de júbilo (Delibes, 2009a: 804-805, 808-809).

Mientras que la epidemia de peste que se cita en la última novela de Delibes hace referencia a la que sufrió Valladolid durante el papado de Clemente VII (1523-1534)⁴², la que deja tres muertes en *Mi idolatrado hijo Sisí* hay que situarla, a tenor de los datos históricos que se citan en la obra, en la primera mitad del siglo XX, alrededor de 1920. Quizás por ello, al tratarse de casos reales de epidemia, las descripciones que se hacen de las muertes se centran más en el dato histórico preciso que en otros aspectos literarios. No en vano, Delibes no omite cuantos datos tuvo a su alcance para demostrar la historicidad de los hechos narrados.

El resto de fallecimientos que devienen tras contraer una enfermedad se distribuyen de manera homogénea por el conjunto de las obras, al igual que sucede si nos atenemos al grado de protagonismo y al sexo de los sujetos que contraen la enfermedad. En ambos casos, la tendencia sigue la del resto de las variables en el resto de casos. En concreto, de todos los decesos tras enfermedad dieciocho los sufren hombres, diez mujeres y cuarenta de sexo desconocido. Por su parte, los personajes principales que pierden la vida son cuatro, los secundarios cinco y los citados cincuenta y nueve. De todos ellos, cuatro son niños, veinte adultos y cuarenta y cuatro de edad desconocida.

Los niños que mueren por esta causa son Manolito García y Alfredo (*La sombra del ciprés es alargada*), el hermano de Cecilio (*Mi idolatrado hijo Sisí*) y el ya mencionado Gallofa (*El hereje*). Los personajes principales son Alfredo (*La sombra del ciprés es alargada*), Pacífico Pérez (*Las guerras de nuestros antepasados*), Ana (*Señora de rojo sobre fondo gris*) y Bernardo Salcedo (*El hereje*).

No existe relación alguna entre el grado de protagonismo o la edad del fallecido, ya que cada cual reúne sus peculiaridades. Así, la muerte del primer infante en *La*

⁴² La gravedad de la peste a mediados del siglo XVI “toma relieve en comparación con las epidemias del principio del siglo (1506-1507)” (Ambassa Lascidyl, 2000: 218).

sombra del ciprés es alargada se limita a un epitafio: “El niño Manolito García murió en aciago día víctima de una terrible disentería” (Delibes, 2007a: 76), mientras que la de Alfredo se debe a una hemoptisis y su descripción es extensa y detallada:

Apreté las mandíbulas y me encaminé a la habitación de Alfredo. Había luz en ella y llanto. Entré. Alfredo seguía sonriendo, pero sobre el embozo de la sábana había vuelto a surgir la terrible mancha roja. El señor Lesmes apoyaba su oído sobre el pecho de Alfredo. Al incorporarse dijo que “no” con la cabeza. Doña Gregoria y Estefanía alargaron sus gemidos al ver este gesto. La puerta de la calle seguía siendo machada implacablemente. Salió Estefanía enjugándose las lágrimas con un pañuelo sucio. Don Mateo asió la sábana por el borde y la levantó cubriendo el rostro lívido de Alfredo. De improviso penetraron en la estancia muchos alaridos y tras ellos una mujer. Aunque envejecida la reconocí como la madre de mi amigo. Gritó aún más fuerte al ver el bulto en la cama, coronado por una mancha roja. Se arrojó sobre él y le destapó. Alfredo seguía sonriente. Se abrazó a él su madre, incorporándolo. Cuando lo soltó, el busto de mi amigo se desplomó, rígido y pesado, sobre la almohada, escurriéndole un hilillo de saliva rosada por la comisura izquierda de la boca (Delibes, 2007a: 111-112).

Por su parte, las muertes del niño hermano de Cecilio (*Mi idolatrado hijo Sisí*) y la de Gallofa no son más que simples citas. El primero muere al no poder superar el sarampión (Delibes, 2007a: 501), y las circunstancias que rodean la muerte del segundo ya han quedado copiadas textualmente más arriba.

Los otros dos personajes principales que fallecen tras sufrir una enfermedad y en cuyas circunstancias todavía no nos hemos detenido son Pacífico Pérez (*Las guerras de nuestros antepasados*) y Ana (*Señora de rojo sobre fondo gris*). Aunque los dos casos encierran características diferentes, hay un elemento común: en ambos la narración de los hechos se basa en la peculiar situación del personaje, que actúa como hilo conductor de la novela. Así, Pacífico Pérez es un recluso enfermo que termina muriendo por hemoptisis y que cuenta su vida al doctor Burgueño López “durante siete noches

consecutivas de diálogo” (Delibes, 2008b: 491); y Ana una mujer que sufre un cáncer y cuyos últimos días de vida son recordados por su marido. La descripción de la muerte de Pacífico Pérez se limita a un anexo de apenas una página (Delibes, 2008b: 729), mientras que la de Ana es una agonía que va desde la primera hasta la última página de la novela.

Del resto de muertes destaca la de Rufo, el Centenario (*Las ratas*) por su crudeza y los pormenores con que Delibes hace referencia a ella. Rufo, el Centenario, es un personaje secundario de edad avanzada que actúa como maestro vital del Nini, el niño protagonista de la novela. El avance imparable del cáncer y sus devastadores efectos se describen con todo lujo de detalles, llegando al punto de que antes de morir la cara del enfermo comienza a pudrirse:

El corazón del Nini latía desacompadamente. La cara del viejo bajo el trapo era un amasijo sanguinolento socavado en la misma carne y en la parte superior de la nariz, junto a la sien, amarilleaba el hueso. El Centenario rió sordamente y dijo al observar la faz descolorida del muchacho:

-¿No viste nunca la calavera de un hombre vivo?

-No -convino el niño.

El Centenario volvió a reír quedamente y dijo:

-A todos cuando muertos nos comen los bichos. Pero es igual hijo. Yo soy tan viejo que los bichos no han tenido paciencia para aguardar (Delibes, 2008a: 706).

De los demás fallecimientos por enfermedad tan sólo hay que citar por su peculiaridad, si bien no muy relevante, que la Mariuca (*El camino*) muere de tuberculosis semana y media después de dar a luz⁴³ (Delibes, 2007a: 362), que al padre de Eloy (*La hoja roja*) le entierran el mismo día que nace su hijo (Delibes, 2008a: 514)

⁴³ Incluimos la tuberculosis como causa de muerte y no el sobrepeso porque es más específica la primera que la segunda.

y que el abuelo de Tim (*Los raíles*) muere el mismo día que en la catedral celebran el tedeum “para agradecer la total desaparición de la epidemia”⁴⁴ (Delibes, 2008a: 835). El resto de muertes por fallecimiento son simples citas sin más importancia que la meramente cuantitativa: Higinio (*Diario de un cazador*) muere de tuberculosis (Delibes, 2008a: 97), lo mismo que sucede en *la hoja roja* con Poldo Pombo (Delibes, 2008a: 528). De tifus o “tabardete fulminante”⁴⁵ fallecen Eusebio (*Mi idolatrado hijo Sisí*) y Gonzalo Maluenda (*El hereje*) y una úlcera se lleva por delante a Dativo (*Diario de un emigrante*): “se le perforó el estómago y al mezclarse el alimento con la sangre se le envenenó el organismo” (Delibes, 2008a: 273). Por una pulmonía muere el alcalde Nicomedes Fernández en *La hoja roja* (Delibes, 2008a: 530) y la bisabuela de Tim en *Los raíles* (Delibes, 2008a: 840), mientras que la poliglobulia termina con Galo, el padre de Desi en *La hoja roja*:

De primeras, la gente del pueblo empezó a hablar de suicidio, pero don Federico, el doctor, certificó que no, que simplemente el Galo se había privado al ir a beber porque su sangre era ya tan espesa que no podía correrle por las venas; que era talmente como cuando la acequia se aterraba y el agua no fluía (Delibes, 2008a: 512).

El cáncer, además de a Rufo, el Centenario; y a Ana, mata a la madre de Pacífico Pérez en *Las guerras de nuestros antepasados*: “Entiéndeme, Pacífico. Ante un tumor, como seguramente padecía tu madre, los dolores pueden presentarse o no. La Medicina no es una ciencia matemática, hijo” (Delibes, 2008b: 563-564).

A pesar de que las enfermedades son la primera causa de muerte no natural en las novelas de Delibes, el dato no es fiable cualitativamente, ya que 40 de estas muertes

⁴⁴ Se da la circunstancia de que el cólera acaba con las vidas del padre de Eloy y del abuelo de Tim y de que ambos mueren justo cuando sucede algo importante: el nacimiento de un hijo y el fin de la epidemia.

⁴⁵ En la vigésima segunda edición (2001) del Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) se define tabardete en una primera acepción como “fiebre alta producida por una insolación”, mientras que en su segunda acepción se identifica con tifus, si bien en desuso.

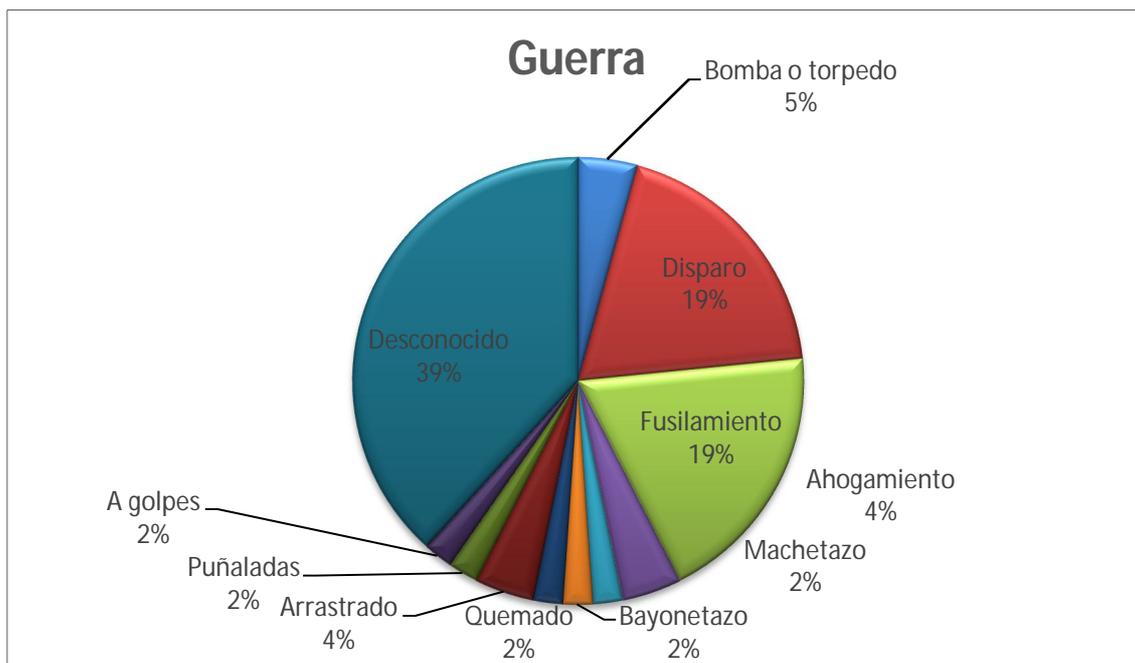
no son más que una cita genérica a una epidemia de peste que asoló Valladolid a principios del siglo XX. Sin embargo, no debemos obviar la importancia cuantitativa de esa causa mortuoria, ya que incluso suprimiendo dicha epidemia, las muertes por enfermedad ascienden a veintiocho, cifra nada despreciable. Teniendo en cuenta esto, las muertes que se derivan directamente de las guerras, si bien ocupan el segundo lugar en lo que a cantidad hace referencia, están en lo más alto de la pirámide si nos centramos únicamente en el aspecto cualitativo, tal y como analizamos en el siguiente apartado.

2.6. Guerra

Los personajes que mueren por causas relacionadas directamente con las guerras ascienden a cincuenta y tres, colocándose en el segundo lugar de muertes no naturales o violentas, tan sólo por detrás de las enfermedades (sesenta y ocho), si bien es necesario tener en cuenta también aquí la cantidad de muertes por peste y su tratamiento especial que ya hemos explicado con anterioridad. Por ello, las guerras y los consiguientes decesos ocupan un papel central en la novela delibeana.

Aunque la manera de morir en la guerra varía a lo largo de las obras, predomina el desconocimiento de la causa que provoca la muerte⁴⁶. Por detrás, el fusilamiento y los disparos destacan sobre el resto, que se distribuyen de forma equitativa según tenemos ocasión de ver en el gráfico siguiente.

⁴⁶ Bomba o torpedo (dos), Disparo (nueve), Fusilamiento (quince), Ahogamiento (dos), Machetazo (uno), Bayonetazo (uno), Quemado (uno), Arrastrado por los caballos (dos), Puñaladas (uno), A golpes (uno) y Desconocido (dieciocho).



Las guerras están muy presentes en la obra de Delibes, tanto que en doce de las veintiséis novelas al menos un personaje muere en alguna contienda. No hay que olvidar que Delibes no sólo tenía ya 15 años cuando comenzó la guerra civil española⁴⁷, sino que tomó parte activa en el desencuentro alistándose de marino en el *Canarias*, como consta en la novela autobiográfica, pero “no partidista” *Madera de héroe* (Cuevas García, 1992: 101). Pero esa no es ni mucho menos la única obra con referencias a la guerra. “Delibes siempre ha mantenido que la guerra está como telón de fondo en algunos de sus relatos (...). Las referencias y reflexiones de Delibes sobre la guerra, salpicadas aquí y allá, son siempre críticas, acerbadas incluso” (García Domínguez, 2010: 107). Sin embargo, una cosa es que la guerra esté de telón de fondo y otra bien distinta que sea el eje central de la novela. En una conversación su biógrafo, y respecto a *Madera de héroe*, le reconocía lo siguiente: “La guerra está en la novela, y más presente, sin duda, que en otras obras mías, pero yo no he tratado de escribir una novela sobre nuestra guerra civil. Creo que nunca escribiré sobre la guerra como protagonista.

⁴⁷ “Fue un amargo despertar a la adolescencia (...). El odio, la incomprensión y la violencia lo llenaban todo” (García Domínguez, 2010: 93).

Es muy difícil hacerlo con objetividad, la prueba está en lo que se ha hecho hasta la fecha. Lo que yo he escrito es la historia, la crónica de unos personajes a los que les tocó vivir el periodo de la guerra civil” (García Domínguez, 2010: 692).

Ya en su primera novela (*La sombra del ciprés es alargada*) aunque los comentarios “se refieren a la guerra europea del 14” (García Domínguez, 2010: 108), del contexto se deduce la intención de criticar todas las guerras, en particular la española. En *Aún es de día*, aunque no hay ninguna muerte derivada de un conflicto bélico, las referencias a la guerra civil son explícitas. Lo mismo ocurre en *Mi idolatrado hijo Sisí*, en *Cinco horas con Mario*, en *Las guerras de nuestros antepasados*, en *El disputado voto del señor Cayo* o en *El príncipe destronado*, donde el conflicto se traslada al ámbito familiar en la figura de sus padres, cada uno de un bando.

Entrando ya en los datos, destaca la preponderancia casi absoluta de las muertes de personajes citados, de sexo masculino y adultos. Tal es la mayoría en este punto que tan sólo muere un protagonista, un niño y nueve personajes secundarios. Por su parte, y esto llama poderosamente la atención, no hay ninguna mujer que sucumba al desastre de las guerras. El único personaje principal que pierde la vida en la guerra es Sisí, de *Mi idolatrado hijo Sisí*.

-Ha sido algo imprevisto, Cecilio. Es la primera baja en el batallón desde hace meses.

-Vinieron dos aviones. Yo paseaba con Sisí y le dije: “Aguanta aquí”. Él dijo: “No, me voy al barracón de víveres”. Me tumbé en la cuneta y le grité: “¡Ven aquí!”. No me escuchó y salió corriendo. La bomba estalló a cuatro metros de él, Murió en el acto (Delibes, 2007a: 750 y 752).

La muerte del joven, que deja embarazada a Paulina (Delibes, 2007a: 765), provoca una fuerte depresión en Cecilio, su padre, que poco después decide quitarse su propia vida saltando desde la ventana de su vivienda. La muerte del hijo trae consigo y

casi de inmediato las lamentaciones del padre, el velatorio y el entierro y el suicidio paterno.

El único niño que pierde la vida como consecuencia directa de una guerra lo encontramos en *Las guerras de nuestros antepasados*. Se trata de un personaje citado que muere a manos del secundario Bisa durante la guerra carlista. La muerte se debe más a un error que a un acto deliberado, a pesar de que el Bisa no muestra ningún tipo de remordimiento al darse cuenta del error, más bien al contrario. Sin embargo, debemos incluirlo bajo esta variable porque el asesino no habría acabado con la vida del joven sino fuera porque estaban en periodo de guerra.

Y ellos se acostaron arriba, en el sobrado, entre la yerba, que, al decir del Bisa, por aquellas tierras hay un heno bien rico. Con que casi se habían acomodado, cuando empezó el rum-rum, como de ratas, que el Bisa, ¿eres tú, Beitia?, y Beitia, ¿yo?, y, entonces, fue el Bisa, prendió una cerilla y le vio, que, a su decir, no asomaba más que los ojos asustados y la punta de la nariz, todo lo demás cubierto por el heno, ¿se da cuenta? Con que el Bisa no se lo pensó dos veces, oiga, agarró el machete y le espetó sin preguntarle ni como se llamaba, que el otro dice que decía, ¡madre, madre!, sin fuerzas, ya ve, hasta que calló la boca. Y, a la mañana, conforme amaneció Dios, el Bisa abrió los postigos y así que vio al muerto que era lampiño, un chaval, le dijo al sargento, pero Beitia, si es un mocoso. Y Beitia, que al decir del Bisa, tenía unos despertares muy atravesados, ni caso, o sea: Déjale estar, Vendiano. La cizaña hay que cortarla a tiempo, ¿se da cuenta? (Delibes, 2008b: 500).

Esta descripción breve y cruel no es exclusiva de *Las guerras de nuestros antepasados*, sino que es la norma general con la que Delibes trata la muerte de sus personajes, más si cabe en los fallecimientos que se derivan de un conflicto bélico. Quizás para remarcar su marcada posición antibelicista, Delibes utiliza un lenguaje tan directo para mostrar repulsa incluso a quien se acerca de manera pasiva a los asesinatos

y las venganzas propias de la guerra civil española. Sobre este asunto y en estos términos que compartimos se expresa Torres Nebreda, en este caso haciendo referencia a la muerte de los tíos Adrián y Norberto que más adelante reproduciremos (*Madera de héroe*):

La guerra muestra el horror fratricida: el salvaje asesinato y ultraje de los tíos Adrián y Norberto tiene su exacta y ominosa réplica en la barbarie y la venganza de que son víctimas los hermanos de tía Macrina. No ahorra Delibes detalles truculentos en las por otra parte someras descripciones de esos crímenes, porque así pone de relieve el fondo antibelicista que le lleva a esta evocación presidida por el lema: “Recuerdo para los muertos, escarmiento para los vivos...” (Torres Nebreda, 1992: 103).

La descripción de la muerte en la guerra de los tíos comunistas (personajes secundarios) merece mención especial, aunque tan sólo sea por la crudeza de las imágenes que Delibes reproduce:

Gervasio divisó los perfiles de sus tíos por encima del mostrador, desnudos, a horcajadas sobre la moto, en la misma actitud deportiva en que solía verlos por las calles de la ciudad. Tío Adrián (las manos amarradas a los puños de goma por tiras de esparadrapo, una cuña de cartón sosteniendo en alto su cabeza, el sombrero en la coronilla como un solideo y la frente perforada de un balazo) se reclinaba sobre el manillar y, tras él, inmóvil (un agujero negro en el entrecejo, los dientes amarillos al aire), el tío Norberto, con una bandera nacional al hombro (...). En contra de su inicial apreciación, los cadáveres no estaban desnudos. Tío Adrián vestía unas braguitas de puntillas azul claro y un sujetador a juego, ciñendo su pecho esquelético, y tío Norberto análoga indumentaria pero de color rosa (Delibes, 2009a: 453-454).

Los hechos recuerdan en parte a la muerte de Jairo (*Madera de héroe*), que es asesinado a puñaladas por “la horda en su casa”. Una vez muerto, se repite, como en el caso anterior, una inmisericorde profanación de su cadáver:

Luego mutilaron horriblemente su cuerpo, pero es preferible no entrar en detalles (...). La muerte de Jairo fue una aberración (“la venganza de un sádico postergado, que no contento con matarlo, lo mutiló luego y le introdujo sus atributos en la boca”). Mamá Zita leyó y releyó los párrafos referentes a la muerte de Jairo (Delibes, 2009a: 460-461).

El comandante Benítez (*Las guerras de nuestros antepasados*) también es un personaje secundario que muere, en este caso en la Guerra de Marruecos, en una suerte de casualidad profética:

Que dice que el comandante Benítez, como si le hubieran mentado a la madre, eso jamás, ¿oyes?, telegrafía, anota, los soldados de Igueriben mueren, pero no se rinden, ¿se da cuenta? Y lo que son las cosas de la vida, oiga, que al decir del Abue, debió de ser un pálpito, que no había amanecido y ya andaba él patas arriba, con una bala en la cabeza, el comandante Benítez, digo, los sesos al aire, y las moscas enseguida, a ver (Delibes, 2008b: 521).

Ya en *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, “una bala perdida” en Igualada acaba con la vida de Sergio “la víspera del fin oficial de la guerra” (Delibes, 2009a: 112).

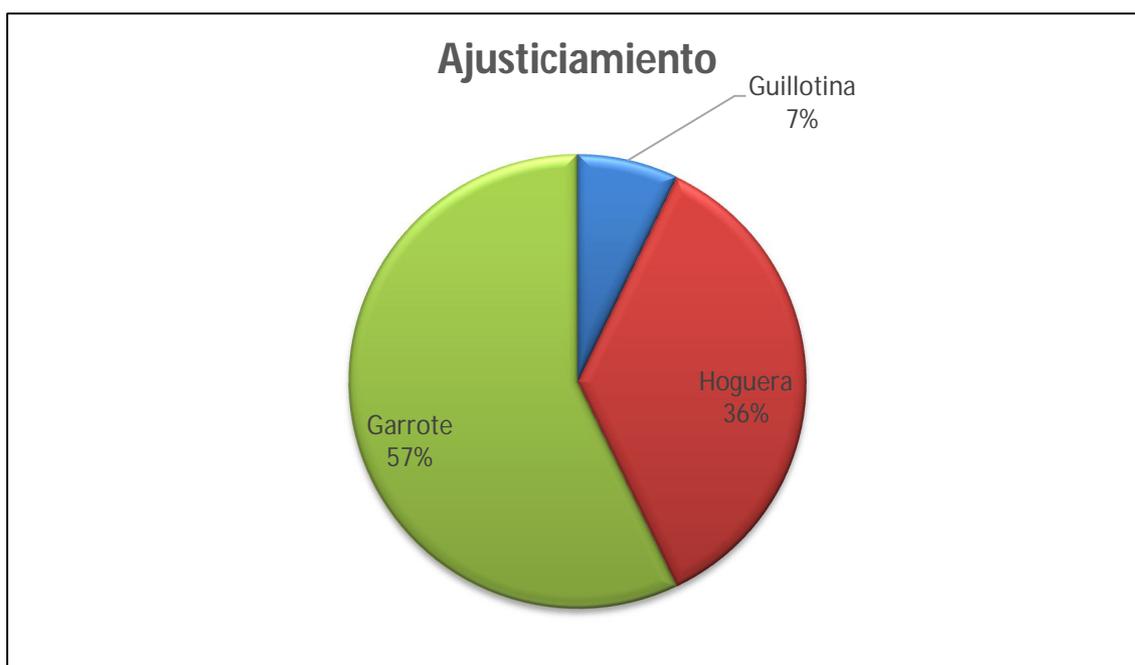
El resto de personajes secundarios que mueren en una guerra se concentran en *Madera de héroe*. Nos referimos al marxista Daniel Ovejero, que fallece “acribillado a balazos” (Delibes 2009a: 457); a Lucinio Ovejero, que sucumbe “por Dios y por España” frente al enemigo tras recibir “un balazo en el pecho, cuando su centuria avanzaba sobre Madrid” (Delibes, 2009a: 462); a Fortunato Delgado, que “como todos

los servidores de la torre I, voló por los aires al estallar los torpedos” (Delibes, 2009a: 519) y al cabo Pita, al que fusilan una mañana (Delibes, 2009a: 588).

Quizás la manera más directa que tenía Delibes para mostrar su rechazo frontal a todo tipo de confrontación humana en general, y a la guerra en particular, era por medio de su literatura. Nacer en 1920 debe de traer consigo una marca grabada a fuego en la piel del alma que recuerda una guerra recién terminada, un enfrentamiento civil en plena adolescencia y una posguerra si cabe todavía más desoladora e incierta. Por eso no extraña que, excepción hecha de las enfermedades y con la matización ya expuesta de la sobrevalorada valoración cuantitativa de la peste, las muertes derivadas de la guerra ocupen un primer plano en las tipologías mortuorias de Delibes. Y en este caso no sólo resultan remarcables por su alto número, sino por su crudeza descriptiva. No olvidemos en este punto que las muertes más sádicas de toda la obra delibeana se encuentran en los personajes secundarios que dejan su vida en la guerra civil española. Nos estamos refiriendo a los tíos Adrián y Norberto y a Jairo, cuyas muertes encierran detalles tan atroces que se adentran en un terreno que roza incluso lo macabro. ¿Por qué? Porque el espíritu antibelicista de Delibes le llevaba al extremo opuesto para tratar de criticar de la manera más explícita y cruenta posible unos crímenes inhumanos. Nada peor que las consecuencias de un conflicto entre los hombres. Y aquí traemos a colación, otra vez, la evocación que preside *Madera de héroe*: “Recuerdo para los muertos; escarmiento para los vivos... (De la lápida conmemorativa del campo de concentración de Dachau)” (Delibes, 2009a: 301).

2.7. Ajusticiamiento

De los catorce personajes que mueren ajusticiados⁴⁸, trece pertenecen a *El hereje*, mientras que otro, Rovachol, es una referencia de una historia pretérita que Antonia cuenta a Eloy cuando era niño en *La hoja roja*. De todos ellos, tan sólo hay un personaje que ejerce una función principal en la novela (Cipriano Salcedo) y únicamente dos son mujeres (Beatriz Cazalla y Eufrosina Ríos). Aunque lo analizaremos con más detalle en el apartado correspondiente, adelantamos aquí que de los catorce ajusticiados, doce son personajes históricos. Tan sólo Rovachol y Cipriano Salcedo no lo son.



De todos los personajes ajusticiados, el único protagonista es Cipriano Salcedo, que es condenado por la Inquisición a “confiscación de bienes y muerte en la hoguera” por pertenencia al luteranismo:

⁴⁸ Guillotina (uno), Quemado (cinco) y Garrote (ocho).

El verdugo arrimó la tea a la incendaja y el fuego floreció de pronto como una amapola, despabiló, humeó, rodeó a Cipriano rugiendo, lo desbordó. La multitud prorrumpió en gritos de júbilo cuando se produjo la deflagración y enormes llamas envolvieron al reo (...). Sintió un dolor intensísimo, como si le arrancaran la piel a tiras, en las caras internas de los muslos, en todo su cuerpo, con una intensidad especial en las yemas de los dedos. Apretó los párpados en silencio, sin mover un músculo, resignadamente. El pueblo, sobrecogido por su entereza, pero en el fondo decepcionado, había enmudecido. Entonces rompió el silencio el desgarrado sollozo de Minervina. La cabeza de Cipriano había caído de lado y las puntas de las llamas se cebaban en sus ojos enfermos (Delibes, 2009a: 1029-1030).

Al tratarse del personaje en torno al cual gira la novela (y cuya muerte pone fin a la misma), la descripción del arresto de Cipriano Salcedo, de su procesamiento, juicio, paseíllo y quema es un alarde descriptivo en el que no se omite detalle alguno por pequeño que este sea.

Las dos mujeres que mueren tras ser sometidas a un procedimiento judicial (también por la Inquisición) son Beatriz Cazalla y Eufrosina Ríos, ambas también de *El hereje*. La primera es condenada a “confiscación de bienes, muerte en garrote y dada a la hoguera” (Delibes, 2009a: 1016), mientras que la segunda es “condenada a muerte en garrote” (Delibes, 2009a: 1018).

Los dos únicos casos en los que el condenado no es acusado de pertenencia al luteranismo son los de Rovachol (*La hoja roja*) y el de Hutter (*El hereje*). Al primero le “echaron guante porque siempre andaba enredando y tramando perrerías y cuando lo atraparon le juzgaron y le condenaron a muerte” (Delibes, 2008a: 516). Si bien el motivo por el que le condenan a muerte no se cita explícitamente, se intuye que es por ideología republicana:

Y uno le quiso vendar los ojos, pero él se apartó y dijo: “Ni se te ocurra”, Y cuando caía ya la cuchilla sobre su cuello, Rovachol volvió los ojos al cura y voceó: “¡Viva la República popular!”. Y su cabeza rodó al cubo y desde allí, separada ya del tronco, volvió a vocear desorbitando los ojos: “¡Viva la República popular!” (Delibes, 2008a: 517).

A Hutter, por su parte, le queman en la hoguera en Austria (Delibes, 2009a: 687) por ser el líder de los anabaptistas (Torres de Castilla, 1864: 1004). Los demás personajes mueren por su pertenencia al movimiento iniciado por Lutero, ya sea en garrote o quemados en la hoguera. De la primera forma son ejecutados el doctor Agustín Cazalla (Delibes, 2009a: 1015), Alfonso Pérez (Delibes, 2009a: 1016), Francisco Cazalla (Delibes, 2009a: 1016), Cristóbal de Padilla (Delibes, 2009a: 1016), Pedro Cazalla (Delibes, 2009a: 1016) y Juan García (Delibes, 2009a: 1017). Por su parte, Juan Sánchez (Delibes, 2009a: 1016), Antonio Herrezuelo (Delibes, 2009a: 1017) y Carlos de Seso (Delibes, 2009a: 1018 y 1027) son condenados a morir en la hoguera.

Aunque finalmente no mueren ajusticiados, hay que citar aquí a dos personajes que son condenados a muerte. Estamos hablando de Pacífico Pérez (*Las guerras de nuestros antepasados*) y de fray Domingo de Rojas (*El hereje*). El primero “fue condenado a muerte en garrote por el Tribunal que le juzgó, pena que le fue conmutada por la de treinta años de reclusión por clemencia del Jefe del Estado” (Delibes, 2008b: 729). Mientras, aunque a fray Domingo de Rojas le condenan a morir en la hoguera (Delibes, 2009a: 1018), realmente pierde la vida antes de ser quemado:

Le sobrecogió el alarido de la multitud, el golpe sordo del cuerpo agarrotado de fray Domingo al caer sin vida a su lado, la rápida acción del gigantesco verdugo empujándolo a las llamas, el chisporroteo inicial. El gentío, defraudado al ver quemar un cuerpo sin vida, trataba ahora de desplazarse a la izquierda, frente a los cuatro reos que esperaban aún la ejecución, pero los ya

instalados, al darse cuenta de sus pretensiones, forcejeaban con ellos y armaban pequeñas algaradas (Delibes, 2009a: 1027).

Aunque la presencia de muertes derivadas de un procedimiento judicial representan un número considerable, no debemos tenerlas demasiado en cuenta, ya que todas ellas, excepto una, se centran en una única novela y sus circunstancias son prácticamente idénticas. Además, la que no se encuentra en *El hereje*, no es más que una referencia de un acontecimiento histórico sin ninguna relevancia en el devenir novelístico. Por lo tanto, debemos tener en cuenta estas muertes de ajusticiados más por su importancia histórica que por otra cosa. Por ello, haremos especial referencia a los hechos que rodean los decesos de la mayoría de los ajusticiados en la muerte de los personajes históricos, ya que de los catorce ajusticiados, doce son personajes extraídos de la vida real.

2.8. Otras

No todas las causas mortuorias son susceptibles de pertenecer a un apartado concreto. Por su especialidad o, simplemente, por su imposibilidad de encasillamiento, hemos tenido que incluir seis variables bajo el epígrafe de Otras⁴⁹. Se trata de aquellas tipologías que no son ni naturales, ni consecuencia de un asesinato, ni de un suicidio, ni de un accidente, ni de una enfermedad, ni de una guerra ni de un ajusticiamiento. En concreto, nos estamos refiriendo a la muerte súbita, al sobreparto, a la asfixia, a la indigestión, al infarto y a la decapitación. Todas ellas suman once muertes.

⁴⁹ Muerte súbita (dos), Al dar a luz y sobreparto (cuatro), Asfixia (uno), Indigestión (uno), Infarto (dos) y Decapitado (uno).



De todos los personajes que mueren por alguna de las causas que acabamos de mencionar, tres desempeñan un papel protagonista. Se trata de Trino (*La mortaja*), Mario (*Cinco horas con Mario*) y Gervasio (*Madera de héroe*). El caso de *La mortaja* y el de *Cinco horas con Mario* es prácticamente idéntico. En la novela corta, el Senderines vela el cuerpo sin vida de Trino, su padre, que muere por indigestión después de ganar una apuesta culinaria:

Ha reventado, eso. ¿Para qué crees que tenemos la cabeza sobre los hombros? Bueno, pues a Trino le sobraba, Esta tarde disputó con Baudilio sobre quién de los dos comía más. Pagó Baudilio, claro. ¿Y sabes qué se comió el Trino? Dos docenas de huevos para empezar; luego se zampó un cochinillo y hasta royó los huesos y todo. Yo le decía: “Para ya”. ¿Y sabes qué me contestó? Me dice: “Tú a esconder, marrano”. Se había metido ya dos litros de vino y no sabía lo que se hacía. Y es lo que yo me digo, si no saben beber es mejor que no lo hagan. Le está bien empleado, ¡eso es todo lo que se me ocurre! (Delibes, 2008a: 896).

En *Cinco horas con Mario*, el protagonista, que muere tras sufrir un infarto (Delibes, 2008b: 16)⁵⁰, es velado por su mujer durante toda la noche. Este recurso de perfilar un sujeto que ni tan siquiera interviene pero que se torna protagonista de la novela tiene una explicación más práctica que artística:

“En principio, y a lo largo de muchas cuartillas, inicié la novela con Mario vivo, pero su posición disconforme con la legalidad, su abrupta crítica de la sumisión política y del consumismo económico de la sociedad española le hacían decididamente impublicable. Así nació la idea de sacrificar a Mario. Con Mario muerto, escuchando impasible las acusaciones mezquinas de su mujer, yo decía por vía indirecta lo que no podía expresar directamente” (Buckley, 2012: 137-138).

Gervasio es el otro protagonista que muere por otro método que no se puede enmarcar en ninguna de las variables anteriores. En este caso el personaje principal de *Madera de héroe* fallece decapitado, pero como ya ha quedado explicado en el apartado correspondiente, se trata de un sueño, por lo que su relevancia es prácticamente nula (Delibes, 2009a: 316).

De las demás tipologías mortuorias destaca el sobrepardo, que se repite hasta en cuatro ocasiones en las novelas de Delibes. En concreto, esta causa de muerte aparece en *El camino*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, *La hoja roja* y *El hereje*. En *El camino*, la madre del Moñigo pierde la vida tras dar a luz: “De que la mujer de Paco, el herrero, falleciera al dar a luz al Moñigo, nadie tenía la culpa” y “Mi madre se murió de lo mucho que le dolía cuando nació yo. No se puso enferma ni nada; se murió de dolor” (Delibes, 2007a:

⁵⁰ Aunque la muerte científica de Mario se debe a un infarto de miocardio, la literaria se identifica con la asfixia: “La muerte de Mario se produce por asfixia social. Es decir, Mario estalló antes de tiempo. En la novela, uno de sus amigos dice en el momento del entierro: No es un muerto, es un ahogado. Es decir, Mario se ahogaba en aquella España de los años sesenta, y Carmen, en aquel largo *monodialogo*, nos va proporcionando, sin quererlo, las razones de aquella asfixia, va desgranando uno a uno los pequeños incidentes que acabaron por llevar a su marido a la tumba” (Buckley, 2012: 139-140).

299 y 334). En *Mi idolatrado hijo Sisí*, a la madre de Adela le sucede otro tanto: “Quizá si su madre no hubiera muerto al darle a luz” (Delibes, 2007a: 483). En *La hoja roja*, por su parte, “se fue la Rosina, de sobrepardo” (Delibes, 2008a: 579) y en *El hereje* Catalina muere de “mal de madre” (Delibes, 2009a: 717). Como se puede observar, las descripciones de esta tipología mortuoria brillan por su ausencia, quizás porque el fallecimiento por sobrepardo en épocas no demasiado lejanas de la actual era una causa de muerte más cercana a la natural que a la evitable o violenta.

El resto de fallecimientos se distribuyen mayoritariamente entre personajes citados y adultos, si bien destacan las siete mujeres que mueren por alguna de estas causas frente a los cuatro hombres. Este dato, que se aleja de la tendencia general, se debe al sobrepardo como causa de muerte, ya que, obviamente, todos los sujetos son mujeres.

3. POSMUERTE

3.1. Velatorio y funeral

La presencia de un personaje en una novela no tiene porqué terminar con su muerte, ni mucho menos con una descripción de los actos posmuerte de los que puede ser objeto. Sin embargo, aunque en la mayoría de las ocasiones ni tan siquiera se hace referencia al velatorio y al funeral del finado, no podemos pasar por alto las ocasiones en las que sí que se hace referencia explícita. A veces a Delibes le basta una cita para dejar constancia del hecho, mientras que otras veces se esmera en describir los actos de honra al muerto⁵¹, generalmente en proporción a la relevancia del personaje que protagoniza el deceso. En otros casos, el velatorio es la excusa de la novela (*La mortaja* o *Cinco horas con Mario*).



⁵¹ No se cita (trescientos treinta y siete), Se cita (siete) y Se describe (veinte).

El velatorio y el funeral se describen de manera pormenorizada en doce novelas, afectando a veinte personajes. En concreto, de todos los personajes respecto a los que se hace una descripción de su velatorio y/o funeral, ocho desempeñan un papel principal en la novela, siete son mujeres y dos niños; el resto secundarios o citados, hombres y adultos. Los personajes principales son Alfredo (*La sombra del ciprés es alargada*), Germán el Tiñoso (*El camino*), Sisí (*Mi idolatrado hijo Sisí*), Isaías (*La hoja roja*), Trino (*La mortaja*), Mario (*Cinco horas con Mario*), Ana (*Señora de rojo sobre fondo gris*) y Teodomira Centeno (*El hereje*).

Aunque cada velatorio y funeral reúne unas características propias, se pueden extraer paralelismos entre ellos, sobre todo en lo referente a las circunstancias que rodean el acto, tales como el proceso de vestimenta del muerto o los destellos de humor en momentos tan dramáticos.

3.1.1. La mortaja

No es habitual que un escritor entre tan de lleno en un hecho tan poco común en la novelística española como el momento en que se amortaja a un fallecido. Pero no es habitual si nos referimos a un escritor convencional, y Delibes no lo es... Al menos en la temática mortuoria. No en vano, incluso una novela corta lleva por título *La mortaja*, lo que ya nos da pistas acerca de la importancia que Delibes daba a este momento intermedio entre la muerte y el enterramiento.

En *La sombra del ciprés es alargada* la descripción del amortajamiento se antoja incluso excesiva, como excesivo es el lenguaje el estilo y la temática de la primera novela de Delibes:

Recuerdo perfectamente cómo Alfredo fue amortajado por su madre y doña Gregoria con el traje azul marino que usaba para las grandes solemnidades. No se me olvidarán las dificultades inherentes al acto de vestir a un muerto. Las articulaciones había perdido su flexibilidad, los miembros todos se habían aplomado, la rigidez convertía el cuerpo en un garrote sin elasticidad, de una sola pieza. Todo esto vino a evidenciarme que el cuerpo, sin el alma, es un simple espantapájaros. Las dos mujeres terminaron por dar un corte a la espalda de la marinera e hilvanarla después de puesta sobre el cuerpo inanimado. Concluida esta operación, la madre de Alfredo se puso a llorar (Delibes, 2007a: 113).

Al igual que en el caso que acabamos de transcribir, en *El camino* son los propios familiares del muerto quienes le amortajan: “Los hermanos de Germán anudaron una toalla a su cráneo para que no se le vieran las calvas” (Delibes, 2007a: 426). También, como sucede en *La sombra del ciprés es alargada*, el velatorio del niño se convierte en una reunión de familiares, amigos y vecinos que rodean al muerto y donde se suceden comentarios, rezos, lamentos y reflexiones existenciales:

Daniel, el Mochuelo, pasó la noche en vela, junto al muerto. Sentía que algo grande se velaba dentro de él y que en adelante nada sería como había sido. Él pensaba que Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, se sentirían muy solos cuando él se fuera a la ciudad a progresar, y ahora resulta que el que se sentía solo, espantosamente solo, era él, y sólo él. Algo se marchitó de repente muy dentro de su ser: quizá la fe en la perennidad de la infancia. Advirtió que todos acabarían muriendo, los viejos y los niños. Él nunca se paró a pensarlo y, al hacerlo ahora una sensación punzante y angustiosa casi le asfixiaba. Vivir de esta manera era algo brillante y, a la vez, terriblemente tétrico y desolado. Vivir era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente. A la larga, todos acabarían muriendo (Delibes, 2007a: 427).

En el caso de Isaías (*La hoja roja*) es su amigo Eloy quien ayuda a Lupe, hermana del difunto, a preparar la mortaja, justo antes de que el barbero aproveche la situación para obtener más beneficios económicos de los habituales:

Ayudó a Lupe a amortajar a su amigo y, minutos después, condujo a don Rodrigo Palomino, el médico del Registro, ante el cadáver para que le mirase la pupila y certificase. Acto seguido, Lupe le dijo que quería que afeitasen a su hermano antes de ponerle un pañuelo para que no se le demudase el rostro. El viejo Eloy llamó a Mamés, que les arreglara a Isaías y a él desde hacía veinte años, y Mamés, al concluir, dijo que eran siete duros. Lupe armó un altercado con el barbero y el viejo se puso de parte de ella y le dijo a Mamés que de vivo le cobraba menos de uno y Mamés dijo entonces que no fuera a comparar (Delibes, 2008a: 608).

Esta picardía no es exclusiva de *La hoja roja*, ya que también obtienen beneficios los que ayudan a amortajar a Trino (*La mortaja*). En concreto, Pemales ayuda a vestir al padre del Senderines a cambio de los zapatos del muerto (Delibes, 2008a: 902), del despertador (Delibes, 2008a: 04), de los calcetines (Delibes, 2008a: 905), de la camisa (Delibes, 2008a: 907) y de la corbata, los calzoncillos, el chaleco, la pelliza y la radio (Delibes, 2008a: 908).

Como no podía ser de otra manera, el amortajamiento de Mario (*Cinco horas con Mario*) también está presente en la novela y se describe con cierto detalle. Durante el velatorio, que se lleva a cabo en el despacho del fallecido, el autor indica que “Carmen rasuró a Mario con la maquinilla eléctrica, lo lavó, lo peinó y le vistió el traje gris oscuro, el mismo con el que había dado la conferencia el Día de la Caridad, abriéndolo un poco por los costados, pues aunque el cadáver flexionaba bien, pesaba demasiado para ella sola” (Delibes,

2008b: 15). Unas páginas más adelante Menchu observa con cierto asombro que su marido tenía demasiado buen aspecto como para estar muerto:

Mario no era Mario. Carmen lo había advertido después de asearlo. No se parecía. Ella vacilaba. El muerto era un muerto notable, conforme, incluso más grueso, pero no era Mario. Repentinamente, como si alguien, compadecido, la hubiera depositado en su cabeza, le había saltado la idea: “¡Las gafas!” Carmen fue a por ellas y se las puso. Entonces advirtió la rígida palidez de las orejas. Complacida aún por la lucidez de su idea, se alejó cuatro pasos buscando una perspectiva favorable. Pero no. La Doro caminaba tras ella como un perro humillado: “O le abre los ojos o le quita las gafas a nuestro señor. ¿Quiere decirme para qué van a servirle con los ojos cerrados? (Delibes, 2008b: 21).

Otra novela que, como en *Cinco horas con Mario*, la muerte del personaje principal es la excusa temática, es *Señora de rojo sobre fondo gris*. EL funeral de Ana y su velatorio está descrito con todo lujo de detalles, más que probablemente extraídos de la vida real de Delibes. Si el funeral del álter ego de su mujer es un dechado de matices y recuerdos sombríos, la imagen de Ana muerta en ojos de su marido refleja el frío que deja la muerte a su paso.

Lo que nunca consiguió el alcohol es borrar la impresión de aquel beso de hielo sobre su frente muerta, el frágil cuello emergiendo de la sábana que la envolvía como un sudario (...). Yo me frotaba los labios ásperamente, porque, aunque era capaz de concebirla dormida o despierta, riendo o llorando, charlando o ensimismada, me resultaba imposible imaginarla sin calor (Delibes, 2009a: 631-632).

Los velatorios y funerales de los personajes que pierden su vida son un elemento importante en la obra delibeana. Aunque no se pueden extraer conclusiones precisas porque no es posible extraer un patrón o denominar común de este acto posmuerte, sí que podemos afirmar que el proceso de amortajamiento tiene una presencia nada desdeñable. Generalmente, además, es un familiar quien lleva a cabo la última puesta de ropa del muerto y, en algunas ocasiones, un tercero aprovecha la ocasión para obtener beneficios, ya sean estos económicos o materiales.

3.1.2. Animales inoportunos

Un hecho que llama poderosamente la atención es la presencia de algún animal en el velatorio, justo en el momento de mayor recogimiento entre los presentes. Esto ocurre en *El camino*, en *Las ratas* y en *La mortaja*. En el primer caso, Daniel, el Mochuelo, deposita “con disimulo el tordo en el féretro, junto al cadáver de su amigo. Había pensado que su amigo, tan aficionado a los pájaros, le agradecería, sin duda, desde el otro mundo, este detalle” (Delibes, 2007a: 428). Sin embargo, las cosas no suceden como esperaba el niño: “Mas Tomás, al volver a colocar la corona fúnebre a los pies del cadáver, reparó en el pájaro incomprensiblemente muerto junto a su hermano. Acercó mucho los ojos para cerciorarse de que era un tordo lo que veía, pero después de comprobarlo no se atrevió a tocarlo” (Delibes, 2007a: 428-429). Ante el asombro general, los presentes, en su ignorancia, concluyen que se trata de un “milagro” porque el niño “quería mucho a los pájaros”, por lo que avisan a don José, el cura, para que compruebe el hecho milagroso que acababa de acontecer ante sus ojos.

Ya en *Las ratas*, quien hace acto de presencia en el velatorio de Rufo, el Centenario, es una mosca que parece ser portadora del cáncer del que murió el velado:

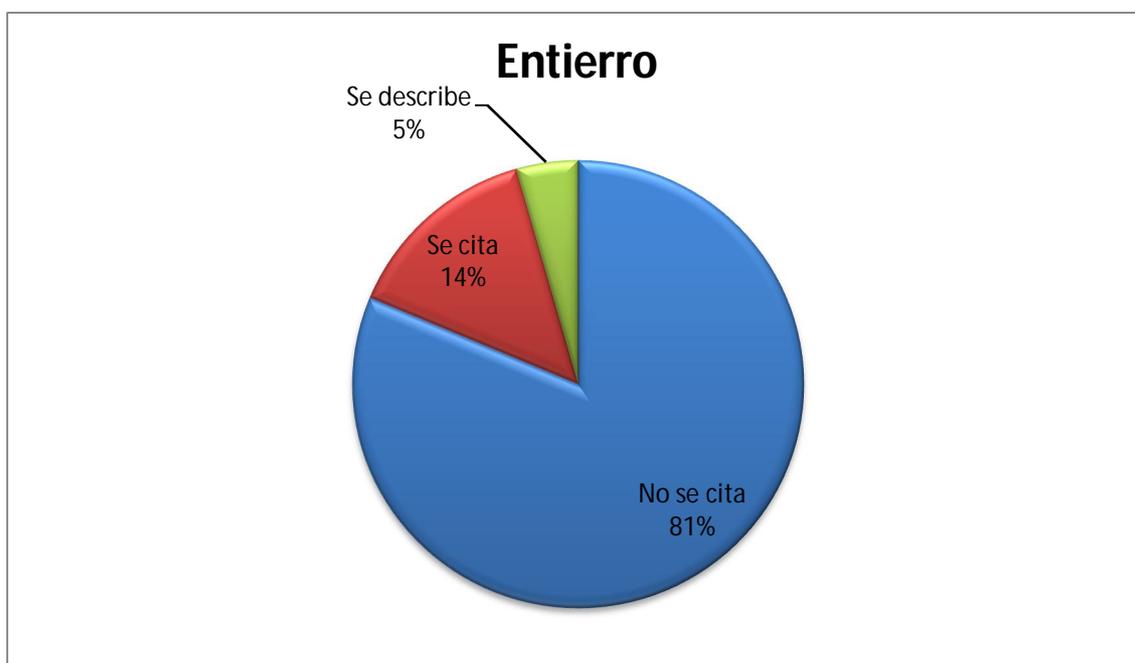
Y cuando el moscón, luego de estar posado diez minutos en las descarnaduras del Centenario, empezó a volar sobre la concurrencia, todos hacían aspavientos para ahuyentarlo excepto la Sime y el niño. Y el moscón retornaba sobre el cadáver, que era, sin duda, el más desapasionado de todos, pero cada vez que reanudaba el vuelo, los hombres y las mujeres abanicaban disimuladamente el aire para que no se les posase, y de este modo producían un siseo como el de las aspas de un ventilador (...). El moscón se arrancó del cadáver y voló derechamente a la punta de la nariz de don Ciro, pero don Ciro, con los ojos bajos, las manos cruzadas mansamente sobre la sotana parecía en éxtasis y no reparó en ello. Y el acompañamiento se daba de codo y murmuraba: “El cáncer le roerá la nariz”, pero don Ciro proseguía imperturbable, hasta que, sin amago previo, estornudó ruidosamente y el moscón, asustado, buscó refugio, de nuevo, en el cadáver (Delibes, 2008a: 745).

En *La mortaja*, varias moscas delatan el fatal desenlace del padre del Senderines:

Entonces se volvió y descubrió la mirada queda y mecánica del padre; sus ojos desorbitados y vidriosos. Estaba inmóvil como una fotografía. De la boca, crispada patéticamente, escurría un hilillo de baba, junto al que reposaban dos moscas. Otra inspeccionaba confiadamente los orificios de su nariz. El Senderines supo que su padre estaba muerto porque no había estornudado (Delibes, 2008a: 891).

3.2. Entierro

Los entierros se describen en el 5% de los casos⁵², un porcentaje idéntico que en el caso del velatorio y del funeral, si bien el número de ocasiones en las que esto sucede es algo menor que en el anterior. De las catorce descripciones del entierro, cuatro corresponden a personajes principales (*La sombra del ciprés es alargada*, *El camino*, *La hoja roja* y *Señora de rojo sobre fondo gris*), mientras que solo en dos casos afecta a niños: Alfredo y Germán, el Tiñoso.



⁵² No se cita (doscientos noventa y siete), Se cita (cincuenta y tres) y Se describe (catorce).

3.2.1. Los principales

El entierro de Alfredo es, como siempre sucede en la primera novela delibeana, un conglomerado de términos escrito con un estilo rebuscado y pretencioso que dota al momento de una sensación artificial exageradamente fúnebre y tenebrosa:

Se detuvo la carroza junto a la verja. Cuatro hombres se hicieron cargo de la caja, sobre la que el párroco derramó la lúgubre paz de su responso. Vi entumecida de frío la vieja acacia bajo cuya sombra Alfredo eligiese el pie de un pino como lugar ideal de descanso.

Avanzamos por el paseo central precedidos por el féretro. Cruces por todos lados. A la izquierda, a la derecha, al fondo... cruces y lápidas empenachadas de nieve (...). Los cipreses se bamboleaban, fantasmales, recogidos bajo su manto de nieve. Recordé los frutos mondos que parían sus ramas y que un día poblaran la cabeza albina de Alfredo de lucubraciones macabras (Delibes, 2007a: 117).

El entierro de Germán (*El camino*) también se describe, al igual que el velatorio, con todo lujo de detalles. Comienza la descripción a las cinco de la tarde lloviendo y con el valle impregnado “de los tañidos sordos, opacos, oscuros y huecos de las campanas parroquiales” (Delibes, 2007a: 255) y continúa con la procesión, encabezada por el cura y por los cuatro hermanos del muerto, que llevaban el féretro a hombros hasta el “pequeño camposanto del lugar”, tibio y acogedor, en el que apenas cabían todos. Don José, el cura, rezó “resposos sobre el féretro depositado a los pies de la fosa recién cavada. Había, en torno, un silencio abierto sobre cien sollozos reprimidos, sobre mil lágrimas truncadas”. Luego, “cada uno de los hombres y vecinos del pueblo” echaron

monedas en la arpillera y justo después “bajaron la caja a la tumba y echaron mucha tierra encima. Después, la gente fue saliendo lentamente del camposanto. Anochecía y la lluvia se intensificaba”.

En *La hoja roja*, el entierro de Isaías se describe de manera más breve que en los dos casos anteriores, pero no por ello la narración de los hechos deja de ser completa:

En el cementerio en silencio se sentía el paso del aire por entre las ramas prietas de los cipreses. Un hombre empujaba el carricoche con el féretro encima y una de las ruedas traseras chirriaba agriamente a cada vuelta. Luego, cuatro hombres tomaron el féretro y lo depositaron en lo hondo del hoyo con la misma rutinaria frialdad que un campesino depositaría una semilla en lo hondo del surco (Delibes, 2008a: 612).

El entierro de Ana (*Señora de rojo sobre fondo gris*) no tiene notas diferenciadoras del resto de descripciones en lo que al suceder de acontecimientos se refiere. Sin embargo, hay una anécdota que lo hace diferente del resto. Cuando César, “consternado con su muerte”, depositó en su timba una corona de claveles rojos, “pero, de regreso a la ciudad, fue sintiéndose incómodo. Conocía la aversión de tu madre a disciplinar las flores (...). El reconcomio llegó a ser tan insufrible que, al fin, volvió sobre sus pasos para remediarlo pero se había echado la noche y encontró el cementerio cerrado. Entonces, a pesar de su corpulencia, saltó la tapia, localizó la sepultura y deshizo lo hecho, arrancó los claveles del armazón y los desparramó sobre la lápida” (Delibes, 2009a: 643).

3.2.2. En cualquier lugar

No siempre es posible llevar a cabo un enterramiento en una tumba o un nicho de un cementerio. A veces las circunstancias lo impiden y hay que buscar otros lugares en los que dar sepultura a los muertos. En el caso que nos ocupa, hay enterramientos de personajes que merecen un apunte en este aspecto.

En *Las guerras de nuestros antepasados* Miguel, el Caminero, tiene una sepultura indigna y cruel: Su propio asesino le mete primero en un saco y después en el hoyo que el propio caminero había cavado:

Bueno, con que, a su decir, como todavía había luz, el Capullo fue y escondió al muerto en una pila de leña, orilla el molino, mientras él descabezaba una siesta en el granero, ¿entiende? Luego, así que cerró la noche, volvió orilla la leña, sacó al muerto, le amarró las rodillas contra el vientre y lo metió en el saco. Que así y todo, al decir del Capullo, no podía con él, con una mano sólo en el manillar, dese cuenta, y hubo de aferrar el saco por fuera, echárselo a las espaldas y atárselo a la frente con el pañolón, que dice que aquel hombre pesaba como un tonel. Con que de estas trazas fue y se montó en la bicicleta, ¿sabe?, que todo se tortoleaba, como un toro en la plaza, natural, de un lado a otro. Y así se llegó a la ribera, donde las hoyas, que ya era noche ciega, y en una de ellas metió el saco, el pañuelo y todo y lo enterró, ¿se da cuenta? (Delibes, 2008b: 654).

El segundo caso que creemos necesario destacar es el de Martín (*El disputado voto del señor Cayo*), que no descansa en un camposanto por un motivo bastante terrenal: “El cementerio está arriba, hágase cuenta, yo no podía subirle solo” (Delibes, 2008b: 806), por lo que el señor Cayo se ve obligado a enterrarle en un huerto abandonado.

En *La sombra del ciprés es alargada* la tripulación observa desde el barco cómo una gaviota “reposaba sobre algo deforme que flotaba haciendo remolinos sobre las olas hirvientes. Lentamente el *San Fulgencio* se aproximó. Sentí una impresión quebrada como un latigazo cuando alguien junto a mí confirmó que era un ahogado” (Delibes, 2007a: 154). Después de subirle a bordo con la ayuda del ancla, “le fue atada un ancla herrumbrosa a los pies, y de nuevo fue lanzado al mar para dejarle descansar eternamente en sus turbios abismos” (Delibes, 2007a: 155).

En *El hereje* se recoge un caso peculiar que, además, cobra especial relevancia por tratarse de un personaje histórico. Nos referimos a doña Leonor de Vivero, madre de Agustín Cazalla, a quien desentierran: “Los restos de doña Leonor de Vivero serán desenterrados y el solar de su casa sembrado de sal para escarmiento de las generaciones futuras” (Delibes, 2009a: 1004). Después, para culminar el proceso inquisitorial como al resto de los herejes, “con el cuerpo desenterrado y llevado a hombros en la procesión por cuatro familiares, sería también arrojado al fuego” (Delibes, 2009a: 1013).

Aunque no se cite de manera expresa el lugar en el que quedó para siempre el cuerpo sin vida de Fortunato Delgado (Tato) en *Madera de héroe*, y por tanto no podamos confirmar este punto, debemos decir aquí que ese personaje que murió tras recibir el barco en el que él estaba una bomba durante la guerra civil española, probablemente esté en el fondo del mar, entre otras cosas porque no se hace más referencia al cuerpo del joven, sino que simplemente se limita a un anota informativa en la que se confirma su fallecimiento, más por ausencia que por presencia.

3.2.3. El desasimiento

El último adiós a un ser querido no es un plato de buen gusto para nadie. Y Delibes no obvia esta evidencia. Tanto es así que hasta en tres ocasiones el personaje con una relación más estrecha con el fallecido se queda a solas en el cementerio una vez terminados los actos religiosos. En *La sombra del ciprés es alargada*, Pedro, amigo inseparable del malogrado Alfredo, permanece en el camposanto con el señor Lesmes: “Sólo quedábamos el señor Lesmes y yo junto al sepulcro de mi amigo. El resto del acompañamiento había desaparecido ya” (Delibes, 2007a: 119). Algo similar sucede en *El camino*:

“Anohecía y la lluvia se intensificaba. Se oía el arrastrar de los zuecos de la gente que regresaba al pueblo. Cuando Daniel, el Mochuelo, se vio solo, se aproximó a la tumba y luego de persignarse dijo: -Tiñoso, tenías razón, las perdices al volar hacen “Brrrr” y no “”Prrrr” (Delibes, 2007a: 435).

Por último, en *La hoja roja* es Eloy quien se queda a solas con su amigo: “De pronto el viejo Eloy se vio solo en el amplio y sobrecogedor recinto, custodiado por fantasmales cipreses” (Delibes, 2008a: 613).

Esta preocupación por la soledad de quien se queda en detrimento de quien se va es un hecho que nuestro autor ya reconoció en varias ocasiones... Ese dejar o ser dejado que tanto inquietaba a Delibes: “Lo cierto es que la muerte para mí era una obsesión. No sólo como posible protagonista de esa muerte sino como hombre que tendría que soportar unos desligamientos; unos desasimientos cuya idea me atormentaba” (Soler Serrano, 1981).

4. OTRAS

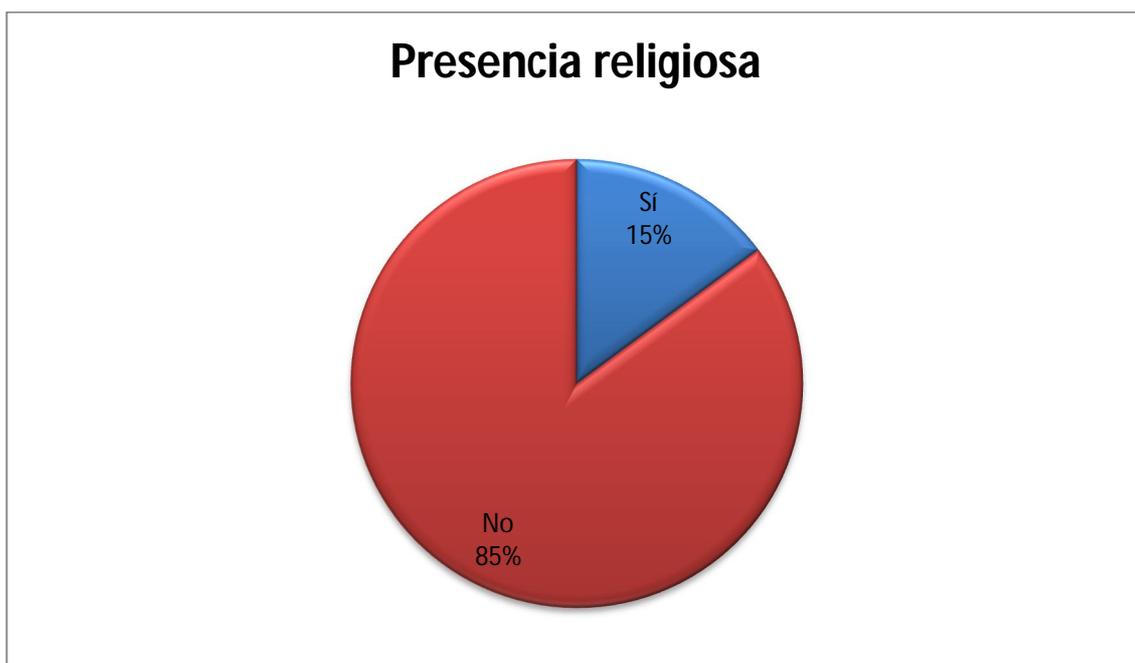
4.1. Presencia religiosa

Cuando la muerte está tan presente en la narrativa de un novelista, la religión no suele ser un tema transversal o ausente: aunque ambos asuntos se reflejen desde vértices distintos, lo hacen desde el mismo poliedro. Resulta francamente complicado hablar del final de los días sin hacer mención a la vida eterna, o a la ausencia de ella, o al menos a las dudas que plantea. Y claro, Delibes no es una excepción. De esta forma respondía a la pregunta de su biógrafo sobre si creía “firmemente en la trascendencia del hombre”:

Tengo todas las dudas del mundo, y cada día más. Mi hermano José Ramón, fallecido hace algunos años, solía decir que él iba a misa y practicaba los preceptos de la religión “por si acaso”. En todo creyente creo que hay una dosis de incertidumbre y de “por si acaso”. Mi fe es confusa y difusa, días más días menos. También yo pido a Dios una señal, como Cipriano Salcedo en mi novela *El hereje*, pero Dios siempre guarda silencio. Mi fe se fundamenta sobre todo en Jesucristo. Cristo y su evangelio me confortan. Cristo es mi asidero. Y por eso, siempre con mil dudas e incertidumbres, confío encontrarme con él en la última vuelta del camino (García Domínguez, 2010, 869-870).

La religión, con sus dudas inherentes y sus asideros de esperanza, es parte consustancial a la existencia humana. “El cristianismo, por ejemplo, vino a ofrecer un consuelo con la vida después de la muerte. De todas formas, inevitables son los sentimientos de angustia, soledad, miedo a lo desconocido, rebeldía, duda o, simplemente, deseo de supervivencia” (Sáiz Ripoll: 1).

Este consuelo se plasma en cifras que desvelan una preocupación constante de Delibes por el más allá o, más bien, por una visión católica de la muerte. Las confesiones, la presencia de un sacerdote en los últimos momentos de vida terrenal, la administración de la extremaunción o, en fin, las oraciones que suplican la salvación del alma de un ser querido recorren las páginas delibeanas. En concreto, en 53 de las 364 muertes se hace referencia explícita a algún acto religioso directamente relacionado con el fallecimiento del personaje. Para tener una visión más global y ordenada de la presencia religiosa en la obra de Delibes, procederemos por apartados diferenciados atendiendo al hecho religioso concreto.



4.1.1. Confesión

Es francamente llamativa por su elevada presencia la cantidad de veces que los personajes reciben el sacramento de la confesión pocos días, o incluso minutos, antes de morir. El deseo explícito de confesarse revela de manera clarividente la preocupación que Delibes tenía por el hecho religioso católico y en concreto por la salvación del alma. En concreto, hasta doce personajes manifiestan su deseo de recibir el sacramento a modo de última voluntad, mientras que tan solo uno (Rovachol, en *La hoja roja*) reniega de la posibilidad.

La primera referencia la encontramos en *La sombra del ciprés es alargada* en los siguientes términos: “El sábado por la tarde se confesó Alfredo y en la mañana del domingo el párroco le llevó la comunión” (Delibes, 2007a: 107). En similares circunstancias recibe el sacramento la abuela Zoa (*Aún es de día*), aunque en este caso con algunos matices:

De pronto, una contracción muscular de la vieja le dejó petrificado. La miró, concentrando la atención en los labios entreabiertos, y le apreció adivinar un borbotón de aliento blanco, impoluto, que ascendía paulatinamente hacia el techo. Le estremeció la voz hiposa, como un sollozo retenido, de la Aurora a su lado:

-Se había confesado esta mañana.

Los músculos faciales de la anciana se relajaron a continuación (Delibes, 2007a: 960).

Este último caso es sintomático de la importancia religiosa en general, y confesional en particular, que Delibes otorgaba a la tranquilidad que daba morir conforme a los cánones de la Iglesia católica. El borbotón de aliento blanco que asciende y la posterior relajación de la anciana no son más que muestras de la

voluntad del novelista de reflejar serenidad en una persona que acaba de fallecer. Incluso ese último suspiro se puede identificar con el alma impoluta de la anciana que va directa al cielo, hecho que parece corroborar el inmediato apunte de Aurora: “Se había confesado esta mañana”.

Aunque la confesión en *Mi idolatrado hijo Sisí*, no es explícita, se deduce, o al menos es un hecho posible a tenor de los acontecimientos que se narran. Ramona, ya de avanzada edad, después de admitir a su hijo que “esto se acaba” (Delibes, 2007a: 637), en clara alusión a la vida, hace pasar al párroco a su habitación. A pesar de que, como ya hemos indicado, no se aclara si la mujer se confesó o no, el hecho de que supiese que estaba llegando su hora final y que fuese ella misma quien pidió la visita del párroco (Delibes, 2007a: 638) son indicios suficientes para afirmar que la anciana se confesó poco antes de morir.

En la misma novela, Sisí, que muere en la guerra a consecuencia de una bomba, recibe confesión el día antes: “Ayer se confesó conmigo -dijo el cura-. Tenía unos excelentes propósitos” (Delibes, 2007a: 752). Una vez más, tal y como sucede en muchas otras ocasiones, la confesión actúa como bálsamo tranquilizador... Si el personaje se ha confesado, no hay motivo para preocuparse, al contrario: ha muerto en católicas circunstancias. De este modo, el sacramento atempera el sufrimiento que trae consigo la marcha de un ser querido.

En *Diario de un cazador* vuelve en todo su esplendor el concepto de muerte como liberación siempre y cuando se llegue a ella en estado de Gracia. La conversación entre el moribundo y el cura que trata por todos los medios de hacerle ver a última hora la existencia de Dios y del cielo es una muestra más de que la muerte terrenal no es más que el paso previo a la vida eterna.

El cura se lió entonces a hablarle de los cazadores y le preguntó si no había sentido nunca, al llegar a lo alto de una loma, una sensación de alivio. El Pepe dijo que a ver, que en las pantorrillas, pero don Florián le dijo que no era eso, sino la proximidad de Dios, y que imaginara lo que podría sentirse subiendo por encima de las nubes (...). El Pepe empalidecía por momentos. Dijo, de pronto, sin dejar de sonreír, que nada de todo eso era posible porque resultaba demasiado hermosos. El cura dijo escapado que para el Señor nada había imposible. El Pepe estaba ansioso y preguntó si de verdad era cierto. El cura le dijo que él no le engañaría en este trance, y entonces el Pepe se volvió a él y le colgaban dos lagrimones. Salimos fuera y esperamos como media hora (...). Le dije lealmente que había estado inspirado y él miró para arriba y me dijo: “Creí que se me iba. Sinceramente, hijo, creí que se me iba” (Delibes, 2008a: 83-85).

Al igual que sucede en el caso de la abuela Ramona, Pepe recibe la confesión justo antes de perder la vida. Aunque en ninguno de los dos casos el sacramento sea explícito, se deduce por diversas evidencias, en este último por las últimas palabras del sacerdote, en las que, después de mirar al cielo, reconoce la dificultad de su propósito pero el satisfactorio resultado final.

Aunque en sentido contrario a los anteriores, en *Cinco horas con Mario* el personaje y la confesión van de la mano, en este caso más bien por la desdicha de no haber podido recibirla en tiempo debido a la imprevista muerte de Mario tras fallecer repentinamente de un infarto. Así consta cuando en el velatorio público, antes de que Menchu se quede a solas con su marido durante toda una noche, un asistente afirma: “Ni tiempo de confesarse tuvo, ¡fíjate que horror!” (Delibes, 2008b: 22). Una vez más, la idea de la confesión como elemento salvador está presente, si bien en este caso en sentido contrario. Los mismos términos aparecen en la última página de la novela, quizás para recalcar la desgracia de las muertes que no dejan tiempo para prepararse religiosamente. De

nuevo la equiparación de la confesión con la tranquilidad y el consuelo; en este caso desconsuelo.

Otro protagonista se confiesa y recibe la comunión antes de morir. Nos referimos a Pacífico Pérez, de *Las guerras de nuestros antepasados*. En la carta del doctor Francisco de Asís Burgueño que pone fin a la novela este apunta que “acto seguido, a petición propia, el finado confesó y recibió la Comunión con plena lucidez, entrando una hora más tarde en estado de coma” (Delibes, 2008b: 729).

En *Señora de rojo sobre fondo gris* se describe con todo lujo de detalles la enfermedad, agonía y muerte de Ana. Si en el resto de defunciones la confesión previa cobra especial relevancia, más lo hace si cabe en una muerte anunciada como es la de la mujer de Nicolás, alter ego del propio Delibes él y de su mujer Ángeles ella. Aunque la protagonista tan solo se confiese una vez y reciba otra la comunión, las referencias a ese mismo acto son tres, hecho este que demuestra la importancia que para Delibes tenía (o al menos para sus personajes) morir conforme a los preceptos de la Iglesia católica.

Pero antes de citar las tres referencias a la misma confesión de Ana, nos detendremos en un dato interesante: sorprende en este punto los paralelismos evidentes entre la opinión de Delibes sobre el cristianismo y la de Ana. La del autor ya la hemos transcrito en la introducción al apartado de la presencia religiosa en sus novelas. La de Ana la transcribimos a continuación:

Su imagen de Dios era Jesucristo. Necesitaba una imagen humana del Todopoderoso con la que poder entenderse. Nada más conocernos me contó que, en vísperas de su Primera Comunión, todo el mundo le hablaba de Jesús; sus padres; sus tías; las monjas de su colegio. Únicamente de Jesús (...). De esta manera, me decía, identificó a Dios

con Jesús, y ni la vida, ni las lecturas, modificaron luego su pensamiento. Y el día que comulgó por primera vez tuvo conciencia de que había comido a Jesús, no a Dios Padre, ni al Espíritu Santo. Cristo era el cimiento (Delibes, 2009a: 601).

La primera referencia a la confesión de Ana se encuentra justo antes de plasmar el ideario religioso que acabamos de copiar de manera literal: “Tu madre conservó siempre viva la creencia. Antes de operarla confesó y comulgó” (Delibes, 2009a: 599). La última no es más que otra alusión a que comulgó estando ya muy enferma (Delibes, 2009a: 662). Más completa y detallada es la segunda alusión al sacramento. Como en tantas otras ocasiones, el sosiego parece ser el hecho motivador del acto:

Una tarde me comunicó que deseaba confesarse. No revistió con tintes sombríos su deseo: Iré a Madrid más tranquila, se justificó. Luego mencionó a Julio Bartolomé, el cura que os casó a Alicia y a ti. Salvo excepciones, a ella no le agradaban los curas. Antes de caer enferma, hablaba con desdén de las homilías mostrencas y pretenciosas, faltas de sencillez. No aceptó que Julio viniera a casa. ¿Por qué? Puedo ir yo a la parroquia perfectamente. (Delibes, 2009a: 654).

Los otros personajes que desean confesarse antes de morir están en *El hereje*. Se trata de condenados a muerte por la Inquisición que en el último momento reniegan del luteranismo y se abrazan de nuevo a los preceptos católicos. En concreto, el doctor Agustín Cazalla, si bien no se confiesa de manera explícita, se arrepiente públicamente mientras es llevado en burro a la hoguera:

-¡Bendito sea Dios, Bendito sea Dios, Bendito sea Dios! -Y como un alguacil se le acercara y lo empujara hacia el tabladillo, el Doctor, llorando y moqueando, continuó gritando: ¡Óiganme los cielos y los hombres, alégrese Nuestro Señor y todos sean testigos de que yo, pecador arrepentido, vuelvo a Dios y prometo morir en su fe, ya que me han hecho la merced de mostrarme el camino verdadero! (Delibes, 2009a: 1019).

De nuevo, el sentimiento de tranquilidad que deja tras de sí el arrepentimiento y la vuelta a la religión católica se hacen notar, esta vez en boca de los numerosos asistentes que contemplan el paseíllo de los condenados, quienes sostienen abiertamente que el hereje decide dar un paso atrás en sus creencias por miedo, por ese “por si acaso” al que hacía referencia el hermano de Miguel Delibes y que también hacía suyo el escritor:

-Entended y creed que en la tierra no hay Iglesia invisible sino visible -decía-. Y ésta es la Iglesia Católica, Romana y Universal. Cristo la fundó con su sangre y pasión y su vicario no es otro que el Sumo Pontífice. Y tened por seguro que aunque en aquella Roma se registraron todos los pecados y abominaciones del mundo, residiendo en ella el Vicario de Cristo, allí estaba el Espíritu Santo.

Le llamaban hereje, pelele, viejo loco, mas el lloraba y, en ocasiones, sonreía al referirse a su destino como a una liberación. Las mujeres se santiguaban e hipaban y sollozaban con él, pero algunos hombres le escupían y comentaban: “Ahora tiene miedo, se ha ensuciado los calzones el muy cabrón” (Delibes, 2009a: 1022).

El personaje principal de la última novela de Delibes, siguiendo los pasos de la mayoría de los condenados, también se arrepiente a última hora:

-Hermano Cipriano, aún es tiempo -dijo al fin-. Reducíos y afirmad vuestra fe en la Iglesia.

Los hombres silbaban. Cipriano entreabrió sus párpados hinchados y esbozó una tímida sonrisa. Tenía la boca seca y la mente borrosa. Levantó la cabeza y miró a lo alto:

-C... creo -dijo- en la Santa Iglesia de Cristo y de los Apóstoles.

El padre Tablares aproximó los labios a su mejilla y le dio la paz en el rostro:

-Hermano -suplicó-, decid Romana, solamente eso, os lo pido por la bendita pasión de Nuestro Señor (...).

-Si la Romana es la Apostólica, creo en ella con toda mi alma, padre -musitó (Delibes, 2009a: 1028-1029).

El arrepentimiento, ya atado al palo para ser quemado, resulta especialmente angustioso y postrero en el caso de fray Domingo de Rojas:

Entonces volvió a comparecer el padre Tablares, jesuita, que subió atropelladamente la escalera y tuvo un largo rato de plática con el penitente (...). Fray Domingo miraba a un lado y otro como desorientado, ausente, pero cuando el padre Tablares le habló de nuevo al oído, él asintió y proclamó, con voz llena y bien timbrada, que creía en Cristo y la Iglesia y detestaba públicamente todos sus errores pasados. Los curas y frailecillos acogieron su declaración con gritos y muestras de entusiasmo y se decían unos a otros: ya no es pertinaz, se ha salvado, en tanto el escribano, firme al pie del palo, levantaba acta de todo ello y la multitud enfurecida protestaba de la intervención de aquéllos (Delibes, 2009a: 1026-1027).

Un caso singular al que ya nos hemos referido con anterioridad y al que ahora nos adentramos es el de Rovachol (*La hoja roja*), personaje que antes de morir en la guillotina le preguntan si quiere confesar sus pecados. A diferencia de los casos anteriores, éste se mantiene fiel a sus ideas hasta el final y deniega del ofrecimiento: “Y, entonces, se aproximó el cura y le preguntó: Rovachol,

Dios te espera, ¿quieres confesar tus pecados? Pero Rovachol escupió y dijo: Los cuervos luego” (Delibes, 2008a: 516-517).

La confesión de los personajes que tienen la certeza que van a morir dentro de poco se debe más a un deseo de tranquilidad que a una fe real y sentida. Ana, por ejemplo, dice que quiere confesarse “sin tintes sobrios”, y para ello pregunta por un cura. El deseo de recibir el sacramento de Ana está más relacionado con su enfermedad que con una coherencia vital previa. Lo mismo sucede con Sisí, con Pepe y, en fin, con los personajes de *El hereje*. Todos parecen arrepentirse al final, quizás por ese mismo “por si acaso” al que el hermano de Delibes hacía referencia y que el propio escritor hizo propio. Por ello, el recurso de la confesión es más el asidero ardiendo al que se agarran los que van a morir que un acto de religión profunda y sentida. Ese asidero, no hay que negarlo, proporciona a los moribundos una sensación de tranquilidad que se repite con distintas palabras en casi todos los casos.

4.1.2. Extremaunción

Si la confesión es un sacramento que se recibe a petición del interesado, la extremaunción tan sólo precisa de un sacerdote que unge con óleo sagrado a los fieles que se hallan en peligro inminente de morir. Para la Iglesia Católica, ambos son sacramentos que limpian el alma de pecados y, por lo tanto, permiten al muerto alcanzar la vida eterna. En dos ocasiones se administra este sacramento en las novelas delibeanas: En *El camino* y en *El hereje*. En ambos casos el sacramento se administra cuando el personaje ya ha fallecido. Al niño Germán, el Tiñoso, ya le han anudado una toalla a su cráneo cuando don José, el

cura, le administra la Santa Unción (Delibes, 2007a: 426), mientras que cuando fray Hernando va a hacer lo propio con doña Catalina, ésta ya ha fallecido:

-La unción es suficiente, padre; ya no conoce.

Y en el momento en que el sacerdote iniciaba las preces, la barbilla de doña Catalina se desplomó sobre el pecho y quedó inmóvil, con la boca abierta. El doctor se adelantó hasta ella, le tomó el pulso y puso la mano de la esmeralda sobre su corazón. Se volvió a los asistentes:

-Ha muerto -dijo (Delibes, 2009a: 718).

4.1.3. Suicidas y camposanto

El binomio de los términos suicidio y camposanto no hace buena pareja en términos cristianos. Aunque la Iglesia no confirma nunca la condena eterna de ninguna persona, es verdad que es complicado casar a un suicida con la salvación eterna. Este asunto no se mantiene al margen de la novela delibeana, que en varias ocasiones plantea este conflicto, resolviéndose en todos los casos de la misma manera, como tendremos ocasión de comprobar a continuación.

Así, en *El camino*, después de que Josefa se tire al río en un acto de desamor, se plantea la duda de si puede ser enterrada en tierra sagrada o no:

Para enterrarla en el pequeño camposanto de junto a la iglesia hubo sus más y sus menos, pues don José no se avenía a dar entrada en él a una suicida y no lo consintió sin antes consultar al Ordinario. Al fin llegaron noticias de la ciudad y todo se arregló, pues, por lo visto, la Josefa se había suicidado en un estado de enajenación mental transitorio (Delibes, 2007a: 361).

Igualmente, en *Las guerras de nuestros antepasados*, cuando Pacífico explica al doctor el suicidio de su abuela (que era “muy religiosa”), éste sostiene que “algo debió de trascordarle la cabeza, oiga. Vamos, eso pienso yo, que ni don Prócoro, el cura, le negó tierra sagrada, ni nada” (Delibes, 2008b: 559).

Si las autoridades eclesiásticas justifican el enterramiento en lugar sagrado de los dos personajes vistos hasta ahora porque ambos se suicidan en un momento de enajenación, no sucede lo mismo en el caso del Paulino (*El disputado voto del señor Cayo*), cuyo acto no puede ser más premeditado. Sin embargo, el resultado final es el mismo: se le entierra en el cementerio católico. ¿Por qué? Por lo mismo, porque aunque sea un acto deliberado y al que incluso se le da publicidad, se considera que “tenía trastocada la cabeza”.

-¿Y le negó el cura tierra sagrada por suicida?

El señor Cayo parpadeó:

-De primeras, así fue, sí señor. Pero de que don Senén consultó a la capital, le dijeron que nones, que eso era lo antiguo, pero que ahora se tenía entendido que el que se quitaba la vida tenía la cabeza trastocada. O sea, le dieron tierra en el camposanto como es de ley (Delibes, 2008b: 816).

Por lo tanto, no sólo podemos concluir que en todos los casos en los que se duda acerca de la idoneidad de enterrar en el camposanto a un suicida se termina por aceptar su enterramiento cristiano, sino que en las tres ocasiones en las que esto sucede se justifica semejante decisión porque el suicido se ha cometido “en un estado de enajenación mental transitorio”, porque “algo debió de trastocarle la cabeza” y porque “tenía trastocada la cabeza”.

4.1.4. Epitafios

Aunque en las novelas de Delibes hay bastantes referencias a los epitafios que presiden el lugar de enterramiento del personaje, no todos ellos contienen palabras de índole religiosa, que es lo que nos ocupa en este punto. Sorprende que todos los epitafios religiosos figuren en la misma novela: *La hoja roja*. El primero está en la lápida de Diego Blanco Fanjul, en la que se puede leer: “¡Cree y espera! Propiedad de Diego Blanco Fanjul” (Delibes, 2008a: 612-613); el segundo en la de Trifón Lasalle, donde se pide “Jesús mío, misericordia” (Delibes, 2008a: 613); el tercero en la de Generoso González, donde se pide “Piedad, Señor, Piedad” (Delibes, 2008a: 614); el cuarto en la de Buenaventura Salgado, el párroco de San Ginés, que pone “Te sirvió, Señor, en la Tierra, dale tu descanso eterno” (Delibes, 2008a: 614); y el quinto y último en la tumba de Eutiquio Gomero: “Aquí yace en la paz del Señor” (Delibes, 2008a: 614).

El patrón común de todos estos epitafios (excepto del último) es que piden, cada cual a su manera, clemencia a Dios. Sin embargo, no debemos sobrevalorar este hecho ya que todas las inscripciones figuran en la misma novela y prácticamente seguidas, en un recorrido que el protagonista de *La hoja roja*, Eloy, hace en el cementerio.

4.1.5. Oraciones finales

Los rezos de los familiares o del sacerdote ante el personaje muerto son una constante en la novela de Delibes. Los velatorios, los funerales y los entierros son lugares en los que el novelista aprovecha para mencionar la forma en que la tradición católica española ofrece las últimas oraciones a sus muertos para que estos alcancen la salvación eterna. Así sucede en *La sombra del ciprés es alargada*: “Elegar al Cielo nuestras plegarias en una piadosa intercesión por su alma” (Delibes, 2007a: 114), en *El camino*: “Vibraba con unos acentos lúgubres la voz de don José, esta tarde, bajo la lluvia, mientras rezaba los responsos: -*kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis...*” (Delibes, 2007a: 433), en *Mi idolatrado hijo Sisi* (Delibes2007a: 638), en *Diario de un emigrante* (Delibes, 2008a: 226), en *La hoja roja*: “Y cuando murió encargué un novenario de misas” (Delibes, 2008a: 574), en *Las ratas*: “Inclina, Señor, tu oído a nuestras súplicas con las que imploramos tu misericordia a fin de que pongas en el lugar de la paz y la luz al alma de tu siervo Rufo al cual mandaste salir de este mundo. Por Nuestro Señor Jesucristo...” (Delibes, 2008a: 744), en *Los raíles*: “Al concluir de rezar, Teo se levantó, le besó dulcemente en la frente y dijo como para sí: Dios te guarde, maestro” (Delibes, 2008a: 868), en *Cinco horas con Mario*: “Rezando el Señormíojesucrito, natural, que no es que se lo censure, entiéndeme, que me parece lógico, pero vosotros, con tal de hacer una frase, sois capaces de poner en evidencia hasta a los muertos” (Delibes, 2008b: 179), en *Parábola del naufrago*, (Delibes, 2008b: 342), en *Madera de héroe*: “Mamá Zita encargó un novenario de misas a don Urbano por la muchacha” (Delibes, 2009a: 398) y en *El hereje*:

“Una vez en la iglesia, formados en torno al difunto, el Escriba levantó la batuta y les dio el tono para iniciar el *Dies irae*” (Delibes, 2009a: 791).

4.2. Personaje histórico

Sorprende la cantidad de personajes históricos cuya muerte Delibes menciona en sus novelas⁵³. En concreto, de los trescientos sesenta y cuatro decesos, cuarenta se refieren a personajes que han existido en la vida real y han pasado a la historia. Obviamente, las referencias a este hecho se limitan, por norma general, a una mera cita o mención. Así, en diez novelas aparece al menos un muerto histórico, que se distribuyen entre músicos, políticos, militares y religiosos.



⁵³ Sí (cuarenta) y No (trescientos veinticuatro).

Entre los primeros se cita a Emma Abbot⁵⁴ (*La hoja roja*), Julián Gayarre⁵⁵ y Adelina Patti⁵⁶ (*La barbería*), Antonio Machín⁵⁷ y Carlos Gardel⁵⁸ (*Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*). Los políticos van desde el zar Alejandro II⁵⁹ hasta James A. Garfield⁶⁰ (*La barbería*), Primo de Rivera⁶¹ y José Calvo Sotelo⁶² (*Madera de héroe*), Rodrigo de Tordesillas⁶³, Padilla, Bravo y Maldonado⁶⁴ y Carlos V⁶⁵ (*El hereje*) y, en dos ocasiones, el general Franco⁶⁶ (*El disputado voto del señor Cayo* y *El tesoro*). A este último se hace referencia como el Viejo (Delibes, 2008b: 770) en la primera novela, mientras que en la segunda se establece una dramática y angustiosa carrera por saber quién morirá antes: Franco o Ana, falleciendo finalmente esta última un año antes que el dictador.

Los militares históricos a cuya muerte Delibes hace referencia se limitan al general Prim⁶⁷ (*Los raíles*) y a Manuel Fernández Silvestre⁶⁸ (*Las guerras de nuestros antepasados*), mientras que los religiosos están más presentes. Estos van desde el Papa Juan XXIII (*Cinco horas con Mario*), hasta Lázaro⁶⁹ y el propio Jesucristo (*Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* y *El hereje*). El resto de personajes religiosos se concentran en *El hereje*, novela en la que las figuras reformistas y sus seguidores tienen un papel clave en la trama, como son doña Leonor de Vivero; el predicador decapitado

⁵⁴ Cantante de ópera estadounidense (1850-1891).

⁵⁵ Tenor español (1844-1890).

⁵⁶ Soprano italiana (1843-1919).

⁵⁷ Cantante cubano (1903-1977).

⁵⁸ Cantante, compositor y actor (1890-1935).

⁵⁹ Zar (víctima de un atentado el 13 de marzo de 1881)

⁶⁰ Presidente de los Estados Unidos (1831-1881).

⁶¹ Dictador español.

⁶² Político español (1893-1936).

⁶³ Regidor segoviano ahorcado por los comuneros.

⁶⁴ Comuneros decapitados en Villalar (Valladolid) en 1521.

⁶⁵ Rey (1500-1558).

⁶⁶ Dictador español (1923-1975).

⁶⁷ Militar y político liberal español que llegó a ser presidente del Consejo de Ministros de España (1814-1870).

⁶⁸ Militar español, comandante de Ceuta y de Melilla y principal responsable del Desastre de Annual. Muere el 22 de junio de 1921.

⁶⁹ Podemos dudar del milagro, pero no de la existencia de Lázaro.

Thomas Münther; el líder de los anabaptistas Hutter (Torres de Castilla, 1864: 1004), el religioso italiano Santo Tomás de Aquino; el clérigo español de tendencia humanista y erasmista doctor Agustín Cazalla; su hermana Beatriz y sus hermanos Francisco y Pedro (Álvarez, 2010: 212); el presbítero de Palencia Alfonso Pérez; Juan Sánchez⁷⁰; Cristóbal de Padilla⁷¹; Antonio Herrezuelo⁷²; Juan García⁷³; el dominico Fray Domingo de Rojas⁷⁴ y Eufrosina Ríos⁷⁵. Fuera de toda posible categorización nos encontramos con otros personajes históricos tales como el líder de los anabaptistas Hutter (Torres de Castilla, 1864: 1004), doña Leonor de Vivero y Carlos de Seso⁷⁶.

Como hemos indicado al principio de este apartado, la importancia de estas citas históricas se limita, por norma general, al encuadre histórico de los hechos novelados en una época determinada de nuestra historia. Eso sucede principalmente en *El hereje*, ya que al tratarse de un texto basado en acontecimientos que sucedieron en el Valladolid de la Inquisición, el novelista se sirve de personajes reales para narrar unos acontecimientos que realmente sucedieron: “Cipriano Salcedo está rodeado de personajes históricos cuya vida -y muerte- está suficientemente documentada (...). Todos menos ese Cipriano Salcedo cuyo nombre no figura en acta alguna de la Inquisición de la época” (Buckley, 2012: 189).

⁷⁰ “Fue condenado á relajacion por luterano impenitente y dogmatizante. Se le condujo con mordaza, que conservó hasta ser atado en el quemadero. No habiendo querido confesarse se encendió la hoguera” (Llorente, 1822: 212).

⁷¹ “El 15 de abril de 1558, Doña Antonia Mella declaró que Cristóbal de Padilla le había dado á leer unos cuadernos manuscritos de doctrina luterana” (Valle, 1868: 299).

⁷² Murió sin exhalar una queja, “con una tranquilidad heroica” (Féreal y Cuendias, 1870: 869).

⁷³ “Platero de Valladolid, denunciado por su mujer y quemado como luterano” (Nin, 1855: 58).

⁷⁴ “Fue preso fray domingo de Rojas, en hábito de seglar” (González Novalín, 1982: 190).

⁷⁵ “Religiosa en Valladolid” (Nin, 1855: 39).

⁷⁶ “Entre los condenados se notaba á Don Carlos de Seso, noble de Verona, hijo del obispo de Plasencia, en Italia, de una de las primeras familias de aquel pais. Pasaba por un hombre muy sabio, y que habia hecho grandes servicios al emperador Carlos Quinto. Preso en Logroño, fué llevado á las cárceles secretas de Valladolid, y un año después se le avisó que se prepararse para morir el dia siguiente” (Rodríguez Burón, 1823: 14).

CUARTA PARTE

CONCLUSIONES

Si la muerte es un tema que copa la literatura universal, en el caso de Miguel Delibes se trata de una idea obsesiva que inunda ya no solo sus novelas, sino incluso su experiencia vital. Ya desde su más remota infancia el novelista vallisoletano presentía la pronta llegada de la muerte en la figura de su padre, mientras que en su primera novela aborda la sensación de soledad que deja a su paso el fallecimiento de un ser querido. Cuando un escritor de la talla de Delibes lanza al aire las semillas de una obsesión, lo menos que se puede hacer es voltearlas convenientemente para que asienten en terreno fértil y salga el fruto. Y eso es lo que hemos hecho: ordenar meticulosamente la simiente mortuoria para extraer conclusiones concretas. ¿Cómo se plasma en sus novelas esa idea fija? ¿Es frecuente? ¿Evita su obsesión o se enfrenta a ella? ¿Se regocija o pasa de puntillas?

En concreto, nuestro trabajo de investigación contribuye al conocimiento del tratamiento mortuorio que Delibes lleva a cabo en sus novelas, después de haber analizado ésta desde el punto de vista del sujeto que la sufre y de la causa que la provoca, así como otros aspectos circunstanciales que giran en torno a la muerte y que la trascienden, como es el punto de vista religioso o el funeral y el entierro, en su caso.

Para ello, se antojaba imprescindible ordenar convenientemente todos y cada uno de los fallecimientos que se suceden a lo largo de la novela delibeana, así como extraer el mayor número de datos posibles que se esconden detrás de cada deceso. Sólo de esta manera seríamos capaces de obtener conclusiones que sirvan para contribuir al

conocimiento detallado de un tema tan literario como es la muerte en un autor tan mortuorio como es Delibes.

Así, después de haber estudiado en profundidad todas las muertes a las que se hace referencia en las novelas de Delibes que son objeto de análisis de esta investigación, podemos concluir que:

1. La muerte es un tema recurrente en las obras de Delibes. En concreto, en las 26 novelas estudiadas aparecen trescientos sesenta y cuatro muertos, todos ellos distribuidos de manera más o menos homogénea en las obras, por lo que la conclusión de la frecuencia es válida en su conjunto. La muerte es parte esencial de las novelas de Delibes y su papel es determinante en la mayoría de ellas. Sin embargo, el dato más relevante en este aspecto no es solo que diecinueve personajes principales pierdan la vida, sino que en quince de las veintiséis novelas muere al menos un personaje protagonista de la trama. Por eso, se antoja complicado comprender la novela delibeana sin la muerte como elemento aglutinador de la mayoría de sus novelas. ¿Cómo imaginar *La sombra del ciprés es alargada* sin la hemoptisis que acaba con la vida del joven Alfredo? ¿Cómo *El camino* sin la caída de Germán, el Tiñoso? ¿Cómo *Mi idolatrado hijo Sisí* sin el suicidio de Cecilio Rubes? ¿Cómo *Las ratas* sin el asesinato de Luis, el de Torrecillóriga, de manos del Ratero? ¿Cómo *Los nogales* sin las caídas de los portadores? ¿Cómo *Los santos inocentes* sin el crimen del Azarías? Y, en fin, ¿cómo *Cinco horas con Mario* sin Mario, *Señora de rojo sobre fondo gris* sin Ana o *El hereje* sin los condenados a la hoguera?

Por lo dicho, muchas novelas delibeanas finalizan con la muerte de su personaje principal. Esto sucede en diez de sus novelas, en las que el deceso precipita el desenlace de la obra. En otras ocasiones, si bien no existe relación causal entre final y muerte, esta

es la justificación y esencia de la obra, tal y como ocurre en *La mortaja*, *Cinco horas con Mario*, *Las guerras de nuestros antepasados* y *Señora de rojo sobre fondo gris*.

En todo caso, la muerte y su identificación con el final de la novela va más allá del gusto delibeano por finalizar sus obras con el fallecimiento de un personaje principal. Y va más allá porque la muerte del protagonista se antoja necesaria teniendo en cuenta el desarrollo novelístico. Las muertes de los personajes principales no son accesorias a la trama, sino acontecimientos de relevancia primordial en la obra, ya que sin ellas el hilo argumental no sería creíble por incompleto. Delibes piensa la muerte y después escribe la novela. Por eso, no es difícil concluir que nuestro autor crea un personaje para matarlo, y en los casos en los que esto no sucede, la muerte ocupa un lugar tan determinante en la obra que no podría omitirse sin menoscabo de la trama.

2. El perfil del muerto es el de un hombre adulto cuyo papel en la novela es meramente testimonial. En concreto, de los trescientos sesenta y cuatro muertos, doscientos cuarenta y uno son hombres (66%), 285 adultos (78%) y doscientos setenta y cinco tan solo aparecen de manera ocasional (76%). Aunque en el conjunto de las muertes los niños tan solo representan el 6% del total, en el 57% de las novelas muere, al menos, uno. Por lo dicho, podemos afirmar que si bien la cantidad de muertes infantiles es baja (veintitrés), su frecuencia es alta si nos atenemos a la distribución en las novelas, en las que en la mayoría muere prematuramente algún personaje. En todo caso, la mayoría de las obras en las que Delibes termina con la vida de algún niño no perderían un ápice de su significado si se omitiera dicha muerte. Por ello, hay que matizar aquí la afirmación del novelista al referirse a la relación infancia y muerte en su obra literaria como algo “demasiado frecuente”: Es frecuente, es cierto, pero no relevante.

3. Muertes violentas. De las trescientas sesenta y cuatro muertes, ciento cincuenta y siete se deben a causas naturales o no explícitas, mientras que el resto (doscientas siete) están provocadas por algún hecho no natural. Si a esa cifra le restamos los decesos que son consecuencia de una enfermedad, el número total de causas mortuorias que se deriva de manera directa de un suceso violento asciende a ciento cuarenta. Que el 49% de los personajes de la obra de un novelista mueran de manera violenta (asesinato, suicidio, accidente, guerra, ajusticiamiento, etc.) es un dato importante a tener muy en cuenta por su especificidad respecto a otros escritores del panorama literario. Con esa cifra sobre la mesa, no podemos tener reparos en afirmar que las tipologías mortuorias de la obra delibeana, además de ser variadas y elevadas, son específicas. Delibes no mata a sus personajes únicamente por exigencias del guión (que también), sino que aprovecha la necesidad de terminar con la vida de alguien para recrearse en el momento y tipo de muerte al que le somete.

De todas las muertes violentas, la más repetida es la que sucede en tiempo de guerra (mayoritariamente en la guerra civil española), lo que demuestra una vez más ese gusto de Delibes por hacer referencias a los conflictos bélicos para dejar constancia del rastro desolador que dejan a su paso. Por detrás de las 53 muertes en guerra están los 37 personajes que fallecen asesinados. Los métodos en los crímenes son tan diversos que resulta imposible extraer un patrón común, si bien podemos concluir en este aspecto dos conclusiones importantes: Aunque en la mayoría de las veces el asesino es un sujeto desconocido, en el 14% de las ocasiones se trate del personaje principal de la novela. En segundo lugar podemos confirmar que los asesinos bien son hombres (65%), bien personajes desconocidos (35%), pero en ningún caso mujeres.

4. El velatorio y el funeral se describen de manera pormenorizada en doce novelas, afectando a veinte personajes (5%). En concreto, de todos los personajes respecto a los que se hace una descripción de su velatorio y/o funeral, ocho desempeñan un papel principal en la novela, siete son mujeres y dos niños; el resto secundarios o citados, hombres y adultos. Los entierros, por su parte, se describen también en el 5% de los casos, un porcentaje idéntico que en el caso de los velatorios y funerales, si bien el número de ocasiones en las que esto sucede es algo menor. De las catorce veces en las que se describe el entierro, cuatro corresponden a personajes principales, mientras que solo en dos casos afecta a niños.

5. Aspecto religioso. Aunque Delibes estuviese bastante más cerca de ser calificado como un católico poco militante que como un hombre devoto, la religión está muy presente en todas sus novelas. El consuelo que ofrece la esperanza de que la vida no termine en primera instancia se plasma tanto en ese “por si acaso” con el que Delibes dejaba abierta la puerta a la fe como en esas cifras que desvelan una preocupación novelística constante por el más allá y, en concreto, por una visión católica de la muerte. La confesión de quien sabe que va a morir más antes que después, la presencia de un sacerdote en los últimos momentos de vida, la administración de la extremaunción y, en fin, las oraciones que ruegan a Dios la salvación del alma del moribundo no son más que síntomas que demuestran que Delibes, también en su vida novelesca, estaba preocupado por un asunto tan natural como es lo sobrenatural.

En concreto, en el 15% de las ocasiones en las que muere un personaje la religión hace su presencia de alguna o de otra manera, ya sea antes del deceso o inmediatamente después: Antes en forma de confesión y después en forma de oraciones. Es francamente llamativa por su elevada presencia la cantidad de veces que los

personajes reciben el sacramento de la confesión pocos días, o incluso minutos, antes de morir. El deseo explícito de confesarse revela de manera clarividente la preocupación que Delibes tenía por el hecho religioso católico y en concreto por la salvación del alma. Lo demuestra el hecho de que hasta doce personajes manifiestan su deseo de recibir el sacramento a modo de última voluntad, mientras tan solo uno reniega de esa posibilidad.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso de los Ríos, C. (2010). *Soy un hombre de fidelidades. Conversaciones con Miguel Delibes*. Madrid: La esfera de los libros.

Álvarez, S. (2010). *La España de la Inquisición (I)*. León: Lulu.com.

Ambassa Lascidyl, C. (2000). The meaning of the triptych “woman-child-dead” en *El hereje* by Miguel Delibes, *Aula 12, Ediciones Universidad de Salamanca*: 213-222.

Bardin, L. (2002). *Análisis de contenido*. Madrid: Akal universitaria.

Bellini, G. (2007). “Prólogo”, en Delibes, M., *Obras completas I. El novelista, I (1948-1954)*. Barcelona: Ediciones Destino: LIX-LXXIV.

Buckley, R. (2012). *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo. La biografía intelectual del gran clásico popular*. Barcelona: Ediciones Destino.

Cela, C. J. (2009). *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Ediciones Destino.

- (2007). *La colmena*. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas).

Covaleda, A. (23 de agosto de 1948). A la sombra divertida de la vida literaria. *Arriba*.

Cruz, J. (2010). “Yo he dicho a menudo que soy un cazador que escribe”, en http://www.http://cultura.elpais.com/cultura/2010/03/12/actualidad/1268348407_850215.html (27 de abril de 2015).

Cuadrado Gutiérrez, A. (2011). Memoria, soledad y muerte en *La hoja roja*, de Miguel Delibes, *Castilla. Estudios de Literatura*: 73-90.

Cuevas García, C. (director) y Baena, E. (coordinador). (1992). *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Delibes de Castro, G. (2009). “Cuatro décadas de caza con mi padre”, en Delibes, M., *Obras completas V. El cazador*. Barcelona: Ediciones Destino: IX-XXXI.

Delibes, M. (2007a). *Obras completas I. El novelista, I (1948-1954)*. Barcelona: Ediciones Destino.

- (2007b). *Obras completas VII. Recuerdos y viajes*. Barcelona: Ediciones Destino.

- (2008a). *Obras completas II. El novelista, II (1953-1962)*. Barcelona: Ediciones Destino.

- (2008b). *Obras completas III. El novelista, III (1964-1978)*. Barcelona: Ediciones Destino.

- (2009a). *Obras completas IV. El novelista, IV (1981-1998)*. Barcelona: Ediciones Destino.
- (2009b). *Obras completas V. El cazador*. Barcelona: Ediciones Destino.
- (2010). *Obras completas VI. El periodista. El ensayista*. Barcelona: Ediciones Destino.

Diccionario de la Real Academia Española (RAE), en <http://www.rae.es> (24 de julio de 2015).

Eco, U. (1989). *Cómo se hace una tesis. Técnicas de procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Madrid: Círculo de lectores.

Féreal, V. y Cuendias, M. (1870). *Misterios de la Inquisición de España (II)*. Barcelona: Juan Pons.

Fernández Novalín, J. L. (1982). *El inquisidor general Fernando de Valdés (1483-1568). Cartas y documentos*. Oviedo: Universidad de Oviedo.

García de la Concha, V. (2008). “Prólogo”, en Delibes, M., *Obras completas III. El novelista, III (1964-1978)*. Barcelona: Ediciones Destino: IX-XLII.

García Domínguez, R. (2005). *El quiosco de los helados: Miguel Delibes de cerca*. Barcelona: Ediciones Destino.

- (2007). “Introducción. Ellos son, en buena parte, mi biografía”, en Delibes, M., *Obras completas I. El novelista. I (1948-1954)*. Barcelona: Ediciones Destino: XIX-LVIII.
- (2010). *Miguel Delibes de cerca*. Barcelona: Ediciones Destino.

Giménez-Rico, A. (director). (1986). *El disputado voto del señor Cayo* (cinta cinematográfica). España: Producciones Cinematográficas Penélope.

- (1997). *Las ratas* (cinta cinematográfica). España: Teja Films.

Goñi, J. (1985). *Cinco horas con Miguel Delibes*. Madrid: Anjana.

Guerrero Ruiz, P. (1996). *Aproximación textual a la literatura infantil en Miguel Delibes*. La Coruña: Universidade da Coruña.

Gutiérrez C. (2011). *Literatura española desde 1939 hasta la actualidad*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces.

Instituto Nacional de Estadística (INE), en <http://www.ine.es> (24 de julio de 2015).

Laforet, C. (2011). *Nada*. Barcelona: Ediciones Destino.

Llorente, J. A. (1822). *Historia crítica de la Inquisición de España*. Madrid: Imprenta del Censor.

Millán Jiménez, M. C. (2011). *Textos literarios contemporáneos. Literatura española de los siglos XX y XXI*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces.

Neuschäfer, H-J. “Cualquier desahogo intimista me repugna. Delibes en sus escritos autobiográficos y en sus libros de viajes”, en Delibes, M., *Obras completas VII. Recuerdos y viajes*. Barcelona: Ediciones Destino: XIII-XXXI.

Nin, J. M. (1855). *Secretos de la Inquisición: Novela española histórica*. Barcelona: Joaquín Bosch.

Reid, W. y Sherman, E. (1994). *Qualitative research in social work*. New York: Columbia University Press.

Rodríguez Burón. (1823). *Compendio de la historia crítica de la Inquisición de España (II)*. París: Tournachon-Molin.

Ruiz Olabuénaga, J. I. (2003). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Sáiz Ripoll, A. *La muerte en la Literatura. Siglos XIX y XX*, en <http://www.islabahia.com/arenaycal/2005/10octubre/anabel120.htm> (24 de julio de 2015).

Salinger, J. D. (1999). *El guardián entre el centeno*. Madrid: Alianza Editorial.

Sánchez, J. F. (2010). “Prólogo”, en Delibes, M., *Obras completas VI. El periodista. El ensayista*. Barcelona: Ediciones Destino: XV-XLIX.

Sanz Villanueva, S. (2011). *Historia de la literatura española 6/2. Literatura actual*. Barcelona: Ariel.

- (2010). *La novela española bajo el franquismo. Itinerarios de la anormalidad*. Madrid: Editorial Gredos (RBA).

Sobejano, G. (2008). “El ritmo de la compasión”, en Delibes, M., *Obras completas II. El novelista, II (1953-1962)*. Barcelona: Ediciones Destino: IX-XXIII.

- (2003). El lugar de Miguel Delibes en la narrativa de su tiempo. *Siglo XXI*, 1: 175-187.

- (1975). *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)*. Madrid: Editorial Prensa Española.

Soler Serrano, J. (1981). *A fondo, de la A a la Z*. Barcelona: Plaza&Janés.

Sotelo Vázquez, M. (2012). Miguel Delibes: Mis personajes iban redondeando su vida a costa de la mía, en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/miguel-delibes-mis-personajes-iban-redondeando-su-vida-a-costa-de-la-mia/html/eac8b764-c0eb-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html (24 de julio de 2015).

- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (2000). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Torres de Castilla, A. (1864). *Historia de las persecuciones políticas y religiosas (III)*. Barcelona: Imprenta y Librería de Salvador Manero.
- Torres Nebrera, G. (1992). “Arcadia amenazada: Modulaciones sobre un tema en la narrativa de Miguel Delibes”, en Cuevas García, C. (director), y Baena, E. (coordinador). *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Trapiello, A. (2009). “Supervivientes. Sobre el último Delibes”, en Delibes, M., *Obras completas IV. El novelista, IV (1981-1998)*. Barcelona: Ediciones Destino: IX-XXIII.
- Urrutia, J. (2007). “Introducción”, en Cela, C. J., *La colmena* (15ª ed.). Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas): 9-31.
- Valle, D. G. (1868). *Anales de la Inquisición desde que fué instituido aquel tribunal hasta su total extinción en el año 1834*. Madrid: Imprenta de Gregorio Hernando.
- Villanueva, D. (2001). Seis claves para Delibes, *Universidad de Santiago de Compostela*: 149-173.

Ynduráin, D. (2004). *Época contemporánea: 1939-1980* (2ª edición). Volumen VIII de
Rico, F. (director) (1980), *Historia y crítica de la Literatura española*.
Barcelona: Crítica.

ANEXO I

1. LA SOMBRA DEL CIPRÉS ES ALARGADA (1948)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	23
1																2
2																1
3																$12+2+6=20$
4																$8+2+6=16$
5																7
6																
7																2
8																$12+2+6=20$
9																1
10																6
11																
12																
13																
14																1
15																
16																
17																1
18																1
19																
20																
21																
22																
23																
24																
25																
26																
27																
28																
29																
30																
31																
32																
33																
34																
35																1
36																
37																
38																
39																
40																1
41																
42																
43																
44																
45																
46																
47																
48																1
49																1
50																
51																
52																
53																
54																
55																
56																
57																
58																
59																
60																
61																
62																
63																
64																
65																
66																
67																
68																
69																$3+2+6=11$
70																
71																
72																
73																
74																1
75																
76																
77																
78																
79																
80																$14+2+6=22$
81																
82																1
83																$11+6=17$
84																$2+2=4$
85																2
86																1
87																
88																8

1. Jaime, padre de Pedro.

88: Páginas 10 y 181.

2. María, madre de Pedro.

88: Páginas 10, 30, 40 y 181.

3. Bruja.

88: Personaje onírico. Página 70.

4. Manolito García.

88: Epitafio. Página 76.

5. Desconocida.

85: Páginas 78 y 83.

6. Alfredo.

7: 12 años. Página 117.

82: Páginas 113 y 114.

85: Página 115.

86: Constante en velatorio y entierro. Por ejemplo, Alfredo se confiesa y comulga pocos días antes de morir (página 107, 3º párrafo) y durante el velatorio rezan para “elevar al Cielo nuestras plegarias en una piadosa intercesión por su alma, que era lo único que pervivía” (página 114, 3º párrafo).

88: Enterrarle bajo un pino. Página 108 y 120.

88: Pedro se queda solo en el cementerio con Lesmes, como en *El camino*. Página 119.

7. Desconocido.

84: Le atan un ancla a los pies y le entierran en el mar. Página 155.

88: Le come una gaviota. Página 154.

8. Tres desconocidos.

84: Enterrados tres en el mar. Página 155.

9. Siete desconocidos.

88: Encuentran los restos de otros siete naufragos. Página 156.

10. Estefanía.

Muerte: Página 218.

11. Leonor.

Muerte: Página 218.

12. Desconocido.

Muerte: Muere en una riña, pero no se dice cómo. Página 240.

13. Desconocida.

88: Murió “martirizada” por la mala vida de su marido y tras la muerte de su hijo.

Ponemos muerte desconocida porque el martirio no es una causa de muerte. Se refiere a que murió de sufrimiento, que tampoco es una causa de muerte. Página 240.

14. Desconocido.

Muerte: Página 240.

15. Jane.

88: Estaba embarazada. Está saludando a su marido cuando pierde el control del coche y éste se precipita al mar y se hunde. Llevaba cuatro meses casada. Página 279.

2. AÚN ES DE DÍA (1949)

	1	2	3	4	5	6	7	8	8
1									
2									4
3									4
4									6
5									2
6									
7									2
8									6
9									
10									3
11									
12									2
13									
14									1
15									2
16									
17									1
18									
19									1
20									1
21									1
22									
23									
24									
25									
26									
27									
28									
29									
30									
31									
32									
33									
34									
35									1
36									
37									
38									
39									
40									
41									1
42									
43									
44									
45									
46									
47									
48									
49									
50									
51									
52									
53									
54									
55									
56									
57									
58									
59									
60									
61									
62									
63									
64									
65									
66									
67									
68									
69									
70									
71									
72									
73									
74									
75									
76									
77									
78									
79									
80									8
81									
82									
83									5
84									3
85									
86									1
87									
88									7

1. Padre de Sebastián.

Muerte: Página 824.

88: Visitan su losa en el cementerio el 1 de noviembre. Página 839.

2. Zoa, abuela de Aurora.

Muerte: Página 960.

86: “Se había confesado esta mañana”. Página 960.

88: Amortajan a la abuela antes de que muera, no vaya a pasar como pasó con el abuelo, que después de muerto estaba muy rígido y les costó amortajarle. Páginas 958 y 959.

3. Abuelo de Aurora.

Muerte: Página 959.

4. La Germana.

Muerte: Página 986.

88: Se ahorca después de matar al hijo que acababa de dar a luz estando soltera.

5. Hijo de la Germana.

Muerte: Página 984.

88: La censura suprimió la descripción del infanticidio, pero Delibes decidió incluirlo en la versión definitiva de la novela.

6. Hijo de Irene.

88: Delito onírico. Página 987.

7. Emeterio.

Muerte: Página 1.009.

8. Benjamín Conde.

Muerte: Página 1.036.



3. EL CAMINO (1950)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	9
1										1
2										1
3										7
4										3
5										6
6										
7										1
8										7
9										1
10										4
11										
12										
13										
14										
15										
16										
17										
18										
19										
20										
21										
22										
23										
24										
25										
26										
27										
28										
29										
30										
31										
32										
33										
34										
35										
36										1
37										
38										
39										
40										
41										
42										1
43										
44										
45										
46										
47										
48										
49										
50										1
51										
52										
53										
54										
55										
56										
57										
58										
59										
60										
61										
62										
63										
64										
65										
66										
67										
68										
69										1
70										
71										
72										
73										
74										
75										1
76										
77										
78										
79										
80										6
81										2
82										1
83										5
84										3
85										1
86										2
87										
88										5

1. Madre del Moñigo.

Muerte: Páginas 299 y 334.

2. Padre de las Guindillas.

88: Decían que falleció de pena por no tener un hijo varón. Pongo que murió por causas desconocidas porque es imposible morir de pena. Página 318.

3. Madre de las Guindillas.

Muerte: Página 318.

4. Guindilla del medio.

88: Pone que murió de desidia, pero pongo que murió por causas desconocidas porque es imposible morir de desidia. Página 319.

88: Tanto en el velatorio como en el entierro las hermanas reprochan su manera de ser y dicen que no hace falta que lloren por ella porque era la peor de las hermanas. Página 319.

5. Micaela.

Muerte: Página 344.

6. Mariuca.

Muerte; Página 358

81: Página 362.

88: Muere semana y media después de dar a luz.

7. Josefa.

86: Había dudas de si le tenían que enterrar en el cementerio o no por ser una suicida.

Al final la entierran en el cementerio porque el Ordinario dijo que era una enajenación mental transitoria. Página 361.

88: Se suicida tirándose desnuda al río desde el puente el mismo día en que Quino, el Manco, se casa con Mariuca. Estaba enamorada de Quino, el Manco.

8. Desconocido.

84: Está enterrado, según dicen, en un prado. Página 378.

9. Germán el Tiñoso.

Muerte: Página 425.

82: Páginas 426 y 428.

85: Páginas 431 y 432.

86: Extremaunción. Página 426.

86: Rezos en el cementerio. Página 433.

88: Daniel, el Mochuelo, deposita dentro del féretro y sin que nadie se entere un tordo durante el velatorio. Los del pueblo, menos el cura, lo consideran un milagro porque al Tiñoso le gustaban mucho los pájaros. Página 428.

88 Otras. Cada vez que durante el entierro alguien echa una moneda en la arpillera, el cura reza una oración por Germán, el Tiñoso. Página 434.

4. MI IDOLATRADO HIJO SISÍ (1953)

	1	2	3	4	5	6	7 (*)	8	9	10 (*)	11	12	13	14	15	16	17	18	19	21	
1																					2
2																					4
3																					13+1+1=15
4																					13+1=14
5																					6+1=7
6																					
7																					2
8																					14+1+1=19
9																					
10																					8
11																					
12																					
13																					
14																					
15																					
16																					
17																					
18																					
19																					
20																					
21																					
22																					
23																					
24																					
25																					
26																					
27																					
28																					
29																					
30																					
31																					
32																					
33																					
34																					
35																					
36																					
37																					2
38																					
39																					
40																					
41																					
42																					
43																					1
44																					
45																					
46																					
47																					
48																					
49																					
50																					
51																					1
52																					1
53																					2+1=3
54																					
55																					
56																					
57																					
58																					
59																					1
60																					
61																					
62																					
63																					
64																					
65																					
66																					
67																					
68																					
69																					2+1=3
70																					
71																					
72																					
73																					
74																					
75																					1
76																					
77																					
78																					
79																					
80																					18+1+1=20
81																					
82																					1
83																					18+1+1=20
84																					1
85																					
86																					2
87																					
88																					9+1=10

1. Eusebio, padre de Adela.

Muerte: Página 460 y 483.

2. Alejandro, abuelo de Cecilio.

Muerte: Páginas 464 y 502.

88: Pone que “su abuelo se mató, simplemente, de cansancio, hastío y aburrimiento”.

Obviamente, se refiere a las causas que le llevaron al suicidio.

3. Enriqueta, prima de Adela.

Muerte: Página 482. “Murió del pecho”. Página 483. Pongo causa de la muerte no explícita porque no se sabe a qué se refiere. Ver también páginas 489 y 490.

4. Madre de Adela.

Muerte: Página 483.

5. Padre de Cecilio.

Muerte: Página 500.

88: Trasvasan su cuerpo al panteón nuevo. Página 638.

6. Hermano de Cecilio.

Muerte: Página 501.

88: Digo que es hombre porque pone “hijo”. Lo considero como masculino y no como genérico. Si fuese niña diría hija.

7. Dos desconocidas.

Muerte: Página 547.

88: Llama indistintamente peste o gripe. Páginas 551 y 547.

88: Epidemia de peste en la ciudad. Dicen que hay varios casos de enfermos de gripe enterrados vivos. Página 547.

8. Desconocido.

Muerte: Página 553.

9. Anciana.

Muerte: Página 563.

88: Noticia de periódico.

10. Dos desconocidos.

Muerte: Página 563.

88: Noticia de periódico.

11. Padre de la profesora.

Muerte: Página 619.

12. Madre de Ventura Amo.

Muerte: Página 629.

88: Dice que murió de la gripe, a la que equipara con la peste.

13. Ramona, madre de Cecilio.

Muerte: Página 639.

86: El párroco va a la habitación y habla un rato con la enferma. Página 638.

88: Estrena panteón. El día antes de su muerte trasladan el cadáver de su marido al nuevo panteón. Página 638. “No pongáis otros féretros encima del mío, me ahogaría”.
Página 639. Por esto, aunque es cierto que se cita una circunstancia del entierro por boca de la propia muerta antes de morir, pongo que no se cita porque tan sólo es un deseo de una persona antes de morir.

14. Valentín el contable.

Muerte: Página 680.

15. Magistrado Lozano.

Muerte: Página 680.

16. Fidel Amo.

Muerte: Página 680.

17. Mariano, hijo del general.

Muerte: Páginas 711, 712 y 726.

18. Sisí.

Muerte: Páginas 750 y 752.

82: Páginas 751 y 756.

84: Página 763.

86: Se confesó el día anterior. Página 752.

88: Deja a Paulina (un ligue) embarazada. Página 765.

19. Cecilio Rubes.

Muerte: Página 769.

5. LA PARTIDA (1954)

	1	2	3	4	4
1					
2					
3					4
4					2
5					2
6					
7					1
8					3
9					
10					4
11					
12					
13					
14					
15					
16					
17					
18					
19					
20					
21					
22					
23					
24					
25					
26					
27					
28					
29					
30					
31					
32					
33					
34					
35					
36					
37					
38					
39					
40					
41					
42					
43					
44					
45					
46					
47					
48					
49					
50					
51					
52					
53					
54					
55					
56					
57					
58					
59					
60					
61					
62					
63					
64					
65					
66					
67					
68					
69					
70					
71					
72					
73					
74					
75					
76					
77					
78					
79					
80					3
81					1
82					
83					4
84					
85					
86					
87					
88					1

1. Raulito.

Muerte: Página 776.

2. Madre de Miguel Páez.

Muerte: Página 776.

3. Madre del maquinista.

Muerte: Página 781.

4. Padre del maquinista.

Muerte: Página 782.

88: Puso en la lápida de su mujer: “Espérame, pronto me reuniré contigo”. Al morir, 17 años después que su mujer, alguien escribió en la lápida: “Querido, creí que no venías”. Desde entonces, el hijo del matrimonio se aficionó a visitar cementerios.

* Catarro, un vecino de Valladolid que trabajaba en una barca de dos remos en el Pisuerga, era experto en encontrar los cuerpos ahogados en el río. Página 786.

* El maquinista se imagina la lápida de Ava Gardner: “Aquí yace Ava Gardner, la actriz más hermosa de su época”... “Pero ya no sería Ava Gardner, sino los huesecillos de Ava Gardner, bonitos, blancos y proporcionados, los que esperasen”. Página 786.

6. DIARIO DE UN CAZADOR (1955)

	1	2	3	4	4
1					
2					2
3					2
4					4
5					
6					
7					1
8					3
9					
10					1
11					
12					
13					
14					
15					
16					
17					
18					
19					
20					
21					
22					
23					
24					
25					
26					
27					
28					
29					
30					
31					
32					
33					
34					
35					
36					
37					
38					
39					
40					
41					
42					
43					
44					1
45					1
46					
47					
48					
49					
50					1
51					
52					
53					
54					
55					
56					
57					
58					
59					
60					
61					
62					
63					
64					
65					
66					
67					
68					
69					
70					
71					
72					
73					
74					
75					
76					
77					
78					
79					
80					2
81					
82					2
83					1
84					3
85					
86					2
87					
88					1

1. Padre de Lorenzo.

10: “Por más que le hurgo no le encuentro ningún mal”. Página 12.

84: Lo citan recordándolo. Página 41.

88: La mujer dice al doctor que la causa de la muerte es la pena, pero la pena no es una causa de muerte.

88: Lorenzo va al cementerio a poner flores a su padre. Página 41.

2. Pepe.

Muerte: Páginas 82 y 85.

82: Página 85.

84: Página 86.

86: Confesión antes de morir. Páginas 83, 84 y 85. El cura le cuenta cómo es el cielo. Página 173. Lorenzo reza un padrenuestro ante su tumba.

3. Higinio.

Muerte: Página 97.

4. Mele.

Muerte: Página 117

82: Página 118.

84: Página 118.

86: Presencia del cura. Página 118.

7. DIARIO DE UN EMIGRANTE (1958)

	1	2	3	3
1				
2				2
3				1
4				2
5				1
6				
7				
8				2
9				1
10				1
11				
12				
13				1
14				
15				1
16				
17				
18				
19				
20				
21				
22				1
23				
24				
25				
26				
27				
28				
29				
30				
31				
32				
33				
34				
35				
36				
37				
38				
39				
40				
41				
42				
43				
44				
45				
46				
47				
48				
49				
50				
51				
52				
53				
54				1
55				
56				
57				
58				
59				
60				
61				
62				
63				
64				
65				
66				
67				
68				
69				
70				
71				
72				
73				
74				
75				
76				
77				
78				
79				
80				3
81				
82				
83				2
84				
85				1
86				2
87				
88				2

1. Madre de Lorenzo.

Muerte: Página 153.

86: Pide confesión. Página 143.

88: Pongo aquí la presencia religiosa aunque está en otro libro (*Diario de un cazador*) porque entra en los *Diarios de Lorenzo*. Aunque aparezca en otro libro está hablando del mismo personaje.

2. Desconocido.

Muerte: Página 219.

86: Ponen una vela a la Virgen por su alma. Página 226.

88: Los asesinos son varios.

3. Dativo.

Muerte: Página 273.

85: Página 274.

8. DIARIO DE UN JUBILADO (1995)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	10
1											10
2											7
3											3
4											9
5											1
6											
7											
8											10
9											
10											9
11											
12											
13											
14											
15											
16											
17											
18											
19											
20											
21											
22											
23											
24											
25											
26											
27											
28											
29											
30											
31											
32											
33											
34											
35											
36											
37											
38											
39											
40											1
41											
42											
43											
44											
45											
46											
47											
48											
49											
50											
51											
52											
53											
54											
55											
56											
57											
58											
59											
60											
61											
62											
63											
64											
65											
66											
67											
68											
69											
70											
71											
72											
73											
74											
75											
76											
77											
78											
79											
80											9
81											
82											1
83											6
84											3
85											1
86											
87											
88											3

1. Padre de Ana.

Muerte: Página 350.

88: Le incluyo como personaje secundario porque en *Diario de un emigrante* aparece bastante y hacemos un seguimiento unitario de los Diarios de Lorenzo.

2. Tío Egidio.

Muerte: Página 353.

88: “No tuvo dinero ni para el entierro a pesar de que era rico”.

3. Tino.

Muerte: Página 354.

4. La Modes.

Muerte: Página 354.

5. Don Florián, el cura.

Muerte: Página 354.

6. Zacarías.

Muerte: Página 354.

7. Desconocido.

Muerte: Página 361.

8. Tomasito.

Muerte: Página 398.

9. Toni.

Muerte: Página 425.

82: Páginas 425 y 426.

85. Página 426.

88: Epitafio. Página 427.

10. Don Edmundo.

Muerte: Página 426.

9. LA HOJA ROJA I (1959)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22
1																						
2																						
3																						
4																						
5																						
6																						
7																						
8																						
9																						
10																						
11																						
12																						
13																						
14																						
15																						
16																						
17																						
18																						
19																						
20																						
21																						
22																						
23																						
24																						
25																						
26																						
27																						
28																						
29																						
30																						
31																						
32																						
33																						
34																						
35																						
36																						
37																						
38																						
39																						
40																						
41																						
42																						
43																						
44																						
45																						
46																						
47																						
48																						
49																						
50																						
51																						
52																						
53																						
54																						
55																						
56																						
57																						
58																						
59																						
60																						
61																						
62																						
63																						
64																						
65																						
66																						
67																						
68																						
69																						
70																						
71																						
72																						
73																						
74																						
75																						
76																						
77																						
78																						
79																						
80																						
81																						
82																						
83																						
84																						
85																						
86																						
87																						
88																						

9. LA HOJA ROJA II (1959)

	23	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	33
1												1
2												5
3												27
4												22
5												11
6												
7												1
8												30
9												2
10												22
11												1
12												1
13												1
14												1
15												3
16												
17												1
18												
19												1
20												
21												
22												
23												
24												1
25												1
26												1
27												
28												
29												
30												
31												
32												
33												
34												
35												1
36												
37												
38												
39												
40												
41												
42												
43												
44												
45												
46												
47												
48												
49												
50												1
51												
52												
53												
54												
55												1
56												1
57												1
58												
59												
60												
61												
62												
63												
64												
65												
66												
67												
68												
69												
70												1
71												
72												
73												
74												
75												1
76												
77												
78												
79												
80												30
81												
82												3
83												29
84												3
85												1
86												8
87												1
88												20

1. Pepín Vázquez.

Muerte: 483.

88: Eloy visita su tumba. Página 613.

2. Goyito, hijo de Eloy.

Muerte: Página 487, 561 y 563.

88: No incluyo como presencia religiosa lo que dice Desi de la Virgen porque es una frase hecha, un convencionalismo social, no algo con sentido religioso. Página 504.

3. Padre de Carrasco.

Muerte: Página 490.

4. Lucita, mujer de Eloy.

Muerte: Página 594.

88: Velo por la cara para que nadie le viese muerta. Página 590.

88: Es imposible morir de una menopausia repentina. Página 591.

88: “Si murió a esas edad fue sencillamente porque su corazón y sus venas carecían de la suficiente elasticidad para soportar la menopausia”... Como no es una causa de muerte, pongo causa de muerte no explícita. Página 594.

5. Adriana, la Resinera.

Muerte: Página 494.

6. Galo, padre de Desi.

Muerte: Páginas 495, 507 y 512.

7. Marcos, el Tonto.

Muerte: Páginas 511 y 537.

8. Padre de Eloy.

Muerte: Páginas 514, 561 y 645.

88: Le entierran el mismo día que nace Eloy, su hijo.

9. Madre de Eloy.

Muerte: Página 514.

10. Padre del rey.

Páginas 515, 540 y 561.

87: Padre del rey.

11. Emma Abbot.

Muerte: Página 515.

87: Cantante de ópera soprano estadounidense (1850-1891).

12. Rovachol.

Muerte: Página 516.

86: Un cura le pregunta si quiere confesarse y Rovachol se niega. Página 517.

13. Madre de Desi.

Muerte: Páginas 524 y 546.

14. Poldo Pombo.

Muerte: Página 528.

15. Nicomedes Fernández, alcalde.

Muerte: Página 530.

88: Esquela en el periódico.

88: Eloy ve su tumba en una visita al cementerio. Página 614.

16. Elena, hermana de Eloy.

Muerte: Páginas 562 y 574.

86: “Cuando ella murió (...) le dije un novenario de misas”.

88: “Cuando ella murió le puse la papeleta en el diario”.

17. Condesa.

Muerte: Página 575.

18. Tío Hermene.

Muerte: Página 578.

19. Rosina.

Muerte: Página 579.

20. Madame Catroux.

Muerte: Página 580.

88: Eloy visita su tumba. Página 614.

21. Padre de la Tasia.

Muerte: Página 583.

22. Desconocido.

Muerte: Página 591.

88: Pidió que le cortasen las venas para asegurarse de que no le enterraran vivo.

23. Isaías.

Muerte: Página 608.

82: Eloy llama a la funeraria, al Registro, al periódico y a la parroquia. Le amortajan, el médico certifica la muerte y le afeitan (el barbero cobra seis duros). Página 608.

85: Páginas 611 y 612.

86: En el lecho de muerte se santigua continuamente a pesar de que “se desatendió de toda preocupación religiosa”. Páginas 604, 605, 607 y 608.

86: El cura reza antes del entierro frente a la capilla. Página 612.

88: Cuando Eloy se va del cementerio, dice: “Ahí os dejo a Isa, atendedle; es su primera noche”.

24. Diego Blanco Fanjul.

Muerte: Página 613.

86: El epitafio se puede considerar como religioso: “¡Cree y espera! Propiedad de Diego Blanco Fanjul”.

88: Eloy ve su tumba en el cementerio.

25. Doro Peña.

Muerte: Página 613.

88: Eloy ve su tumba. Esto quiere decir, de aquí en adelante, que se sabe que han muerto porque Eloy lee su nombre en el cementerio.

26. Tomasita Espeso.

Muerte: Página 613.

88: Se colgó de una encina para no presenciar el choque de la tierra con el cometa Halley.

88: Eloy ve su tumba. Epitafio: “Hija, tus papás no te olvidarán nunca”.

27. Trifón Lasalle.

Muerte: Página 613.

86: El epitafio puede considerarse religioso: “Jesús mío, misericordia”.

88: Eloy ve su tumba.

28. Heliodoro Rojas.

Muerte: Página 613.

88: Eloy ve su tumba.

88: Epitafio: “Recuerdo de tus hijos”.

29. Fernando Marín.

Muerte: Página 613.

88: Eloy ve su tumba.

30. Generoso González.

Muerte: Página 614.

86: Epitafio religioso: “Piedad, Señor, piedad”

88: Eloy ve su tumba.

31. Buenaventura Salgado, párroco.

Muerte: Página 614.

86: Epitafio religioso: “Te sirvió, Señor, en la Tierra, dale tu descanso eterno”.

88: Eloy ve su tumba.

32. Eutiquio Gomero.

Muerte: Página 614.

86: Epitafio religioso: “Aquí yace en la paz del Señor”.

88: Eloy ve su tumba.

33. Domi.

Muerte: Página 637.

88: La degüella con una navaja.

10. LAS RATAS (1962)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	10
1											
2											2
3											8
4											8
5											2
6											
7											1
8											9
9											
10											6
11											1
12											
13											2
14											
15											3
16											
17											
18											
19											
20											
21											
22											
23											1
24											
25											
26											
27											1
28											1
29											
30											
31											
32											
33											
34											
35											
36											
37											
38											
39											
40											
41											
42											
43											
44											
45											
46											
47											
48											
49											
50											
51											
52											
53											
54											
55											
56											
57											
58											1
59											
60											
61											
62											
63											
64											
65											
66											
67											
68											
69											
70											
71											
72											
73											
74											
75											
76											
77											
78											
79											
80											9
81											
82											1
83											5
84											5
85											
86											1
87											
88											6

1. Viejo Rabino.

Muerte: Página 662.

88: Le mata el Baltasar (que cuando le mata va con una cruz en el pecho) porque Viejo Rabino negaba la existencia de Dios. Doy por supuesto que le matan de un disparo porque “lo empujó con el cañón del mosquetón”.

2. Ildfonso.

Muerte: Página 665.

88: El Antoliano le hace el ataúd.

3. Román.

Muerte: Páginas 671 y 672.

88: Muere justo después que su mujer.

88: Cae su ataúd y la de su mujer al río.

4. Iluminada.

Muerte: Páginas 671 y 672.

88: Cae su ataúd y la de su marido al río. El ataúd de Iluminada se abre y ella se queda en el río boca arriba. Página 673.

5. Don Alcio Gago.

Muerte: Página 711.

6. Madre del Yayo.

Muerte: Página 724.

88: Matricidio.

88: La entierra bajo un montón de estiércol.

7. Rufo, el Centenario.

Muerte: Página 744.

58: Páginas 700 y 746.

82: Página 745.

86: El cura reza ante el muerto en el velatorio y en el funeral.

88: Los bichos le comen antes de morir. Página 706.

88: Aparece una mosca que se posa en el cáncer del difunto y en la cara del cura (algo similar sucede en *El camino* en el velatorio de Germán, El Tiñoso).

8. Paquito.

Muerte: Página 761.

9. Padre de la Sime.

Muerte: Página 761.

10. Luis, el de Torrecillóriga.

Muerte: Página 773.

11. EL LOCO (1953)

	1	2	3	4	5	5
1						1
2						1
3						3
4						4
5						1
6						1
7						
8						4
9						1
10						1
11						1
12						
13						
14						
15						1
16						
17						
18						
19						
20						
21						
22						
23						1
24						
25						
26						
27						
28						
29						
30						
31						
32						
33						
34						1
35						
36						
37						
38						
39						
40						
41						
42						
43						
44						
45						
46						
47						
48						
49						
50						
51						
52						
53						
54						
55						
56						
57						
58						
59						
60						
61						
62						
63						
64						
65						
66						
67						
68						
69						1
70						
71						
72						
73						
74						
75						
76						1
77						
78						
79						
80						5
81						
82						
83						4
84						
85						1
86						1
87						
88						2

1. Desconocido.

86: Le iban a canonizar pero no lo hacen porque al final perdió la paciencia. Página 784.

88: Enterrado vivo.

2. Madre de Lenoir.

Muerte: Página 793.

3. Padre de Lenoir.

Muerte: Página 820.

88: La gente creía que se había suicidado porque no habían descubierto al asesino.

Página 827.

4. Pierre.

Muerte: Página 814.

5. Robinet.

Muerte: Página 829.

12. LOS RAÍLES (1954)

	1	2	3	4	5	6	6
1							1
2							1
3							4
4							5
5							1
6							
7							1
8							5
9							
10							2
11							
12							
13							
14							1
15							
16							
17							1
18							
19							
20							
21							
22							
23							
24							
25							
26							
27							
28							
29							
30							
31							
32							
33							1
34							
35							
36							
37							
38							
39							
40							
41							1
42							
43							
44							
45							
46							
47							
48							
49							
50							
51							
52							
53							
54							
55							1
56							1
57							
58							
59							
60							
61							
62							
63							
64							
65							
66							
67							
68							
69							
70							
71							
72							
73							
74							
75							
76							
77							
78							
79							
80							5
81							1
82							
83							5
84							1
85							
86							1
87							1
88							3

1. Padre de Tim.

Muerte: Página 834.

2. Abuelo de Tim.

Muerte: Página 835.

88: Murió de cólera el mismo día que en la catedral de Murcia celebraron el Tedeum para agradecer la total desaparición de la epidemia. Página 835.

3. Bisabuela de Tim.

Muerte: Página 840.

4. General Prim.

Muerte: Página 849.

87: Presidente del Gobierno de España.

5. Tim.

Muerte: Página 859.

88: Tim sueña su propia muerte.

6. Damasito.

86: Su amigo le reza un rato ante el ataúd y dice “que Dios te guarde, maestro”. Página 868.

13. LA MORTAJA (1957)

	1	2	3	4	5	6	6
1							1
2							
3							5
4							2
5							4
6							
7							
8							6
9							
10							5
11							
12							
13							
14							
15							
16							
17							
18							
19							
20							
21							
22							
23							
24							
25							
26							
27							
28							
29							
30							
31							
32							
33							
34							
35							
36							
37							
38							
39							
40							
41							
42							
43							
44							
45							
46							
47							
48							
49							
50							
51							
52							
53							
54							
55							
56							
57							
58							
59							
60							
61							
62							
63							
64							
65							
66							
67							
68							
69							
70							
71							
72							
73							
74							
75							
76							
77							1
78							
79							
80							4
81							
82							2
83							5
84							1
85							
86							
87							
88							2

1. Madre del Senderienes.

Muerte: Página 886.

2. Trino, padre del Sendereines.

Muerte: Página 891.

77: Es dudoso que la indigestión o el empacho sea causa de muerte, pero es posible.

88: Parnales le ayuda a vestirle a cambio de la ropa y los zapatos, del despertador, de los calcetines, de la camisa y otras prendas. Páginas 902, 904, 905, 907 y 908.

3. Padre de Goyo.

Muerte: Página 896.

4. Madre de Ovi.

82: Página 898.

88: Dicen que al vestirla después de muerta todavía se quejaba.

5. Tía de Ovi.

Muerte: Página 898.

6. Madre de Parnales.

Muerte: Página 903.

14. LOS NOGALES (1957)

	1	2	3	4	5	9
1	(*)					1
2						1
3						3+4=7
4						4+4=8
5						1
6						
7						1+4=5
8						4
9						
10						2+4=6
11						
12						
13						
14						
15						
16						
17						
18						
19						
20						
21						
22						
23						
24						
25						
26						
27						
28						
29						
30						
31						
32						
33						
34						
35						
36						
37						
38						
39						
40						
41						
42						
43						
44						
45						
46						3
47						
48						
49						
50						
51						
52						
53						
54						
55						
56						
57						
58						
59						
60						
61						
62						
63						
64						
65						
66						
67						
68						
69						
70						
71						
72						
73						
74						
75						
76						
77						
78						
79						
80						5+4=9
81						
82						
83						3
84						2+4=6
85						
86						
87						
88						1+4=5

1. Cinco hijos.

Muerte: Página 914.

2. Bernarda.

Muerte: Página 916.

3. Quintín.

Muerte: Página 921.

4. Chucho.

Muerte: Página 921.

5. Nilo, el viejo.

Muerte: Página 924.

15. LA BARBERÍA (1957)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1		(*)									1
2											1
3											8+1=9
4											8+1=9
5											2
6											
7											1+1=2
8											9
9											
10											7+1=8
11											
12											
13											
14											2
15											
16											
17											2
18											
19											
20											
21											
22											
23											
24											
25											
26											
27											
28											
29											
30											
31											
32											
33											2
34											
35											
36											
37											
38											
39											
40											
41											
42											
43											
44											
45											
46											
47											
48											
49											
50											
51											
52											
53											
54											
55											
56											
57											
58											
59											
60											1
61											
62											
63											
64											
65											
66											
67											
68											
69											
70											
71											
72											
73											
74											
75											
76											
77											
78											
79											
80											10+1=11
81											
82											
83											9+1=10
84											1
85											
86											1
87											4
88											2

1. Padre de Conrado.

Muerte: Página 927.

2. Dos hermanos de don Floro.

Muerte: Página 928.

3. Padre de don Floro.

Muerte: Página 930.

4. Gayarre.

Muerte: Página 944.

87: Julián Gayarre. Tenor español (1844-1890).

5. Patti.

Muerte: Página 944.

87: Adelina Patti. Soprano italiana (1843-1919).

88: Delibes dice que dejó dispuesto que se le diese sepultura en el castillo de Craij-Nosy y que sobre su tumba se colocara una jaula de ruiseñores. En realidad está enterrada en el cementerio parisino de Pere Lachaise. No tengo datos de lo de los ruiseñores.

6. Zar.

Muerte: Página 944.

87: Puede ser el zar Nicolás II (asesinado el 17 de julio de 1928) o el zar Alejandro II (víctima de un atentado el 13 de marzo de 1881). Me decanto por Alejandro II porque la

fecha de su asesinato está más próxima a las fechas de los asesinatos de los personajes que cita Delibes en el mismo párrafo.

7. Garfield.

Muerte: Página 944.

87: James A. Garfield. Presidente de EEUU (1831-asesinado en septiembre de 1881).

8. Nano.

Muerte: Página 945.

9. Manolita.

Muerte: Página 946.

10. Don Floro.

Muerte: Página 946.

86: En el segundo punto del testamento declara que quiere vivir y morir profesando la religión católica.

88: Escribe el testamento justo antes de morir.

16. CINCO HORAS CON MARIO (1966)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	10
1	■										1
2		■									1
3			■	■	■	■	■	■	■	■	8
4	■										8
5		■					■				2
6											
7											
8	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	9
9									■		1
10		■		■	■		■	■		■	6
11											
12											
13											
14											
15											
16											
17											
18											
19											
20											
21											
22											
23											
24											
25											
26											
27											
28											
29											
30											
31											
32											
33											
34											
35											
36											
37											
38											
39											
40											
41											
42											
43											
44											
45											
46											
47											
48											
49											
50											
51											
52											
53											
54											
55											
56											
57											
58											
59											
60											
61			■			■					2
62											
63											
64											
65											
66											
67											
68											
69									■		1
70											
71											
72											
73											
74											
75											
76											
77											
78	■										1
79											
80		■	■	■	■	■	■	■	■	■	8
81				■							1
82	■										1
83		■	■	■	■	■	■	■	■	■	9
84	■										1
85											
86	■					■					2
87										■	1
88	■		■	■	■						3

1. Mario.

78: “Ataque”, el médico “Luis dice que un infarto”, “el corazón es muy traicionero”, “un infarto”, páginas 12, 16, 18, 22 y 148.

82: Todo el libro es un velatorio. El libro comienza cuando finaliza el velatorio público pero se dan datos de lo que ha pasado en el velatorio. El libro finaliza por la mañana, después de que Carmen estuviese velando toda la noche. El velatorio es en el despacho de casa de Mario. Páginas 15 y 200.

84: Esquela: “Conducción del cadáver: A las 10”. Habla del entierro futuro. Páginas 7, 166 y 207.

86: Esquela. “Ni tiempo de confesarse tuvo, ¡fíjate qué horror!”. “Misa del alma”. Páginas 7, 22, 205 y 207.

88: Esquela al comienzo de la novela. Carmen rasuró, peinó y vistió el cadáver. Carmen le pone las gafas a Mario para que se parezca a sí mismo, pero luego se las quita porque “Mario ya no estaba allí. Estaba en el libro y en el suéter negro”. Páginas 7, 15 y 21.

2. Madre de Menchu.

Muerte: Páginas 13, 28, 37, 42, 80; etc.

3. Elviro, hermano de Mario.

61: Páginas 23, 28, 46, 51, y 110.

88: Pongo que le han fusilado en la guerra porque los indicios son claros. Y por si hubiera alguna duda, a su hermano José María también le fusilaron. Página 23.

4. Don Porfirio.

Muerte: Página 23.

88: Le vistieron de franciscano en el velatorio. Página 23.

5. Padre de Mario.

Muerte: Página 29.

6. José María, hermano de Mario.

Muerte: Páginas 51 y 101.

61: Página 179.

86: Reza un padrenuestro. Página 179.

7. Madre de Mario.

Muerte: Páginas 61, 163 y 137.

8. Ferroviario.

Muerte: Página 65.

9. Hermano de Paco.

Muerte: Página 87.

10. Juan XXIII.

Muerte: Página 102.

87: Papa.

17. PARÁBOLA DEL NÁUFRAGO (1969)

	1	2	3	4	5	6	7	7
1								
2								1
3								6
4								6
5								1
6								
7								
8								7
9								
10								1
11								
12								1
13								1
14								1
15								2
16								
17								1
18								
19								
20								2
21								
22								
23								1
24								
25								
26								
27								
28								
29								
30								
31								
32								
33								
34								
35								
36								
37								
38								
39								
40								
41								
42								
43								
44								
45								
46								
47								2
48								
49								
50								
51								
52								
53								
54								
55								
56								
57								
58								
59								
60								
61								
62								1
63								
64								
65								
66								
67								
68								
69								
70								
71								
72								
73								
74								
75								
76								
77								
78								
79								
80								7
81								
82								
83								6
84								
85								1
86								1
87								
88								5

1. Don Cristóbal.

Muerte: Página 237.

2. Padre de Jacinto.

Muerte: Página 239.

88: No pongo suicidio porque sólo pone que murió electrocutado en una bañera.

3. Madre de Jacinto.

Muerte: Página 239.

88: No pongo suicidio porque sólo pone que murió electrocutada en una bañera.

4. Gen.

Muerte: Página 290.

85: Páginas 313 y 331.

88: Es un sueño; una “pesadilla onírica”. Páginas 211 y 213.

88: Genaro no es un perro, aunque a veces lo parezca; “personaje Genaro”. Página 213.

88: La empresa dice a la viuda que si dice, aun sabiendo que es mentira, que su marido murió en acto de servicio, le indemniza. Eso sí, a cambio de no enterrarle en camposanto y de no recuperar la cabeza de su marido. Finalmente, le entierran sin cabeza e indemnizan a la viuda. Páginas 215 y 331.

5. Dick, marinero.

Muerte: Páginas 325 y 330.

86: Rezan antes de morir. Página 324.

88: Se refiere a la muerte de un grupo indeterminado de personas, pero sólo describe la muerte de uno.

6. Heinrich.

Muerte: Página 326.

20: Asfixia. Los muertos en la cámara de gas morían asfixiados: “Como el gas actúa inhibiendo el ciclo metabólico celular respiratorio, las víctimas perecían por asfixia, mientras sufrían espasmos y convulsiones” (http://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%A1mara_de_gas).

7. Desconocido.

20: Enterrado vivo, es decir, asfixiado. Página 327.

88: Enterrado vivo amordazado y amarrado. ¿Asesinato, accidente? Pongo asesinato porque quienes le entierran vivo son dos albañiles y el peón, por lo que deduzco que están haciendo su trabajo sin saber que están enterrado a una persona viva. Además, el enterrado vivo (el hombre) “se empina para ver por el hueco”, por lo que supongo que los enterradores ven que se mueve. Páginas 326 y 327.

88: En relación al asesino (14), pongo hombre porque son dos albañiles y el peón. Por lo mismo, los asesinos son varios.

18. EL PRÍNCIPE DESTRONADO (1973)

	1	1
1		
2		
3		1
4		
5		1
6		
7		1
8		
9		
10		
11		
12		
13		
14		1
15		1
16		
17		
18		
19		1
20		
21		
22		
23		
24		
25		
26		
27		
28		
29		
30		
31		
32		
33		
34		
35		
36		
37		
38		
39		
40		
41		
42		
43		
44		
45		
46		
47		
48		
49		
50		
51		
52		
53		
54		
55		
56		
57		
58		
59		
60		
61		
62		
63		
64		
65		
66		
67		
68		
69		
70		
71		
72		
73		
74		
75		
76		
77		
78		
79		
80		1
81		
82		
83		1
84		
85		
86		
87		
88		1

1. Rosita Encarnada.

Muerte: Página 431.

88: Canción popular de una mujer asesinada.

19. LAS GUERRAS DE NUESTROS ANTEPASADOS (1975)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	21
1																						1
2																						6
3																						14
4																						17
5																						4
6																						
7																						1
8																						20
9																						
10																						5
11																						1
12																						5
13																						
14																						2
15																						8
16																						
17																						
18																						
19																						1
20																						
21																						
22																						
23																						2
24																						1
25																						
26																						1
27																						
28																						
29																						3
30																						
31																						
32																						
33																						
34																						
35																						1
36																						
37																						
38																						
39																						
40																						
41																						
42																						
43																						
44																						
45																						
46																						
47																						
48																						
49																						1
50																						
51																						
52																						
53																						
54																						
55																						
56																						
57																						
58																						1
59																						
60																						1
61																						
62																						
63																						1
64																						1
65																						1
66																						
67																						
68																						
69																						1
70																						
71																						
72																						
73																						
74																						
75																						
76																						
77																						
78																						
79																						
80																						20
81																						1
82																						
83																						18
84																						2
85																						1
86																						3
87																						1
88																						13

1. Desconocido.

Muerte: Página 500.

88: Le mata el Bisa, personaje secundario, en la guerra Carlista.

2. Doce soldados.

Muerte: Página 502.

88: Les mata el Bisa, personaje secundario, en la Guerra Carlista.

3. Comandante Pino.

Muerte: Página 516. Muere en la Guerra de Marruecos o Desastre de Annual.

4. Comandante Benítez.

Muerte: Página 521.

88: “Los soldados de Igeriben mueren, pero no se rinden”, y al día siguiente de decir esto le matan en la Guerra de Marruecos o Desastre de Annual.

5. Silvestre.

Muerte: Página 522.

87: Manuel Fernández Silvestre. Muere el 22 de junio de 1921. Militar español, comandante de Ceuta y de Melilla y principal responsable del Desastre de Annual.

6. Madre de Pacífico.

Muerte: Páginas 549 y 563.

84: Página 567.

58: Página 566.

88: Tumor o cáncer. Un tumor puede ser benigno y maligno. En este último caso se le denomina cáncer.

7. Abuela Benetilde.

Muerte: Página 549.

35: Página 559.

81: Página 560.

84: Página 560.

86: El cura no le negó tierra sagrada porque era una mujer muy religiosa. Página 559.

86: Suicidio entre todos. Página 560.

86: Se ahorca por los pies porque “sois malos”. Página 562.

86: Van a buscarle a la olma ya la encuentran descompuesta y con pájaros alrededor. Página 563.

8. Parmenio Marrero.

Muerte: Página 552.

9. Madre de Candi.

Muerte: Página 587.

10. Teotista.

Muerte: Páginas 619 y 625.

86: No tiene conciencia de pecado. Página 624.

88: Avisa al sargento del asesinato.

88: Le caen 12 años y un día de prisión. Página 638.

11. Desconocido.

Muerte: Página 644.

88: Habla de un muerto genérico. Pongo sexo hombre porque en el sanatorio en el que estaban encarcelados todos eran hombres.

12. Morris.

Muerte: Página 651.

88: Murió en la celda de castigo de la prisión a los dos días de encarcelarlo y su compañero de celda (El Capullo) no dijo nada y estuvo con el muerto 13 días para así poder comer ración doble. Página 651.

13. Miguel, el Caminero.

Muerte: Página 653.

85: Le mete en un saco y el mete en un hoyo que el propio Caminero había cavado. Página 654.

88: El Capullo mata a Miguel, el Caminero, porque se casó con su novia Isabelita aprovechando que el Capullo es ingresado en un hospital durante nueve meses. Página 652.

88: Le cae una pena de prisión de 25 años por asesinato, por forzar a Isabelita y por enterramiento ilegal. Página 655.

14. Juan José Viñat.

Muerte: Página 658.

88: Causa de la muerte: “Hemorragia cerebral traumática” a consecuencia de los golpes, por eso pongo como causa de la muerte los golpes. Es decir, por ejemplo, uno no se

muere de hemorragia cerebral después de un accidente de coche, sino que se muere de accidente de coche.

88: Le mata por ser homosexual. Página 659.

88: Avisa de su asesinato a la Guardia Civil. Página 659.

15. Catalina.

Muerte: Página 662. Parricidio (mata a su mujer).

88: Estaba embarazada de ocho meses.

88: La mata porque la descubre poniéndole cuernos con otro.

88: Le condenan a 23 años y 8 meses de cárcel por parricidio y aborto, más accesorias.

Página 662.

16. El Honorable.

Muerte: Página 665.

17. El Vegas.

Muerte: Página 697.

88: Mata al vigilante para poder escapar del hospital en el que estaba encarcelado.

18. Centinela.

Muerte: Página 720.

29: Le asesinan golpeándole con un yeso. Página 709.

19. El Buque.

23: Página 720.

20. El Capullo.

Muerte: Página 720.

23: Página 720.

21. Pacífico Pérez.

86: Antes de morir se confiesa y recibe la Comunión, entrando una hora más tarde en coma. Página 729.

86: Se casa in articulo mortis. Página 730.

88: Se casa in articulo mortis. Página 730.

20. EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO (1978)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	10
1											
2											1
3											9
4											8
5											2
6											
7											
8											10
9											
10											7
11											
12											
13											
14											
15											
16											
17											
18											
19											
20											
21											
22											
23											
24											
25											
26											
27											
28											
29											
30											
31											
32											
33											
34											
35											1
36											
37											
38											
39											
40											
41											
42											
43											
44											
45											
46											
47											
48											
49											
50											
51											
52											
53											
54											
55											
56											
57											
58											
59											
60											2
61											
62											
63											
64											
65											
66											
67											
68											
69											
70											
71											
72											
73											
74											
75											
76											
77											
78											
79											
80											9
81											1
82											
83											8
84											2
85											
86											2
87											1
88											3

1. El viejo (Franco).

Muerte: Páginas 770 y 827.

87: Dictador español.

2. Cipriano.

Muerte: Página 797.

3. Baudilio.

Muerte: Página 800.

4. Benito.

Muerte: Página 802.

5. Martín.

Muerte: Página 806.

86: Le pone una cruz encima de donde le entierra.

88: El señor Cayo le entierra en un huerto abandonado porque no puede subirle al cementerio.

6. Eloísa.

Muerte: Página 806.

7. Mujer de Martín.

Muerte: Página 806.

88: Cuando muere, Martín se casa con su madre (su suegra) y tiene un hijo con ella.

Página 806.

8. Gabino.

Muerte: Página 809.

9. Severo.

Muerte: Página 809.

10. Paulino.

86: Don Senén, el párroco, le niega tierra santa al Paulino por suicidarse, pero después, a instancia de la capital, le entierran en camposanto porque tenía la cabeza trastocada.

Páginas 813 y 816.

88: Se suicida por una apuesta: Dijo que moriría el 6 de mayo de 1964, y ese día se ahorca. Uno del pueblo le paga la apuesta: caja, copas y funeral.

21. LOS SANTOS INOCENTES (1981)

	1	2	3	3
1				1
2				
3				2
4				2
5				1
6				
7				
8				2
9				1
10				2
11				1
12				
13				
14				
15				1
16				
17				
18				
19				
20				
21				1
22				
23				
24				
25				
26				
27				
28				
29				
30				
31				
32				
33				
34				
35				
36				
37				
38				
39				
40				
41				
42				
43				
44				
45				
46				
47				
48				
49				
50				
51				
52				
53				
54				
55				
56				
57				
58				
59				
60				
61				
62				
63				
64				
65				
66				
67				
68				
69				
70				
71				
72				
73				
74				
75				
76				
77				
78				
79				
80				3
81				
82				
83				3
84				
85				
86				
87				
88				1

1. Ireneo.

88: Pongo Causa de la muerte no explícita o natural (10) aunque ponga que Franco le mandó al cielo porque no se explicita la causa de la muerte. Página 40.

2. Abuela del señorito Iván.

Muerte: Página 69.

3. Señorito Iván.

Muerte: Página 92.

22. CARTAS DE AMOR DE SEXAGENARIO VOLUPTUOSO (1983)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	22			
1																										
2																										4
3																										18
4																										16
5																										6
6																										
7																										
8																										22
9																										
10																										20
11																										
12																										
13																										
14																										
15																										
16																										
17																										
18																										
19																										
20																										
21																										
22																										
23																										
24																										
25																										
26																										
27																										
28																										
29																										
30																										
31																										
32																										
33																										
34																										
35																										
36																										
37																										
38																										
39																										
40																										
41																										
42																										
43																										
44																										
45																										
46																										
47																										1
48																										
49																										
50																										
51																										
52																										
53																										
54																										
55																										
56																										
57																										
58																										
59																										
60																										1
61																										
62																										
63																										
64																										
65																										
66																										
67																										
68																										
69																										
70																										
71																										
72																										
73																										
74																										
75																										
76																										
77																										
78																										
79																										
80																										22
81																										
82																										
83																										18
84																										4
85																										
86																										
87																										4
88																										2

1. Marido de Rocío.

Muerte: Páginas 99 y 183.

2. Eloína.

Muerte: Página 100.

3. Fermín Baruque.

Muerte: Página 104.

4. Rafaela.

Muerte: Página 106.

5. Teodoro.

Muerte: Página 110.

6. Madre de Eugenio.

Muerte: Página 110.

7. Padre de Eugenio.

Muerte: Página 110.

8. Sergio.

Muerte: Página 112.

88: En la guerra justo un día antes de finalizar la guerra civil.

9. Hilario Diego.

Muerte: Página 120.

10. Desconocida.

Muerte: Página 121.

11. Casilda.

Muerte: Página 125.

12. Onofre.

Muerte: Página 129.

13. Bernardo.

Muerte: Página 129.

14. Sixto.

Muerte: Página 129.

15. Leoncio.

Muerte: Página 129.

16. Hermano de Eugenio.

Muerte: Página 129.

88: “De cuatro hermanos vivos (nacidos fuimos ocho)...”. Sabemos que están muertos

Eloína, Rafaela y Teodoro. Este es el cuarto hermano muerto.

17. Esperanza.

Muerte: Página 138.

18. Don Próspero Mediavilla.

Muerte: Página 142.

19. Cristo.

Muerte: Página 170.

87: Jesucristo.

20. Lázaro.

Muerte: Página 169.

87: Personaje bíblico.

21. Machín.

Muerte: Página 178.

87: Músico.

22. Gardel.

Muerte: Página 178.

87: Músico.

23. EL TESORO (1985)

	1	2	2
1			
2			1
3			1
4			2
5			
6			
7			
8			2
9			
10			2
11			
12			
13			
14			
15			
16			
17			
18			
19			
20			
21			
22			
23			
24			
25			
26			
27			
28			
29			
30			
31			
32			
33			
34			
35			
36			
37			
38			
39			
40			
41			
42			
43			
44			
45			
46			
47			
48			
49			
50			
51			
52			
53			
54			
55			
56			
57			
58			
59			
60			
61			
62			
63			
64			
65			
66			
67			
68			
69			
70			
71			
72			
73			
74			
75			
76			
77			
78			
79			
80			2
81			
82			
83			2
84			
85			
86			
87			1
88			1

1. Don Virgilio, el coronel.

88: Murió de repente. Página 240.

2. Franco.

Muerte: Página 264.

87: Dictador español.

24. MADERA DE HÉROE I (1987)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19 (*)	20	21	22	23
1																							
2																							
3																							
4																							
5																							
6																							
7																							
8																							
9																							
10																							
11																							
12																							
13																							
14																							
15																							
16																							
17																							
18																							
19																							
20																							
21																							
22																							
23																							
24																							
25																							
26																							
27																							
28																							
29																							
30																							
31																							
32																							
33																							
34																							
35																							
36																							
37																							
38																							
39																							
40																							
41																							
42																							
43																							
44																							
45																							
46																							
47																							
48																							
49																							
50																							
51																							
52																							
53																							
54																							
55																							
56																							
57																							
58																							
59																							
60																							
61																							
62																							
63																							
64																							
65																							
66																							
67																							
68																							
69																							
70																							
71																							
72																							
73																							
74																							
75																							
76																							
77																							
78																							
79																							
80																							
81																							
82																							
83																							
84																							
85																							
86																							
87																							
88																							

24. MADERA DE HÉROE II (1987)

	24	25	26	36
1				1
2				10
3				15+10=25
4				22+10=32
5				3
6				1
7				1
8				23+10=33
9				2
10				9
11				
12				
13				1
14				1
15				1
16				
17				1
18				
19				
20				
21				
22				
23				1
24				
25				
26				
27				
28				
29				
30				
31				
32				
33				1
34				
35				
36				
37				
38				1
39				
40				
41				
42				
43				
44				
45				
46				
47				
48				
49				
50				
51				
52				
53				
54				
55				
56				
57				
58				
59				1
60				5
61				3+10=13
62				
63				
64				
65				
66				2
67				1
68				1
69				
70				
71				
72				
73				
74				
75				
76				
77				
78				
79				1
80				23+10=33
81				
82				2
83				20+10=30
84				5
85				1
86				4
87				2
88				10

1. Don Felipe Neri Luna.

Muerte: Página 305.

2. Hijo de Emigidio de Lucas.

Muerte: Página 313.

3. Gervasio.

88: Mamá Zita, la madre de Gervasio, “en sus flébiles ensueños”, imagina su hijo muerto. Página 316.

88: Gervasio imagina que muere y una chica (Manena Abad) llora por él. Página 468.

4. Obdulia.

Muerte: Página 325.

5. Padre de papá Telmo.

Muerte: Página 337.

6. Madre de mamá Telmo.

Muerte: Página 337.

7. Desconocido.

Muerte: Página 341.

85: Página 341.

8. General don Castor Arrázola.

Muerte: Página 343.

88: Boina roja. Dios, patria y rey. Guerra Carlista.

9. Papá León.

Muerte: Página 372.

82: Don Trifón de la Huerta acude al velatorio y le pone el sonsonete de la banda del Requeté Navarro, tal y como había pactado con el fallecido (Papá León). Páginas 373 y 374.

10. Amalia.

Muerte: Página 398.

86: “Mamá Zita encargó un novenario de misas a don Urbano por la muchacha”. Página 398.

88: Se suicida porque se queda embarazada de su novio y este se da a la fuga. Además, le echan de la casa en la que servía por la mala imagen. Es decir, al quedarse embarazada su novio le deja y le echan del trabajo: Se suicida.

11. Primo de Rivera.

Muerte: Página 406.

87: Dictador español.

12. Salustino Arias, sargento de la Guardia Civil.

Muerte: Página 440.

88: No es muerto en guerra porque la Guerra civil todavía no había comenzado. De hecho, en la página 441 se dice “o estalle de una vez la gorda”, aludiendo a la inminente Guerra civil.

13. José Calvo Sotelo.

Muerte: Página 446.

13: “Piquetes de guardias de asalto”.

87: Político español.

88: Le asesinan, no es muerto en guerra porque José Calvo Sotelo fue asesinado el 13 de julio de 1936, y la Guerra civil empezó el 17 de julio de 1936.

14. Tío Adrián.

Muerte: Página 453.

84: Página 455

88: Cementerio civil. Página 455.

88: Cadáver profanado: Le visten de mujer y le amarran a la moto. Página 454.

15. Tío Norberto.

Muerte: Páginas 453 y 454.

84: Página 455.

88: Cementerio civil. Página 455.

88: Cadáver profanado: Le visten de mujer y le amarran a la moto. Página 454.

16. Daniel Ovejero.

Muerte: Página 457.

17. David.

Muerte: Página 459.

18. Lucho.

Muerte: Página 459.

19. Fadrique y otros diez.

Muerte: Páginas 459 y 460.

88: Fadrique más otros diez. A los otros diez les pongo las mismas características que Fadrique (citado, hombre, adulto...) porque les matan por lo mismo; por ser correligionarios de la ANPC.

20. Jairo.

Muerte: Página 460.

82: Página 461.

86: "Le reza un funeral". Página 461.

88: Profanación. Después de matarle mutilan su cuerpo. "No contento con matarlo, lo mutiló luego y le introdujo sus atributos en la boca". Páginas 460 y 461.

21. Juan Manuel.

Muerte: Página 461.

22. Lucinio Orejón.

Muerte: Página 462.

84: Página 462.

23. Dámaso Valentín (padre).

Muerte: Página 469.

24. Fortunato Delgado.

Muerte: Página 513.

59: Página 519.

25. Máximo Pita.

Muerte: Páginas 557 y 559.

86: Le obligan a hacer el Via Crucis y le matan debido a los golpes que le daban al terminar cada estación.

88: Le hicieron hacer el Via Crucis y en cada estación le golpeaban. En la última estación ya tenía el cráneo fracturado y estaba muerto. Página 559.

26. Cabo Pita.

Muerte: Página 588.

25. SEÑORA DE ROJO SOBRE FONDO GRIS (1991)

	1	2	3	4	5	6	6
1	■						1
2					■		1
3		■	■	■	■	■	4
4		■	■	■	■	■	2
5	■	■	■	■	■	■	4
6							
7						■	1
8	■	■	■	■	■		5
9							
10		■	■	■	■		3
11							
12							
13							
14						■	1
15							
16							
17							
18							
19							
20							
21							
22							
23							
24							
25							
26							
27							
28							
29							
30							
31						■	1
32							
33							
34							
35							
36							
37							
38							
39							
40							
41							
42							
43							
44							
45							
46							
47							
48							
49							
50							
51							
52							
53							
54							
55							
56							
57							
58	■						1
59							
60							
61							
62							
63							
64							
65							
66							
67							
68							
69							
70							
71							
72							
73							
74							
75							
76							
77							
78				■			1
79							
80		■	■	■	■	■	5
81							
82	■						1
83	■	■	■	■	■	■	4
84		■					1
85	■						1
86	■						1
87							
88	■				■		2

1. Ana.

Muerte: Página 667.

58: Infarto del tronco cerebral. La causa de la muerte es cáncer porque el infarto del tronco cerebral es consecuencia del cáncer. Páginas 640, 643 y 664.

82: Páginas 627 y 631.

85: Página 643.

86: Antes de la operación se confiesa y comulga. En todas las ocasiones se hace referencia a la misma confesión y a la misma comunión. Es decir, se confiesa una vez y comulga una vez. Páginas 599, 654 y 662.

88: El personaje de Ana en realidad fue Ángeles, la mujer de Delibes.

2. Doña África.

Muerte: Página 616.

3. Lázaro.

Muerte: Página 621.

4. Michèle.

Muerte: Página 622.

5. García Elvira.

Muerte: Página 623.

88: La ictericia no es una causa de muerte, sino que es subyacente a otra enfermedad.

88: El personaje García Elvira fue en realidad el pintor Eduardo Benito. Página 1069.

6. Mar.

Muerte: Página 632.

7: Página 649.

88: Es un sueño.

* Idea sobre la muerte. Página 618.

* Toda la novela se habla de la fallecida. El viudo (Nicolás) rememora la figura de su mujer contándole a su hija anécdotas de su madre. Página 1069.

26. EL HEREJE I (1998)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10 (*)	11	12	13 (*)	14 (*)	15	16	17	18	19	20	21	22	23
1																							
2																							
3																							
4																							
5																							
6																							
7																							
8																							
9																							
10																							
11																							
12																							
13																							
14																							
15																							
16																							
17																							
18																							
19																							
20																							
21																							
22																							
23																							
24																							
25																							
26																							
27																							
28																							
29																							
30																							
31																							
32																							
33																							
34																							
35																							
36																							
37																							
38																							
39																							
40																							
41																							
42																							
43																							
44																							
45																							
46																							
47																							
48																							
49																							
50																							
51																							
52																							
53																							
54																							
55																							
56																							
57																							
58																							
59																							
60																							
61																							
62																							
63																							
64																							
65																							
66																							
67																							
68																							
69																							
70																							
71																							
72																							
73																							
74																							
75																							
76																							
77																							
78																							
79																							
80																							
81																							
82																							
83																							
84																							
85																							
86																							
87																							
88																							

26. EL HEREJE II (1998)

	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	84
1																	3
2																	13
3																	26+1+2+39=68
4																	34
5																	8+2=10
6																	1+39=40
7																	1
8																	37
9																	4+1+2+39=46
10																	15+1=16
11																	
12																	
13																	1
14																	4
15																	1
16																	
17																	4
18																	
19																	
20																	
21																	
22																	
23																	
24																	
25																	
26																	
27																	
28																	
29																	
30																	
31																	3
32																	1
33																	1
34																	
35																	
36																	
37																	
38																	
39																	
40																	
41																	
42																	
43																	
44																	
45																	
46																	
47																	
48																	
49																	
50																	
51																	1
52																	
53																	6+2+39=47
54																	
55																	
56																	
57																	
58																	
59																	
60																	
61																	
62																	
63																	
64																	
65																	
66																	
67																	
68																	
69																	
70																	
71																	5
72																	8
73																	
74																	1
75																	1
76																	
77																	
78																	
79																	
80																	38+1+2+39=80
81																	
82																	4
83																	36+2+39=77
84																	3+1=4
85																	3
86																	19
87																	24
88																	4+39=43

1. Doña Leonor de Vivero, madre del doctor Cazalla.

Muerte: Páginas 680 y 943.

82: Página 943.

85: Páginas 680 y 943.

86: Desentierran sus restos y siembran el solar de su casa con sal viva “para escarmiento de las generaciones futuras”, por hereje. Página 1.004.

87: Madre de Agustín Cazalla.

88: Llevan el ataúd con el cuerpo desenterrado y llevado a hombros en la procesión de la Inquisición para ser arrojado al fuego. Página 1.013.

2. Thomas Münther.

Muerte: Página 687.

87: Predicador partidario de la Reforma.

3. Hutter.

Muerte: Párrafo 687.

71: Fue quemado, pero no asesinado, ya que le quemaron por no cumplir la ley; legalmente.

87: Líder de los anabaptistas.

4. Catalina.

Muerte: Página 718.

75: “Mal de madre”. Página 717.

82: Página 719.

85: En su testamento indica cómo debe ser su entierro. Finalmente el entierro es tal y como estableció la muerta en su testamento. Página 719 y 720.

86: Muere justo cuando el sacerdote inicia las preces de extremaunción. La muerta establece en el testamento que haya un novenario de misas cantadas. Página 718 y 720.

5. Pellica.

Muerte: Página 734.

6. Rodrigo de Tordesillas.

Muerte: Página 762.

87: Regidor segoviano ahorcado por los Comuneros.

7. Padilla.

Muerte: Página 764.

87: Comunero.

8. Bravo.

Muerte: Página 764.

87: Comunero.

9. Maldonado.

Muerte: Página 764.

87: Comunero.

10. Dos desconocidos.

Muerte: Página 787.

84: Página 789.

86: Rezan por el muerto. Página788.

11. Don Tomás de la Colina.

Muerte: Página 790.

82: Página 791.

85: Página 790.

86: Rezan por él en su sufragio. Página 791.

88: El muerto estableció en su testamento que en su sufragio rezaran por él a cambio de dinero. Página 790.

12. Criado del mariscal de Frómista.

Muerte: Página 804.

13. Tres criadas del mariscal de Frómista.

Muerte: Página 804.

14. Cuarenta desconocidos.

Muerte: Páginas 805, 808, y 809.

88: Uno bajo la misma variable a todos los muertos por peste.

15. Tito Alba.

Muerte: Página 807.

16. Gallofa.

Muerte: Página 807.

17. Bernardo Salcedo.

Muerte: Página 808.

18. Padre de Minervina.

Muerte: Página 815.

19. Madre de Minervina.

Muerte: Página 815.

20. Don Domingo.

Muerte: Página 856.

21. Don Segundo, padre de Teodomira.

Muerte: Página 864.

84: Páginas 864 y 934.

88: Le mata Telesforo Mozo, el padre de la exmujer del asesinado. El asesinado había despedido del trabajo a Telesforo y había denigrado laboralmente a su hija (exmujer del asesinado). Le mata porque le dejó “en la calle tirado como a un perro y quebró la condición de mi hija”.

88: Cuando, años más tarde, entierran a su hija Teodomira en el mismo lugar que el padre, éste aparece “intacto en el fondo de la hoya”. Página 937.

22. Doctor Almenara.

Muerte: Página 865.

23. Cristo.

Muerte: Página 876.

87: Jesucristo.

24. Juan Valdés.

Muerte: Página 891.

87: Humanista, erasmista y escritor protestante.

25. Lutero.

Muerte: Páginas 914 y 929.

86: “Había sido llevado a la sepultura por los mismísimos demonios” Página 914.

87: Teólogo y fraile católico agustino.

26. Gonzalo Maluenda.

Muerte: Página 926.

51: Murió de un “tabardete fulminante”. En la segunda acepción del DRAE, lo define como tifus (en desuso).

27. Teodomira Centeno.

Muerte: Página 934.

82: Página 936.

84: Página 934.

28. Carlos V.

Muerte: Página 996.

86: En su testamento exige a su hijo Felipe II que castigue a los herejes con todo rigor.

87: Rey.

29. Santo Tomás.

Muerte: Página 1005.

86: Fray Luis de la Cruz desea a fray Domingo de Rojas, “que muráis en la misma fe en que murió nuestro glorioso santo Tomás”. Página 1.005.

87: Por el contexto, se refiere a Santo Tomás de Aquino, religioso italiano.

30. Doctor Agustín Cazalla.

Muerte: Página 1015.

86: Reniega de cualquier perversa y errónea doctrina que hubiera creído. Se arrepiente mientras es llevado en burro a la hoguera y exalta la “Iglesia Católica, Romana y Universal”. Páginas 1.007 y 1.022.

87: Clérigo español, de tendencia humanista y erasmista, acusado de crear un foco protestante en Valladolid.

31. Beatriz Cazalla.

Muerte: Página 1016.

86: Le mata la Inquisición.

87: Hermana del doctor Cazalla.

32. Alfonso Pérez.

Muerte: Página 1016.

86: Le mata la Inquisición.

87: Personaje histórico.

33. Francisco Cazalla.

Muerte: Página 1016.

86: Le mata la Inquisición.

87: Hermano del doctor Cazalla.

34. Juan Sánchez.

Muerte: Páginas 1016 y 1028.

86: Le mata la Inquisición.

87: Personaje histórico.

35. Cristóbal de Padilla.

Muerte: Página 1016.

86: Le mata la Inquisición.

87: Personaje histórico.

36. Pedro Cazalla.

Muerte: Página 1016.

86: Le mata la Inquisición.

87: Hermano del doctor Cazalla.

37. Antonio Herrezuelo.

Muerte: Página 1017.

86: Le mata la Inquisición.

87: Momento de la muerte. Página 1028.

38. Juan García.

Muerte: Página 1017.

86: Le mata la Inquisición.

87: Personaje histórico.

39. Cipriano Salcedo.

Muerte: Página 1017.

86: Le mata la Inquisición. Página 1.006.

86: Fray Luis de la Cruz acude a confesarle a la celda pero dice que no puede absolverle por no delatar a su inductor al luteranismo y por decirle que ni él ni su inductor habían actuado con “intención perversa”. No le absuelve pero le dice que desde media noche el padre Tablares “seguiría a disposición de los reos”. “Yo, pecador arrepentido, vuelvo a Dios y prometo morir en su fe”, dice poco después de oír su condena a la hoguera. Después dice que cree “en la Santa Iglesia de Cristo y de los Apóstoles”: “Señor, acógeme”, dice antes de morir quemado. Páginas 1.019, 1.028 y 1.030.

40. Fray Domingo de Rojas.

Muerte: Página 1.018.

10: muere antes de ser quemado. Página 1.027.

86: Le mata la Inquisición.

86: Se confesó la noche anterior. Se arrepiente antes de ser quemado: “creía en Cristo y la Iglesia y detestaba públicamente todos sus errores pasados”. Páginas 1.025 y 1.027.

87: Dominico.

41. Eufrosina Ríos.

Muerte: Página 1018.

86: Le mata la Inquisición.

87: Personaje histórico.

42. Carlos de Seso.

Muerte: Páginas 1018 y 1027.

86: Le mata la Inquisición.

87: Personaje histórico.

ANEXO II

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26		
1	2		1	2					1		1	1	1	1	1	1			1		1			1	1	3	19	
2	1	4	1	4		2	2	7	5	2	1	1		1	1	1	1		6	1		4	1	10	1	13	70	
3	20	4	7	15	4	2	1	3	27	8	3	4	5	7	9	8	6	1	14	9	2	18	1	25	4	68	275	
4	16	6	3	14	2	4	2	9	22	8	4	5	2	8	9	8	6		17	8	2	16	2	32	2	34	241	
5	7	2	6	7	2		1	1	11	2	1	1	4	1	2	2	1	1	4	2	1			3	4	10	82	
6																								1		40	41	
7	2	2	1	2	1	1			1	1		1		5	2				1					1	1	1	23	
8	20	6	7	19	3	3	2	10	30	9	4	5	6	4	9	9	7	1	20	10	2	22	2	33	5	37	285	
9	1		1				1		2		1					1					1			2		46	56	
10	6	3	4	8	4	1	1	9	22	6	1	2	5	6	8	6	1		5	7	2	20	2	9	3	16	157	
11									1	1	1								1		1						5	
12		2							1								1		5								9	
13							1		1	2							1							1		1	7	
14	1	1							1			1			2		1	1	2					1	1	4	16	
15		2					1		3	3	1						2	1	8		1			1		1	24	
16																											0	
17	1	1							1			1			2		1								1	1	4	13
18	1																										1	
19		1							1									1	1								4	
20		1															2										3	
21		1																				1					2	
22							1																				1	
23										1	1						1		2								6	
24									1										1								2	
25									1																		1	
26									1										1								2	
27										1																	1	
28										1																	1	
29																			3								3	
30																											1	
31																										3	3	
32																										1	1	
33											1				2									1		1	5	
34											1																1	
35		1							1										1	1							4	
36			1																								1	
37				2																							2	
38																											1	
39																								1			1	
40	1							1																			2	
41		1										1															2	
42			1																								1	

Las cifras de la columna derecha indican el número de veces que aparece cada variable en el conjunto de las novelas.

Los números del interior de la tabla hacen referencia al número de veces que aparece cada variable en cada novela.

Los números de la fila superior indican las novelas, siendo:

1. <i>La sombra del ciprés es alargada</i>	10. <i>Las ratas</i>	19. <i>Las guerras de nuestros antepasados</i>
2. <i>Aún es de día</i>	11. <i>El loco</i>	20. <i>El disputado voto del señor Cayo</i>
3. <i>El camino</i>	12. <i>Los raíles</i>	21. <i>Los santos inocentes</i>
4. <i>Mi idolatrado hijo Sisí</i>	13. <i>La mortaja</i>	22. <i>Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso</i>
5. <i>La partida</i>	14. <i>Los nogales</i>	23. <i>El tesoro</i>
6. <i>Diario de un cazador</i>	15. <i>La barbería</i>	24. <i>Madera de héroe</i>
7. <i>Diario de un emigrante</i>	16. <i>Cinco horas con Mario</i>	25. <i>Señora de rojo sobre fondo gris</i>
8. <i>Diario de un jubilado</i>	17. <i>Parábola del naufrago</i>	26. <i>El hereje</i>
9. <i>La hoja roja</i>	18. <i>El príncipe destronado</i>	

Los números de la columna izquierda indican las variables, siendo:

1. Principal	14. Desconocido	27. A palos	40. Coche
2. Secundario	15. Hombre	28. Le clava un pincho	41. Atropello
3. Citado	16. Mujer	29. A golpes	42. Golpe en la cabeza
4. Hombre	17. Sexo desconocido	30. Descuartizado	43. Aplastamiento
5. Mujer	18. Pendencia	31. Decapitado	44. Disparo
6. Sexo sin determinar	19. Puñalada	32. Sección garganta	45. Ahogamiento
7. Niño	20. Asfixia	33. Desconocido	46. Caída
8. Adulto	21. Ahorcamiento	34. Disparo	47. Electrocutado
9. Edad desconocida	22. Quemado	35. Ahorcamiento	48. Disentería
10. No explícita o natural	23. Disparo	36. Ahogamiento	49. Hemoptisis
11. Principal	24. Le clava una horca	37. Salto al vacío	50. Tuberculosis
12. Secundario	25. Espadazo	38. Se tira al tren	51. Tifus
13. Citado	26. Navajazo	39. Desconocido	52. Sarampión

- | | | |
|---------------------------------|-------------------------------|-------------------------|
| 53. Peste | 68. A golpes | 83. No se cita |
| 54. Úlcera | 69. Desconocido | 84. Se cita |
| 55. Cólera | 70. Guillotina | 85. Se describe |
| 56. Pulmonía | 71. Quemado | 86. Presencia religiosa |
| 57. Poliglobulia | 72. Garrote | 87. Personaje histórico |
| 58. Cáncer | 73. Desconocido | 88. Otra |
| 59. Bomba o torpedo | 74. Muerte súbita | |
| 60. Disparo | 75. Al dar a luz y sobreparto | |
| 61. Fusilamiento | 76. Asfixia | |
| 62. Ahogamiento | 77. Indigestión | |
| 63. A machetazos | 78. Infarto | |
| 64. Bayonetazo | 79. Decapitado | |
| 65. Quemado | 80. No se cita | |
| 66. Arrastrado por los caballos | 81. Se cita | |
| 67. Puñaladas | 82. Se describe | |